

JOAQUÍN LEJARZA

LOS POSITIVISTAS
Y
EL CRISTIANISMO

AUGUSTO COMTE. EMILIO LITTRÉ. ERNESTO RENAN
HIPÓLITO TAINE. CLAUDIO BERNARD. HERBERT SPENCER. STUART MILL
HUXLEY, DARWIN Y HAECKEL. METCHNIKOF
EL POSITIVISMO EN ITALIA, ALEMANIA Y NORTE AMÉRICA. PEDRO LAFFITTE
BENJAMÍN CONSTANT Y LA REPÚBLICA BRASILERA

« No es Dios el que ha creado al hombre, sino el hombre quien crea á Dios ».

(VACHEROT.)

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
CALLE PERÚ, 684

1912

LOS POSITIVISTAS

Y

EL CRISTIANISMO

JOAQUÍN LEJARZA

LOS POSITIVISTAS

Y

EL CRISTIANISMO

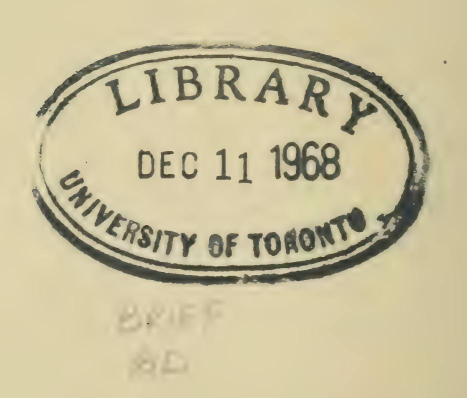
AUGUSTO COMTE. EMILIO LITTRÉ. ERNESTO RENAN
HIPÓLITO TAINE. CLAUDIO BERNARD. HERBERT SPENCER. STUART MILL
HUXLEY, DARWIN Y HAECKEL. METCHNIKOF
EL POSITIVISMO EN ITALIA, ALEMANIA Y NORTE AMÉRICA. PEDRO LAFFITTE
BENJAMÍN CONSTANT Y LA REPÚBLICA BRASILERA

« No es Dios el que ha creado al hombre, sino el hombre quien crea á Dios ».

(VACHEROT.

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
CALLE PERÚ, 684

1912


LIBRARY
DEC 11 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

I

ATEÍSMO Y CRISTIANISMO

II

LA METAFÍSICA

SEGUNDA PARTE

III

EL POSITIVISMO

IV

AUGUSTO COMTE

LA FILOSOFÍA POSITIVA

V

POSITIVISTAS DISIDENTES

EMILIO LITTRÉ

ERNESTO RENAN

TAINE

VI

LOS FISIÓLOGOS

VII

ITALIA

VIII

INGLATERRA

HERBERT SPENCER

J. STUART MILL

T. H. HUXLEY

DARWIN

HAECKEL

IX

SECULARISMO

ALEMANIA

AMÉRICA DEL NORTE

X

LA ESCUELA ORTODOXA

BRASIL

XI

CONCLUSIÓN

LOS POSITIVISTAS

Y

EL CRISTIANISMO

PRIMERA PARTE

I

ATEÍSMO Y CRISTIANISMO

El espiritualismo, el naturalismo y el panteismo. — La filosofía griega — Demócrito, Parménides y Anaxágoras, — Renan y Taine. — Herbert Spencer. — San Agustín y Fenelon. — Newton, Clarke y Malebranche. — La definición de Dios. — Leroy-Beaulieu. — La moral en el mundo antiguo. — Troplong. — Metchnikof. — El cristianismo.

Por más que se pretenda eliminar, como insolubles y sin interés práctico, los problemas relativos á la existencia de Dios y del alma humana, tratándolos de política lunar, es innegable que, mientras exista el mundo, todo lo que se vincula con el origen de la vida y el destino final de los seres ha de seguir ocupando la atención de los pensadores y las discusiones de las escuelas.

De dónde venimos y adónde vamos; cuál es el

origen del mundo, en que se suceden las generaciones; qué explicación tienen la materia y el espacio, la fuerza y la inteligencia, el tiempo y la eternidad; en una palabra, cuál es el principio y el fin de todos los seres que pueblan el universo; tales son las cuestiones transcendentales, que han formado la preocupación de todos los filósofos desde la más remota antigüedad y que continúan interesando las especulaciones científicas, sea cual fuere el punto de partida y la respectiva solución que se propongan sostener.

Todas las escuelas que han tentado descifrar el misterio, pueden en realidad reducirse á dos grupos principales; en primer lugar, la filosofía metafísica, que admitiendo las nociones de causa y efecto, de espíritu y materia, de substancia y accidente, arriba á su coronamiento lógico, la existencia de un Dios personal, eterno é infinito, creador y conservador del mundo; y en segundo lugar, el materialismo y el ateísmo, vigorosamente refundidos en la moderna escuela positiva, que no quiere saber nada de lo que se refiere á la investigación de lo absoluto, limitándose al estudio de los hechos materiales, y cuya síntesis se reduce, en definitiva, según la expresión de Augusto Comte, á reconducir á Dios hasta las fronteras de la ciencia, con todos los hono-

res, dándole las gracias por sus servicios provisionales. Mientras la teología y la metafísica se apoyan en vanas hipótesis, tachadas de incompatibles con los adelantos de la civilización, el positivismo reposa enteramente sobre el terreno sólido de la realidad, desdeñando las quimeras escolásticas, los fantasmas de la superstición.

La lucha está planteada entre el cristianismo y todas las negaciones, cubiertas con la bandera del positivismo; pero esa lucha es vieja como el mundo y durará mientras exista él mundo. Las modernas filosofías no hacen otra cosa que renovar los viejos sistemas, que se presentaron inmediatamente á la razón, desde el momento en que la razón quiso averiguar de dónde viene y adónde va el universo. En efecto, como dice Caro, si se hacen á un lado los términos medios, que consisten en no llegar á una conclusión franca y definitiva, haciendo alternativamente concesiones á las doctrinas más contrarias, no se encuentran, fuera del espiritualismo, más que dos maneras de responder al problema de los orígenes.

Ó bien el mundo se explica por sus propias leyes y se desenvuelve por el juego fatal de sus propias fuerzas, siendo causa de sí mismo. Y entonces es el ateísmo, si se plantea el debate en el terreno

teológico; es el naturalismo, si se lo coloca bajo el punto de vista cosmológico; y es el empirismo, el positivismo, si se estudia bajo el punto de vista de los métodos.

Ó bien el mundo es un vasto despliegue de formas y de fenómenos, que manifiesta, en el infinito del espacio y del tiempo, la substancia única, universal, la sola que existe realmente. Y este sistema se reduce al panteísmo idealista.

Naturalismo puro ó panteísmo idealista, he ahí, pues, las dos soluciones, á que se reducen las pretendidas novedades de los sistemas contemporáneos, soluciones que no son más que formas del ateísmo. Fuera de ellos, no se encuentra más que el espiritualismo, que admite encima del mundo el principio inteligente, revelado por los tipos y las leyes de la naturaleza, que reconoce en el mundo de los cuerpos y de los espíritus el eterno y divino pensamiento.

Ahora bien, todas estas concepciones, lejos de ser invención moderna, fueron contemporáneas y nacieron con la filosofía griega.

« Grecia ha sido la tierra madre de todas las armonías: ha creado la belleza, como ha creado la verdad. Es el Nilo azul, que atraviesa y fertiliza todos los desiertos; habiendo preparado el cuadro filosófico y

echado los cimientos de los sistemas, que durante dos mil años se vienen disputando el dominio de la inteligencia.»

Los Jónicos resolvieron el problema de los orígenes en el sentido de una filosofía de la naturaleza, de una física universal; los Eleatas adoptaron el panteísmo idealista, negando la realidad de la materia, para no considerar el ser cósmico más que como la unidad absoluta y la única realidad, rechazando el testimonio de los sentidos y de la conciencia. Y por último, Anaxágoras proclamó la doctrina espiritualista, sosteniendo que había una inteligencia suprema, causa del orden en el universo.

La física materialista de Demócrito, el panteísmo idealista de Parménides y el espiritualismo de Anaxágoras, tales son las soluciones de la actualidad, no existiendo mayor originalidad en desarrollar cualquiera de esos sistemas, que constituyen los polos positivo y negativo del pensamiento humano.

Descartada la supuesta originalidad, debe también rechazarse la pretensión inmodesta de ciertas escuelas, que atentando á los más sagrados derechos del pensamiento, quieren marcar con el estigma de la inferioridad intelectual á los que no profesan sus doctrinas. Entre otros, Renan y Taine han extremado

su desdén contra los partidarios del espiritualismo, como si hubiesen adquirido el monopolio de la verdad. El autor de *La vida de Jesús,* bajo formas templadas, destila su sarcasmo contra la porción menos ilustrada de la humanidad, que todavía se permite cultivar las viejas creencias; y en cuanto á Taine, empuña el látigo de Juvenal contra los que, admitiendo la libertad moral y rechazando su determinismo fatalista, consideran que el vicio y la virtud no son meros productos, como el vitriolo y el azúcar. El filósofo naturalista fulmina á Santo Tomás, cuya filosofía demuestra á qué extremos puede llegar la imbecilidad humana, olvidándose de que han seguido las huellas del teólogo eminente los más grandes genios de la filosofía y de la ciencia. El ultraje sangriento salpica por igual á todos los pensadores, que han iluminado los grandes problemas de la vida, Aristóteles y Platón, San Anselmo y San Agustín, Newton y Leibnitz, Descartes y Malebranche, Bossuet y Fenelon.

Y sin embargo, en todos los escritos de Renan, al lado de negaciones categóricas, se encuentran afirmaciones que revelan ausencia de convicción y una tendencia marcada al espiritualismo. Después de sostener que los descubrimientos de la ciencia pon-

drán el infinito del espacio y del tiempo por encima de un creacionismo mezquino, que ni siquiera satisface lá imaginación de un niño, agrega en la misma página que, en semejante materia, las negaciones formales son tan temerarias como las afirmaciones absolutas. Las paralelas, dice, se encuentran en el infinito; la religión también es verdadera en el infinito. Cuando Dios se haya completado podrá ser justo. Nada nos prueba que exista en el mundo una conciencia central, un alma del universo; pero nada tampoco nos prueba lo contrario. Ignoramos todo, he ahí lo más claro que se puede afirmar sobre lo que existe más allá de lo finito. No neguemos nada, no afirmemos nada; esperemos. « Un inmenso rebajamiento moral, y quizá intelectual, se produciría en el mismo instante en que la religión desapareciera del mundo. Podemos desentendernos de religión, porque otros la tienen en reemplazo nuestro. Los que no creen son arrastrados por la masa más ó menos creyente. Se conseguirá mucho menos de una humanidad que no crea en la inmortalidad del alma, que de una humanidad creyente; porque el hombre vale en proporción del sentimiento religioso, que le ha impreso su primera educación y que perfuma toda su vida. » *(Feuilles détachées,* prefacio).

Á renglón seguido, se exalta contra los que lo muerden como perros rabiosos insinuando la especie de que Rothschild le ha pagado un millón por haber escrito *La vida de Jesús:* y la herida parece tan profunda, que en el mismo libro cita varias veces esa difamación; lo que no impide que en la página 65 declare textualmente su preferencia por las mujeres que tengan por toda literatura su libro de misa; y que más adelante rechace todo lo sobrenatural, agregando este singular concepto: «en una palabra, Dios es por ahora bueno; pero no es omnipotente. Dios hace ya lo que puede por la justicia; un día, disponiendo del capital del universo entero, él podrá todo: y sólo entonces la resurrección sería el acto final del mundo, una especie de selección divina, acordada como recompensa á las conciencias en que hubiera dominado el amor de lo verdadero y de lo bueno» (pág. 391). Á eso se reduce la religión, inventada por Renan; un Dios futuro, que está en vías de perfeccionarse, empezaría entonces á hacer milagros. «Todo es posible, hasta Dios.»

Tan singulares divagaciones, ¿no revelan el abismo de absurdos, en que pueden precipitarse los espíritus más ilustrados, cuando pierden la brújula de la verdad?

El mismo Herbert Spencer, no obstante sus conclusiones évolucionistas, declara que los principios religiosos tienen un fundamento inconmovible, porque lo contrario sería rebajar mucho la inteligencia media de la humanidad. «La conciencia, lealmente consultada, desmiente en absoluto la opinión, que reduce las creencias religiosas á simples cuentos sacerdotales. Aun no atendiendo sino á probabilidades, no se puede pensar racionalmente que, en todas las sociedades presentes y pasadas, civilizadas y salvajes, ciertos individuos se han complotado para engañar á los demás y han conseguido su fin por medios tan semejantes.» *(Primeros principios*, pág. 18.) El sentimiento religioso, agrega, es un elemento integrante de la naturaleza humana, conclusión que un gran naturalista consagraba, diciendo que el hombre es un animal religioso.

Pero Spencer, al mismo tiempo que afirma la verdad del principio religioso, llega al resultado bizarro de que ninguna religión es verdadera y que todas las hipótesis planteadas para resolver el problema del universo, más aun, todas las teorías posibles, son igualmente absurdas é impotentes para aclarar el eterno misterio.

¿Cuál es el origen del universo? Esta cuestión

reclama imperiosamente una respuesta á todo hombre que se eleve, de vez en cuando, sobre las vulgaridades de la vida. Partiendo de esta premisa, Spencer examina sucesivamente las tres hipótesis generalmente admitidas, á saber, que el mundo existe por sí mismo, ó que se ha creado á sí mismo, ó que ha sido creado por un poder exterior. La existencia por sí, ó sea el ateísmo, excluye la idea de un principio, suponiendo una época en que la existencia en cuestión no había aun principiado. Ese principio debió entonces haber sido determinado por alguna causa, lo que es contradictorio con la idea de la existencia por sí. Esta frase implica, pues, existencia sin principio y supone la eternidad del espacio, de la materia y del movimiento.

La hipótesis de la creación por sí, que es el panteísmo, también es inconcebible. La creación por sí se estrella ante esta dificultad insoluble: si hubo un momento en que el universo no existía, y si fuera del universo no había absolutamente nada, es evidente que jamás podría haber llegado á existir algo. Y si se pretende que, antes de ser creado, tenía el universo una existencia *potencial,* no se hace más que alejar la dificultad, porque esa existencia en potencia nunca podría pasar de la nada al ser, sin una

causa efectiva, á menos que se admita un efecto sin causa, lo que es absolutamente inconcebible.

Después de demostrar Spencer que el mundo actual no se concilia con el ateísmo, ni con el panteísmo, parece que debía fatalmente admitir la creación por un poder exterior, hipótesis que él mismo reconoce como la más generalmente admitida y como la más satisfactoria. Montaigne cuenta en sus *Ensayos* que cuando un perro, persiguiendo una perdiz, llega á una encrucijada y se encuentra ante cuatro caminos, los olfatea sucesivamente para descubrir la pista; y si ha olfateado tres sin hallar el rastro, se lanza en el cuarto camino, creyendo que esa debe ser la buena dirección. Pero el olfato científico de Spencer le indica una pista nueva, y después de rechazar todos los sistemas, después de confesar que debe haber una causa primera, infinita é independiente, porque los fenómenos del cosmos y de nuestra propia conciencia hacen inevitable tal conclusión, llega á la síntesis de que la existencia de Dios se reduce á la idea vaga de algo inaccesible á nuestra mente, algo que excede á los límites de nuestro conocimiento, *lo inconocible,* que es un misterio absoluto. No podemos concebir á Dios consciente ni inconsciente, simple ni compuesto, uno ni múltiple,

sabio ni ignorante, bueno ni malo, ciego ni inteligente, relativo ni absoluto : el concepto del sér infinito está lleno de contradicciones. En una palabra, Dios existe y no existe, porque es tan imposible la afirmación como la negación.

No puede dudarse que la teoría de Spencer se nos presenta como una nueva solución, pero en el fondo no pasa de ser una nueva forma del ateísmo. Porque en efecto, si bastara para negar á Dios la imposibilidad de conocer su esencia, tendríamos igualmente que entregarnos al más absoluto escepticismo, desde que tampoco conocemos la naturaleza íntima de la materia y del espíritu.

Es indudable que la limitada razón humana se encuentra impotente para comprender la naturaleza divina. Siendo Dios eterno é infinito, no se explica humanamente la creación, que parece implicar una mudanza y dos eternidades, una anterior y otra posterior á la existencia del mundo, lo que significaría que Dios pasó del estado de reposo al de actividad. Y este argumento, vigorosamente desarrollado por Mansel y Hamilton, impresiona de tal modo á Spencer, que lo lleva á negar la realidad de un infinito.

Sin pretender alcanzar un misterio, que está por encima de los límites de nuestra razón, esa dificul-

tad se aclara fácilmente, recordando que para Dios no hay antes ni después, sino una eternidad siempre presente, porque la idea de tiempo se aplica exclusivamente á los seres sujetos á mudanza. Esta noción es incomprensible, sin duda alguna, pero no autoriza la conclusión, no sólo incomprensible, sino absurda y contradictoria, de que el universo se haya creado á sí mismo.

Esta objeción, aparentemente insoluble, carece de todo valor filosófico, porque confunde la idea del tiempo con la noción de la eternidad. Antes de que los escolásticos adoptaran la definición de Boecio, diciendo que la eternidad era la posesión perfecta y simultánea de una vida interminable, San Agustín la había caracterizado, negando toda sucesión á la eternidad y poniéndola toda presente, sin pasado ni futuro.

Esta verdad no se había ocultado al genio de Platón; pero nadie la ha desarrollado con más elevación y profundidad que Fenelon en su *Tratado de la existencia de Dios*. Querer imaginar en Dios algo relativo á la sucesión, decía, es caer en la idea de tiempo y confundirlo todo. En Dios nada dura, porque nada pasa; todo es fijo, simultáneo, inmóvil. Nada ha sido, nada será; pero todo es. No puede decirse que

había tenido ya una eternidad de existencia antes de la creación del mundo y que todavía le queda otra eternidad después de la creación. « Es falso que la creación divida la eternidad en dos eternidades sucesivas; porque una eternidad dividida, que tuviese una parte anterior y otra posterior, no sería verdadera eternidad. Queriendo multiplicarla, se la destruiría. Quien dice eternidad no sufre el lenguaje del tiempo. »

« Sin embargo, oh Dios mío, vos habéis hecho algo fuera de vos; porque yo no soy vos y disto infinitamente de serlo. ¿Cuándo, pues, me habéis hecho? ¿Es que no erais antes de hacerme? Pero qué digo, heme aquí recayendo en mi ilusión y en las cuestiones de tiempo. Hablo de vos como de mí, ó de algún otro sér pasajero, al que pudiese medir conmigo. Lo que pasa puede ser medido con lo que pasa; pero lo que no pasa está fuera de toda medida y de toda comparacion con lo que pasa. En Dios no hay pasado ni futuro; todo es presente. De una ribera inmóvil no se dice que se adelanta á las olas de un río, ó que las sigue; ni las sigue ni se adelanta, porque no se mueve. Lo que digo de esta ribera respecto de la inmovilidad local, debo decirlo del Sér infinito respecto de la inmovilidad de la existen-

cia; lo que pasa ha sido y será, y pasa del pretérito al futuro por un presente rapidísimo, casi imperceptible; pero lo que no pasa existe absolutamente y sólo tiene un presente infinito; *es*, y no es permitido decir más; es sin el tiempo en todos los tiempos de la criatura; quien sale de esta simplicidad, cae de la eternidad en el tiempo.»

Esta verdad es tan incomprensible, que ha dado lugar á nuevas objeciones sobre la predestinación. Si Dios conoce desde la eternidad el destino final de cada hombre, parece lógico concluir que, sea cuál fuere su conducta, no podrá eludir su suerte. Pero, aunque la discusión de este punto salga de los límites de nuestro estudio, nos bastará contestar que con ese argumento sería inútil preocuparse de ningún asunto, ni atender á las necesidades de la conservación y de la salud. ¿Á qué curarse, en efecto, si Dios sabe que la enfermedad ha de ser fatal ó pasajera?

Con razón ha dicho Chateaubriand que sólo el hombre en la naturaleza es el que se ha atrevido á negar la existencia de Dios. Sólo el hombre ha podido pronunciar la blasfemia de Proudhon: «Dios es hipocresía y mentira, tiranía y miseria, Dios es el mal.» Y mientras la humanidad, indiferente ó

incrédula, reniega del origen de la vida, el orden maravilloso del universo proclama la existencia de leyes intencionales, en su origen y en su conservación, porque si se rechaza dicha hipótesis, hay que admitir necesariamente el imperio de las fuerzas ciegas, trabajando por sí mismas y substituyendo á la acción inteligente la energía ciega de la materia, que sin darse cuenta de nada, produce los fenómenos de la vida y del pensamiento.

Lo más curioso en este gran problema es que, tanto unos como otros, los partidarios de Dios y los partidarios de la naturaleza, arriban á su respectiva solución, partiendo de idéntico argumento. Para el ateo Dios no existe, porque hay orden y armonía en el universo ; mientras que el espiritualista invoca precisamente ese hecho admirable como la prueba más luminosa de una causa transcendente, repitiendo la confesión, que el espectáculo del mundo arrancaba al mismo Voltaire : « si no existiera Dios, habría que inventarlo ».

El más enérgico campeón del naturalismo, M. Taine, dice que el error de los espiritualistas es colocar las causas fuera de los hechos ; que no hay necesidad de buscarlas fuera del mundo, porque la fuente de los seres es un sistema de leyes, cuyo origen

y desenvolvimiento se encuentra en el mismo mundo. Las causas se identifican con los mismos hechos, revelados por la experiencia y analizados por la ciencia, y se reducen á una serie de fenómenos que se realizan fatalmente, lo mismo en la naturaleza que en el hombre. El mundo no es más que una serie de hechos, sometidos á una ley, que se convierte en una fuerza; las cosas nunca han comenzado; no hay más que definiciones ó leyes generatrices, sin un plan trazado de antemano por un supuesto creador. Sólo queda la materia, de donde salen, por evoluciones incomprensibles, la vida y la inteligencia. La armonía que reina en el cosmos no es una intención, sino un efecto de causas puramente mecánicas, en cuya virtud se han ido organizando todas las condiciones que aseguran la existencia universal. M. Taine pretende que, en la cuestión de los orígenes, él no difiere de sus adversarios en el fondo y que toda la divergencia se reduce á una simple metáfora; pero, replica Caro, que eso es presumir singularmente de la inocencia de aquéllos; para la filosofía espiritualista, Dios no es una metáfora, bajo la cual se oculta la actividad inmanente y necesaria de la naturaleza, porque esta es la negación formal de Dios.

Los precursores de Taine, en metafísica, son Lucrecio y Diderot, cuyos argumentos reproduce con los recursos acumulados de un gran trabajo personal, de una ciencia muy extendida y de una larga frecuentación de Hegel y de Spinoza, como lo hace notar el mismo autor en su obra sobre los nuevos críticos de la idea de Dios.

Uno de los mayores sabios que han existido y que han penetrado más hondamente en las entrañas de la naturaleza, el descubridor de la ley de la gravitación, á que obedece el movimiento universal, veía en sus maravillosos descubrimientos una nueva demostración de la existencia de Dios. « Desde luego, decía Newton, es absurdo suponer que la necesidad presida al universo, porque una necesidad ciega no se concilia ni con la variedad de las cosas, ni con el orden de sus partes, apropiado á la variedad de los tiempos y de los lugares. Todo eso requiere una causa primitiva y supone inteligencia y voluntad. Él se complace en demostrar que á cada paso la astronomía encuentra el límite de las causas físicas, y por consiguiente, la huella de la acción de Dios. Para explicar los movimientos actuales de los planetas, hay que invocar, *además de la gravedad*, una fuerza de proyección, que supone un sér anterior y supe-

rior al mundo material. « Es cierto que los movimientos actuales de los planetas no pueden provenir de la sola acción de la gravedad ; porque empujando esta fuerza los planetas hacia el sol, es indispensable, para que ellos tomen un movimiento de revolución alrededor de este astro, que un brazo divino los lance sobre la tangente de sus órbitas. » Es claro, agrega, que no hay ninguna causa natural, que haya podido determinar á todos los planetas y sus satélites á moverse en la misma dirección y en el mismo plan, sin ninguna variación considerable. Asímismo, ninguna causa natural ha podido dar á los planetas y á sus satélites esos justos grados de velocidad, en relación precisa con sus distancias, relativamente al sol y á los otros centros de movimiento, cuyos grados eran necesarios para que estos cuerpos viniesen á moverse en órbitas concéntricas. Para formar este sistema, con todos sus movimientos, es necesario una causa, que haya conocido y comparado las cantidades de materia en los diferentes cuerpos celestes, y las potencias atractivas que debían resultar, y además las diversas distancias de los planetas al sol y la rapidez con que esos cuerpos y sus satélites se mueven, alrededor de los cuerpos que les sirven de centros. Ahora bien, haber com-

parado y dispuesto todas estas cosas, en un sistema que abraza tan prodigiosa variedad de cuerpos, atestigua una causa, que no es ni ciega ni fortuita, sino que por el contrario, es seguramente muy hábil en mecánica y geometría. Esto no es todo, y Dios es necesario aun, sea para hacer dar vueltas á las masas *sobre sí mismas*, lo que no puede provenir de la atracción, sea para concordar el sentido de esta rotación con el de la circulación, como se observa en el sol, en los planetas y en los satélites, mientras que las revoluciones de los cometas se operan indiferentemente en todos sentidos. Y por último, en la formación de las masas cósmicas, ¿cómo se han separado en dos clases las moléculas diseminadas, agrupándose las luminosas para formar los cuerpos que tienen luz propia, el sol y las estrellas, y juntándose las opacas para constituir los planetas y los satélites? ¿Queréis saber que potencia dinámica se necesita para el movimiento de traslación de la tierra?

El equivalente calórico del movimiento de traslación de la tierra, según el profesor Helmholtz, es igual en todos los días á la cantidad de calor, que produciría la combustión de catorce globos de carbón de igual tamaño que la tierra; de manera que si ésta fuera detenida bruscamente en su movimien-

to de traslación, la masa terrestre se elevaría á una temperatura de 11.200 grados y caería sobre el sol, no existiendo entonces la fuerza centrífuga, lo que desarrollaría una cantidad de calor 400 veces mayor que la antes citada. Y en cuanto al mismo sol, las observaciones astronómicas han demostrado que viaja hacia la constelación de Hércules con una velocidad diaria de un millón de millas próximamente. La imaginación se pasma y enmudece antes estos prodigios, que son infinitamente pequeños en comparación de las maravillas del cielo.

Pero si Newton reclama la intervención de Dios para explicar el fenómeno del movimiento planetario, ¿acaso puede tener origen distinto la fuerza de la gravitación de la materia?

La ley de la gravitación no es, por otra parte, la causa del movimiento, sino la palabra que da cuenta del hecho; de modo que el argumento de Newton resulta deficiente, en cuanto dice que para explicar la traslación de los planetas, hay que invocar, *además de la gravedad*, una fuerza de proyección, que supone un sér anterior y superior al mundo material. La intervención divina es tan indispensable para el movimiento de proyección de los planetas, como para la gravitación que ejercen unos sobre otros, á

menos que se pretenda substituir las leyes naturales á la acción de la providencia, *nomina numina*. Las leyes ciegas no son bastantes para explicar la existencia de las cosas, para dar cuenta del origen de la vida. La filosofía naturalista responde que la materia es eterna, que la fuerza y el movimiento persisten siempre ; pero hay algo más en el mundo, hay la vida y la inteligencia, que han comenzado alguna vez, puesto que tales fenómenos no podían realizarse en los primeros períodos de la formación geológica, antes de que la tierra hubiera llegado á su estado actual. De lo que se sigue que, ó se admite la enormidad de que la materia sea el origen de la vida y del pensamiento, produciendo efectos superiores á la causa, ó bien hay que admitir la intervención de un creador supremo, causa primera y causa final de todos los seres.

Ese era el argumento en que se apoyaba Clarke, discípulo y amigo de Newton. Él empieza por sentar que alguna cosa ha existido desde la eternidad, puesto que existe algo actualmente, proposición que Bossuet formulaba en estos términos : que haya un solo momento en que nada exista y no habrá jamás nada. Es necesario de dos cosas una : ó bien el sér que siempre ha existido es inmutable é indepen-

diente, causa de todos los demás seres que existen ó han existido; ó bien hay que admitir una sucesión infinita de seres dependientes y sujetos á cambio, que se hayan producido unos á otros hasta el infinito, sin haber tenido ninguna causa original de su existencia. Esta segunda hipótesis no puede sostenerse, porque importa suponer un conjunto de seres, que no tienen ni causa interior ni causa exterior de su existencia. Todo lo que existe tiene una causa y no hay causas segundas hasta lo infinito.

Clarke demuestra en seguida que el sér necesario debe ser inteligente, por la imposibilidad de rehusar á la causa las perfecciones de que el efecto está revestido. Si tal perfección que manifiesta el efecto, no se encontrara también en la causa, resultaría que esa perfección habría sido producida por la nada, lo que implica visiblemente una contradicción. Es evidente que un sér no inteligente no posee todas las perfecciones de las criaturas; de lo que se sigue que, puesto que existe el hombre dotado de inteligencia, percepción ó conocimiento, se impone una de estas tres soluciones: ó que esa facultad le ha venido por vía de generación, por una sucesión eterna de generaciones, sin una causa primera y original; ó bien estos seres, dotados de conocimiento

y de reflexión, se han formado en el seno de una materia, que no es capaz de conocimiento ni de reflexión ; ó por último, que deben su origen á un sér superior é inteligente.

Las pruebas de la existencia de Dios han agotado, puede decirse, el ingenio de los pensadores. Consideramos inútil recorrer todas las escuelas, que desde Sócrates hasta Malebranche han venido estudiando el transcendental problema. Todas esas pruebas han sido sometidas al crisol de la crítica más implacable, quedando planteado el debate entre el espiritualismo y el ateísmo, entre la metafísica y la fenomenología, entre la inteligencia infinita y la ciega casualidad.

El positivismo, fiel á la lógica sensualista, no admite las causas finales, ni reconoce más fenómenos que los constatados por la experiencia material. En vez de una dirección inteligente, el mundo no admite más razón de ser que el agotamiento de las combinaciones fortuitas, en el campo ilimitado del espacio y del tiempo, en que, se dice, todas las combinaciones instables han desaparecido, para dar lugar á la formación del universo. Es el principio del azar el que ciegamente ha ido organizando la materia y el universo ; las cosas existen porque así

se han realizado, en virtud de sus propiedades inmanentes; y cuando Newton invoca el testimonio de la astronomía, preguntando cómo se han formado los cuerpos de los animales vivos, con un arte tan consumado, y como ha podido construirse el ojo sin conocimientos de óptica, el positivismo contesta que no tenemos ojos para ver, como el pájaro no tiene alas para volar, sino que sencillamente vemos porque tenemos ojos y el pájaro vuela porque tiene alas.

¿Pero acaso hay contradicción entre ambas proposiciones? Suponiendo que un pájaro tenga alas para volar, no es evidente que el vuelo ha de resultar de la estructura de las alas? De que el vuelo sea un resultado, no se debe concluir que no sea también un propósito. Las causas finales no son un milagro; para conseguir un fin determinado, es natural que el autor de las cosas haya escogido los medios conducentes, porque lo contrario sería imposible y absurdo. Pero los positivistas no lo entienden así; para ellos no hay otra cosa que leyes inmutables, fenómenos ligados con fenómenos; y la armonía que reina en la naturaleza proviene de un orden inconsciente, que se ha venido desenvolviendo obscuramente, por una fatalidad inherente á las cosas,

hasta el momento en que aparece la inteligencia en el hombre.

La filosofía moderna admite todos los absurdos, con tal de eliminar á Dios. En presencia de la armonía y unidad de los fenómenos universales, invoca el principio de la ciega casualidad, que según Laplace, es solamente una palabra, inventada para disfrazar la ignorancia de las verdaderas causas: porque el azar se convierte en una idea, que sin saber cómo, se manifiesta en todos los fenómenos observables. Esta idea es la del encuentro accidental de las diversas cadenas ó series de causas. Esta concepción de la casualidad fué admitida por Littré, quien seguramente trataría de imbécil al que le replicara que, con arreglo á su doctrina, bastaría mezclar las letras del alfabeto para que resultara una nueva edición de su famoso diccionario ¿Acaso esto sería más difícil que la organización de los innumerables seres, que pueblan y han poblado el universo? Y la casualidad podría nunca dar cuenta del movimiento y de la vida, explicando el maravilloso desarrollo de la inteligencia, el instinto de todos los animales, y el funcionamiento de las raíces vegetales, que del fondo común de la madre tierra extraen los elementos que cada una necesita para desenvolverse?

En resumen, no hay una causa primera, porque hay efectos ; no hay un ordenador supremo, precisamente porque existe el orden ; no hay creador, porque hay criaturas ; la vida no tiene origen, porque ella misma encierra su origen y su explicación. Basta decir que los seres son el resultado de la acción recíproca de los órganos y del medio, sin que nadie haya jamás coordinado la escala indefinida de los animales, adaptándolos á su natural funcionamiento. Las funciones son un resultado y no un fin ; cuando el resultado se consigue, no es porque lo haya querido ó pensado ninguna inteligencia, sino por un simple concurso de causas mecánicas. Los órganos no se nos han dado en vista del uso que podemos hacer, sino que al formarse, ellos mismos determinan el uso que hacemos ; y aunque las cosas fueran distintas de lo que son, se arguye que no por eso dejaríamos de encontrarlas conformes á su destino. Evidentemente, para los que admiten la existencia de Dios y su providencia, aunque el mundo fuera distinto, nunca se explicaría como el resultado de una fuerza mecánica, porque en todas las hipótesis, lo que es contingente tiene necesidad de una causa infinita.

Hemos llegado, pues, al establecimiento de la

verdad primordial, que como un foco eterno de luz ilumina todos los misterios de la naturaleza y que es el eje sobre que reposa el mundo de la conciencia. Hay un Dios personal, infinito y eterno. creador de todas las almas y de todos los cuerpos; y si ese Dios gobierna providencialmente desde los astros que pueblan el espacio hasta el más pequeño y miserable de los insectos que se arrastran por el suelo. no podemos sospechar que dejara á los reinos y los imperios fuera de las leyes de su providencia. Dios no podría dejarnos abandonados, engañando el instinto religioso de la especie humana, sin condenarnos á la más lamentable anarquía; porque. como ha dicho un filósofo. eso sería suponer que el hombre no hace parte de la creación. que ha sido desheredado ó que su patrimonio es la demencia.

El principio religioso es la base de la civilización y el fundamento moral de la sociedad. Y sin embargo. no puede negarse que. en la actualidad. el mundo es arrastrado por un movimiento de ateísmo de una violencia inaudita. Este movimiento consiste en suprimir á Dios en el origen de la vida y en la evolución de la raza humana; suprimiéndolo en la escuela y en la familia. en la conciencia íntima del individuo y en el gobierno de los pueblos; pero los

mismos que rechazan todo dogma, pretenden salvar á la sociedad con el imperio de las ideas morales, que la religión y sus dogmas han venido depositando durante 20 siglos en la conciencia de las generaciones. La pretendida moral laica está saturada, en cuanto conserva aún de eficaz, de los principios eternos, que el Redentor del mundo sembró durante la predicación del evangelio, que ha sido y es la primera piedra de la reforma social. Como decía el economista Leroy-Beaulieu, ninguna sociedad podría existir sin autoridad moral, y las naciones de Europa no la encuentran fuera del cristianismo. Nada sólido queda sin ese fundamento. Las sociedades necesitan una base moral, y eso es precisamente lo que falta á la nuestra. « Ella reposaba sobre el evangelio, que le han arrebatado, sin reemplazarlo con otra cosa. Á toda sociedad le hace falta un vínculo social, que acerque sus miembros ; pero nuestras sociedades contemporáneas tienden á no conservar más lazo que los intereses materiales, y los intereses materiales separan en vez de unir. El Cristo solo puede serenar el viento y calmar el mar : el mundo no lo comprende y el siglo no quiere creerlo ; lejos de eso, los gobiernos, que se titulan progresistas, se esfuerzan en arrancar el Cristo á las masas. ¿ Acaso con

nuestros libros y revistas, agrega, pretendemos oponer un dique al socialismo revolucionario? Débil defensa, ante las pasiones de las multitudes desencadenadas » *(Revista de ambos mundos*, 1891). Y el mismo Taine lo reconoce, hablando de Francia, que es el país clásico de la laicización de la sociedad en el sentido positivista: « Desde hace cien años, la rueda da vueltas en el sentido de la descristianización de la Francia, y esto es grave, aun más grave para la nación que para la iglesia *(Revista de ambos mundos*, 1891).

La verdad es que los enemigos de la religión se detienen á medio camino; llegando pocas veces al extremo que la lógica les señala; pero no siempre se paran en escrúpulos, como acaba de hacerlo la comuna de Florencia, dando el nombre del anarquista Francisco Ferrer á una de las calles principales del pueblo. Después de haber sembrado vientos, se extrañarán de recoger tempestades.

Las escuelas filosóficas se preguntan á menudo si un ateo puede ser un hombre honrado; pero esta pregunta no puede tener contestación en la práctica, porque, para apreciar las consecuencias del ateísmo, sería menester examinar hasta qué punto dirigen su vida las influencias actuales ó secula-

res, las ideas ambientes, impregnadas por completo de cristianismo y espiritualismo. Sería necesario, dice un autor, preguntar si la moral del porvenir, basada únicamente en la experiencia positiva, podría producir en teoría lo que la civilización actual entiende por un hombre honrado. Sabemos, empero, por los datos de la historia, lo que ha sido la humanidad antes de que la regenerase el cristianismo, pues aunque entonces predominaba el politeísmo, la noción de Dios se reducía á la divinización de las bajas pasiones. Acababa Neron de consumar el más nefando de los parricidios, después de haber destituído y decapitado á todos los Dioses, plantando su propia cabeza sobre los hombros de las estatuas mutiladas ; y el senado decretó que el día del nacimiento de Agripina sería puesto en el número de los días nefastos. Únicamente Traseas protestó, retirándose del senado. Debajo de Nerón, escribe Saint Victor, « una tierra envilecida, sobre la que ha pasado el nivel de la servidumbre ; pueblos humillados y prosternados ; encima de él, Dioses lejanos é indiferentes, que el tirano destronará después de su muerte. « Cuando tu carrera haya terminado en este mundo, cantaba el poeta Lucano, no te coloques en una de las extremidades del universo para

que el arco del mundo no pierda el equilibrio y sea arrastrado por tu peso. Escoge el medio del éter, y que allí el cielo puro y sereno no ofusque con ninguna nube la irradiación de César. »

El culto pagano presenta siempre un espectáculo de desenfreno y corrupción, no siendo más que la deificación de las pasiones humanas y de los instintos más brutales. Desconociendo la ley moral y la santidad de la vida, estimulaba el orgullo y la voluptuosidad bajo sus formas más degradantes. Los dioses personificaban la borrachera, el incesto, el rapto, el adulterio, á tal punto que Ovidio se oponía á que las solteras fuesen á los templos, para que no viesen las innumerables madres, que Júpiter había hecho. La fornicación y la embriaguez hacían parte del culto de Venus y de Baco; y en los templos se representaban los misterios de Adonis y Cibeles, de Priapo y de Flora. Se practicaba á la luz del sol lo que ahora se oculta en las sombras de la noche, y que el honor y el decoro no nos permiten nombrar. En Babilonia, las mujeres se prostituían públicamente en el templo de Venus. Refiere Estrabón que el templo de Venus en Corinto era sumamente rico, y que poseía más de mil mujeres públicas, entre esclavas y sacerdotisas, siendo eso

lo que atraía tantos forasteros y hacía opulenta á la ciudad.

Más de las dos terceras partes de los habitantes en los pueblos civilizados estaban sumidos en esclavitud y empleados únicamente en fomentar las sensualidades de la otra tercera parte. Nuestros esclavos son nuestros enemigos, decía el virtuoso Catón. Los espectáculos de los gladiadores revelan el espíritu de crueldad, encarnado en todos los pueblos: Roma en masa corría á presenciar aquellas carnicerías, que en menos de un mes devoraban veinte ó treinta mil hombres; y esos horribles pasatiempos eran consentidos, no sólo por los emperadores que, como Nerón y Calígula, deshonraron la corona imperial, sino también por los príncipes que, como Trajano, fueron la delicia de la humanidad.

La esclavitud y el amor antifísico caracterizaron toda la antigüedad. Gibbon echa en cara este crimen á los primeros quince emperadores romanos; bastando recordar que los grandes poetas Horacio y Virgilio y los mismos filósofos se inspiraban en las monstruosidades, que atrageron el fuego del cielo sobre las ciudades malditas. Los leones, decía Luciano, no tienen comercio con los leones, porque no saben filosofar.

Semejante crimen producía el desprecio de la mujer y del niño, teniendo que dictar Augusto sus leyes contra el celibato, que eran una instigación directa al adulterio. Basta leer á Troplong en su interesante libro sobre la influencia del cristianismo en el derecho privado de los romanos, para darse cuenta de la relajación, que manchaba todo el mundo pagano. Con el dogma de la unidad de Dios, había desaparecido la fraternidad humana; con el dogma de la inmortalidad del alma, la sociedad había perdido todo principio moral; era necesario restaurar los elementos morales, que forman la base de toda sociedad, inyectando nueva savia de verdad y de vida en el tronco corrompido. El género humano se estaba muriendo, y se hubiera perdido para siempre, sin la regeneración del cristianismo.

Jesucristo ha sido, pues, el legislador moral de la humanidad y el fundador del reino de Dios. Él nos ha legado el código de la moral más perfecta, que no se contenta con las apariencias de la virtud, con los sepulcros blanqueados, sino que penetra hasta lo íntimo de la conciencia, sin admitir transacciones con el mal. Algunos críticos se atreven á negar toda originalidad á la moral evangélica, estableciendo que los grandes preceptos cristianos son la nueva edición

de la sabiduría judía y de la sabiduría pagana. Un elocuente orador se hace cargo de esta objeción, cuya falsedad patentiza. La ley de Cristo, dice, es la expresión de la perfección absoluta. El cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán. He aquí lo que han hecho los demás legisladores : Moisés, un legislador inspirado, toleraba el divorcio. En cuanto á Mahoma, es conocida su moral, que concedía demasiado á la debilidad humana, permitiendo la poligamia y predicando la muerte de los infieles. Y por grande que sea la admiración que despierte el genio bondadoso de Çakya-Muni, es imposible no retroceder ante su pesimismo, que veía un mal en la misma existencia, sin más remedio que el nirvana. Su código moral y social es admirable, pero se reduce á la letra muerta, sin el espíritu que vivifica.

Jesucristo es la gran figura de la historia, pudiendo decirse que el mayor acontecimiento de la humanidad es su venida, profetizada y esperada durante cuarenta siglos. « En la hora en que se consumaba el drama del Calvario, dispersados sus discípulos, las autoridades judías triunfantes estaban convencidas de haber puesto fin para siempre á la gran agitación, provocada en el pueblo por ese hombre peligroso,

perturbador y revolucionario, que moría entre dos ladrones.» Ellos creían que el drama del Calvario no tendría ulterioridades. Y en efecto, la sabiduría humana podía sensatamente pronosticar que una doctrina. que contrariaba todas las pasiones y que ni siquiera contaba con el apoyo de los filósofos y de los grandes de la tierra, no estaba predestinada á encarnarse en la conciencia de la humanidad.

Veinte siglos han pasado desde entonces; y á pesar de todas las contradicciones violentas, de que la iglesia ha sido objeto, empezando por los martirios y concluyendo con la guerra de los sabios y filósofos de todos los tiempos, las promesas del Fundador constituyen la realidad más solemne de la historia, el triunfo del reino de Dios, destinado á conquistar todas las almas de buena voluntad, todas las razas y todas las civilizaciones. Él será, según las palabras de un célebre escritor, el refugio supremo de los pobres, de los atribulados, de los humildes de este mundo, de aquellos que la realidad presente aplasta, que esperan un progreso nuevo en la verdad y en el bien, que tienen hambre y sed de justicia, que quieren vencer el mal y no encuentran en sí mismos la fuerza de dominarlo. Ellos son el gran número, son la multitud, son la humanidad. Á los otros, los sa-

tisfechos, los felices, los violentos que oprimen á los débiles, los soberbios que se complacen en su ciencia limitada y en su vana sabiduría, los corrompidos que no tienen más Dios que el vientre y sus apetitos, para todos esos el reino de Dios permanece incomprensible é inaccesible, porque nadie puede ser conquistado contra su voluntad.

Entretanto, el genio humano ha recogido las máximas de ese código eterno y universal, destinado á regir las almas. Él nos ha dado la fórmula de todas las virtudes heroicas: de la caridad: amad hasta á vuestros enemigos, haciendo el bien á los mismos que os aborrecen; de la humanidad: hipócrita: tú ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo; de la bondad hacia el culpable: que el que se encuentre sin pecado le tire la primera piedra; del perdón á los verdugos: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen; del consuelo y la fuerza en los dolores: venid á mí los que sufrís y yo os consolaré. « Él ha creado la ciencia de ser feliz, en estas máximas que parecen un desafío á la sabiduría humana y que jamás han engañado á nadie: felices los pobres, los afligidos, los limpios de corazón, los hambrientos de justicia, los pacíficos, los perseguidos, porque de ellos es el reino de los cie-

los.» En una palabra, él nos ha dejado la ciencia de la vida y la ciencia de la muerte; porque no es la muerte la que consuela y hace vivir, según la frase pesimista del poeta que cantó las flores del mal, sino la inmortalidad, el grito sublime *Resurgam*, que desde el fondo del sepulcro protesta contra la misma muerte.

Y bien; la lucha, que empezó durante la vida del Redentor, que asumió durante tres siglos el carácter de la persecución más sangrienta, á pesar de lo cual el grano de mostaza se convirtió en un árbol gigantesco, regado con la sangre de innumerables mártires (siendo un disparate, como reconoce Boissier en *El fin del Paganismo*, sostener que en todos los casos el medio de asegurar el triunfo de una doctrina sea perseguirla, puesto que es sabido que la persecución extirpó en España el islamismo y detuvo á la reforma); la lucha que ha continuado, sin descansar un solo día, entre el cristianismo y los cismas y heregías, asume en la actualidad una forma más suave en la apariencia, pero en el fondo más agresiva y eficaz, tan eficaz que si la religión no tuviera cimientos inconmovibles, peligraría gravemente su propia existencia. Es la lucha emprendida por el positivismo, en nombre de la ciencia, contra la fuente mis-

ma del principio religioso, contra la existencia de Dios y de un alma espiritual, reducidos á viejas quimeras de los tiempos primitivos, incompatibles con los descubrimientos de la civilización moderna. Es cierto que, de vez en cuando, resuenan voces de protesta contra la ciencia infalible, cuya bancarrota proclaman, llegando algunos como Spencer á reconocer cuán limitado es el dominio científico; pero no es menos cierto que se hace enorme impresión en la inteligencia de muchos, cuando se les asegura que la ciencia ha descubierto la no existencia de Dios, admitiendo únicamente la verdad de los hechos, revelados á los sentidos por la experiencia material. Para la nueva ciencia no existe el infinito, ó más bien dicho, el infinito existe, pero no en un Dios inteligente y eterno, sino en la materia, cuya eternidad se afirma. Del mismo modo, si el alma no es inmortal, podemos consolarnos, pensando que los sabios aceptan la inmortalidad de los organismos de los animales inferiores, como los infusorios y los protozoarios. Metchnikof dice también que las células, que aseguran la reproducción de la especie, están dotadas de inmortalidad, como los organismos unicelulares; de manera que lo que conceden á la materia y á los seres más inferiores, lo niegan, en

nombre de la misma ciencia, al alma y al espíritu.

¿Pero acaso existe el alma? Los materialistas sostienen la negativa, declarando que no hay más que sensaciones, más ó menos transformadas. Felizmente, el sentido íntimo no se deja engañar por sistemas contrarios á la realidad. Aunque la inteligencia no fuera esencialmente superior á los sentidos, como lo demuestra el campo de su acción, la unidad de la conciencia revela algo, que permanece durante toda la vida y que persiste, mientras que el cuerpo y los sentidos se transforman.

El positivismo pretende que los hechos intelectuales y morales pertenecen al tejido nervioso, pero jamás ha avanzado una prueba, que ni siquiera lo haga verosímil. Lejos de eso, el mismo Stuart Mill refuta perentoriamente esa doctrina, diciendo que, aunque estuviera demostrado, y en el estado actual no lo está, que todo estado de conciencia tiene por antecedente invariable algún estado particular del sistema nervioso, y especialmente del cerebro, es incontestable que se ignora en qué consisten esos estados nerviosos, de que se habla siempre como si fueran conocidos. Al contrario de las pretensiones de la psicología cerebral, es imposible en la actualidad deducir los fenómenos intelectuales ó morales

de la organización nerviosa. Todo conocimiento real que podamos tener, no puede adquirirse sino en un estudio directo, por medio de la observación mental, que supone una ciencia del entendimiento, distinta y separada. « Es un error muy grande, gravísimo en la práctica, concluye Stuart Mill, privarse de los recursos del análisis psicológico, edificando la teoría del entendimiento con los solos datos de la fisiología. Por imperfecta que sea la ciencia del entendimiento, yo no dudo en afirmar que está mucho más adelantada que la parte correspondiente de la fisiología: y abandonar la primera por la segunda me parece una infracción de las verdaderas reglas de la fisiología inductiva. » *(La lógica*, cap. 4°.)

La filosofía cristiana, sin rechazar ningún descubrimiento científico, considera al hombre como el rey de la creación, como el único sér capaz de conocer y de adorar á Dios. El instinto de la inmortalidad se encuentra grabado en el fondo de la conciencia, como la aspiración suprema del sér racional, cuyo rápido viaje por este mundo de miseria y de injusticia no puede ser el destino definitivo de la inteligencia.

La filosofía cristiana, proclamando la unidad de origen y la unidad de la redención, ha consagrado

el principio de la libertad moral y de la fraternidad, trayendo á la tierra el reinado del amor y de la esperanza. Aunque Dios no hubiera tenido otro fin al crearnos, ha debido al menos proponerse la felicidad de sus criaturas, que, aun en el orden puramente natural, somos los hijos de su amor. Este amor, cuya infinita manifestación fué la víctima inmolada en el Calvario, no ha podido pronunciar las palabras, que un poeta ha puesto en la boca de la desesperación :

Lorsque du Créateur la parole féconde
Par sa toute-puissance eût enfanté le monde
Des germes du Chaos ;

De son œuvre imparfaite il détourna sa face :
Et d'un pied dédaigneux le lançant dans l'espace,
Rentra dans son repos.

Va, dit-il, je te livre à ta propre misère ;
Trop indigne à mes yeux d'amour ou de colère,
Tu n'es rien devant moi.

Va-t'en rouler sans fin dans les déserts du vide ;
Qu'à jamais, loin de moi, le hasard soit ton guide
Et le malheur ton roi.

Contra esa filosofía se ha declarado la guerra de la pretendida ciencia, que persigue la libertad en

nombre de la libertad, atacando lo que designan como fanatismo por medio de un fanatismo nuevo. Hay hombres, decía Robespierre, que bajo el pretesto de destruir la superstición, quieren hacer una especie de religión del mismo ateísmo; pero la convención nacional debe rechazar tal sistema. « El ateísmo es aristocrático. La idea de un gran Sér, que vele sobre la inocencia oprimida y que castigue al crimen triunfante, es completamente popular. Yo he sido desde el colegio muy mal católico; pero no obstante eso, siempre permanezco fiel á las ideas morales y políticas que acabo de exponer. Si Dios no existiera, sería necesario inventarlo. » ¡ Qué palabras en boca del energúmeno!

II

LA METAFÍSICA

Problemas que estudia. — Soluciones del positivismo. — Métodos inductivo y deductivo. — Claudio Bernard. — Brunetière, Du Bois-Reymond. — Richet y Guyau. — El pesimismo. — Metchnikof y Haeckel. — Caro y Gruber.

La escuela positiva construye el edificio científico, suprimiendo las nociones de la metafísica, ciencia de las ideas universales, explicadas por la razón pura, que Lacordaire llamaba columna de la verdad. Según tradición antigua, el compilador Andrónico, al clasificar las obras de Aristóteles, había colocado en último lugar los libros que trataban de las ideas abstractas, dándoles el nombre de metafísica, esto es, después de la física, comprendiendo bajo esa calificación la ciencia del pensamiento y de la causa de los seres, á la vez que todos los conocimientos abstractos.

Mucho se ha discutido sobre la utilidad de la metafísica. Napoleón, que según sus propias palabras,

sentía aversión por los fantasmas sin substancia, trabajando como hombre de estado práctico, no sobre el papel, sino sobre la piel humana, manifestaba desdeñoso desprecio por los ideólogos. Y Voltaire con su espíritu cáustico no veía en la metafísica más que un discurso, en el cual el orador no es comprendido por sus oyentes, ni se entiende él mismo.

Entretanto, es innegable que no se puede desconocer la existencia de las ideas, que la metafísica estudia; idea de causa y de efecto, ideas de substancia y de accidente, de materia y de espíritu, de espacio y de tiempo, sin caer en el pirronismo y en el nihilismo. Tan es así, que los mismos enemigos de la metafísica se ven forzados á reconocer que el espíritu no puede desentenderse de estas cuestiones transcendentales, por más que critican el método puramente subjetivo, que es ocasionado á los más graves errores, sin el control de la experiencia. La ciencia pura no debe imitar la ceguera sublime de los dioses, cuya mirada ciega para el mundo exterior se reconcentra íntimamente, reflejando la luz en las regiones del alma.

Se discutirá más ó menos acertadamente sobre el método aplicable; pero, una vez admitido el procedimiento, que debe seguirse en el estudio de lo que

se entiende por filosofía abstracta, tendrá que convenirse que la metafísica es la ciencia de las ciencias y la que encierra la más alta utilidad práctica, como que abarca la conducta entera de la vida, la existencia de un Dios creador y de una alma inmortal. Estas son las cuestiones de mayor importancia práctica, dependiendo de su solución la conducta de los individuos y el porvenir de la raza humana.

Algunas ciencias, cuya utilidad nadie ataca, dice el diccionario de Larousse, son casi por completo puramente teóricas; esto es, metafísicas. ¿Para qué sirven las dos terceras partes de los problemas matemáticos, de la física y de la química? ¿Para qué sirven las nueve décimas partes de los problemas de la historia natural y las 999 milésimas de los astronómicos? El hombre tiene curiosidad de conocer lo que existe, y si los grandes problemas del universo son todos dignos de llamar su atención, no conocemos nada más digno de fijarla que las profundas cuestiones de la metafísica. «Todas las cuestiones sociales ó individuales se reducen á una cuestión metafísica. El hombre religioso funda su fe en la metafísica; el incrédulo justifica por ella su incredulidad; el mismo positivista establece metafísicamente que la metafísica no existe. El metafí-

sico, tan despreciado y desdeñado, no es más que un hombre de reflexión que se pregunta á sí mismo, con la atención que estas cuestiones merecen, lo que él es, lo que él siente, lo que él hace, y de cuestión en cuestión, va debatiéndose con la esperanza de hallar una solución final. El hombre irreflexivo pasa y sonríe, encontrando eso más fácil que comprender». (Verbo metafísica.)

Se ve, pues, que la gran ciencia filosófica es la única capaz de suministrar una solución racional de los grandes problemas de la vida. El positivismo es impotente, porque hace á un lado el conocimiento de las cosas que escapan á la realidad material. Su explicación del mundo se reduce á afirmar la eternidad del movimiento y la eterna evolución del cosmos; el movimiento aparece espontáneamente en la materia inmóvil; la vida nace por generación espontánea y las especies se transforman indefinidamente. En este programa, Dios no representa nada; ó no existe, ó es sencillamente el mal, como decía Proudhon. Basta inventar palabras sonoras, como la evolución y adaptación de los organismos y el medio, que existen porque sí, sin que nadie los haya creado, y que se van desenvolviendo ciegamente por una especie de milagrosa fatalidad.

Esa es la solución que viene á reemplazar las viejas creencias humanas, solución que, admitiendo y admirando el orden del universo, niega la causa primera y la causa final de todos los seres. Y sin embargo, el orden admirable de la naturaleza hacía exclamar á Voltaire: « el orden prodigioso de la naturaleza, la rotación de cien millones de globos alrededor de un millón de soles, la actividad de la luz, la vida de los animales, son milagros perpetuos ».

El descrédito, en que ha caído la metafísica, no tiene más origen que la tendencia á rechazar todas las verdades, que escapan á la observación directa. Desde que la ciencia no puede admitir más que los fenómenos materiales, constatados por el método inductivo que preconizaba Bacon, parece lógico á primera vista no admitir las nociones universales, ni la existencia de Dios y del alma humana. Pero este procedimiento, que ni siquiera se aplica en todos los casos, empieza por destruir las matemáticas, que son la más exacta de las ciencias.

La deducción es un procedimiento, por el cual se saca de una proposición general las proposiciones particulares; mientras que la inducción sigue una marcha contraria, partiendo de los hechos particu-

lares hasta llegar á la ley que los encierra. Ambos métodos son necesarios en cualquier ciencia, porque recíprocamente se controlan. El análisis y la síntesis representan para el espíritu humano la unión entre el ciego y el paralítico, que la fábula nos muestra ayudándose recíprocamente.

Claudio Bernard sostiene que el verdadero método experimental no puede prescindir de la *hipótesis*: porque la experiencia no es más que una observación, provocada por una razón. Para razonar experimentalmente, es necesario tener una idea previa, cuya exactitud se trata de comprobar. Así, el espíritu del sabio se encuentra siempre colocado entre dos observaciones, una que sirva de punto de partida al razonamiento y la otra que le sirve de conclusión.

No es justa, por consiguiente, la crítica formulada contra la filosofía, que partiendo del método sintético plantea sus conclusiones, debidamente apoyadas por el estudio de los fenómenos particulares. Y no solamente es injusta esa crítica, sino que los mismos enemigos del espiritualismo se valen precisamente del método deductivo, para negar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. ¿Acaso la ciencia incrédula puede presentar una sola prueba de sus negaciones? Por ventura el método posi-

tivo ha llegado alguna vez á demostrar ninguno de los grandes problemas, vinculados con el fin de la vida humana? La ciencia, la cultura y el progreso son impotentes para determinar el verdadero fin de la existencia y la felicidad verdadera, hacia la cual debe tender la humanidad.

Todo el mundo conoce la opinión de Brunetière, publicada en la *Revista de ambos mundos* en 1895, bajo el título *La ciencia y la religión*. He aquí como formula su crítica :

« La ciencia ha prometido desde hace cien años, renovar la faz del mundo, suprimiendo el misterio; ella no lo ha hecho, porque es impotente para resolver las únicas cuestiones esenciales, las que afectan el origen del hombre, la ley de su conducta y su destino futuro. Nosotros sabemos ya que las ciencias naturales nunca podrán enseñarnos nada á este respecto. Por lo tanto, en el conflicto entre la ciencia y la religión, la ciencia ha perdido la partida, puesto que debe declararse impotente, allí donde la religión ha guardado toda su fuerza. Porque las soluciones que la ciencia no da, la religión las da. Ésta nos enseña lo que ni la anatomía, ni la fisiología pueden enseñarnos, es decir, lo que somos, adónde vamos y cuál debe ser nuestra conducta. La

moral y la religión se completan una á otra, y desde que la ciencia nada puede hacer respecto á la moral, corresponde á la religión establecerla ».

Metchnikoff responde que no son fundados los reproches de Brunetière; en primer lugar, porque la ciencia jamás ha prometido resolver los grandes problemas del destino de la vida humana y el fundamento de la moral, y además, porque algunos de estos problemas, probablemente no serán nunca resueltos por el entendimïento humano. (*Estudios sobre la naturaleza humana*, pág. 285.)

Pero este mismo autor reconoce que en las obras de generalización científica, se ha pretendido emitir la idea de que toda la vida puede ser regida por leyes naturales, sin ninguna intervención de dogma, de religión ni de metafísica.

El fisiólogo alemán Du Bois-Reymond ha proclamado su *Ignorabimus*, para advertir que toda una serie de cuestiones de la mayor importancia están encima de la inteligencia humana y jamás serán resueltas; son justamente los siete enigmas del universo, que Haeckel se propone resolver con su criterio materialista.

Por eso reconoce Metchnikof que no son raros los que piensan que los principales problemas, que

constituyen la verdadera ciencia, jamás podrán ser resueltos. Cada día viene á aportar alguna conquista nueva, dice Carlos Richet, sin resolver el último enigma, el destino humano, enigma que nunca será resuelto. Y Guyau declara que el individuo no puede demandar á la ciencia las pruebas de su duración.

« Las respuestas que da la ciencia, en su estado actual, no bastan para consolar á los espíritus que recurren á ella » (Metchnikof, pág. 288). Cuando en la discusión sobre la bancarrota de la ciencia, Richet cita el beneficio del tratamiento de la difteria por el suero específico, como prueba del poder de los descubrimientos científicos, Brunetière le contesta que la seroterapia no nos impedirá morir, ni tampoco nos enseñará por qué morimos. Si la ciencia es impotente para resolver los problemas más importantes, que torturan á la humanidad, si ella misma se recusa por incompetencia, ¿con qué derecho nos ofrece como solución suprema el aniquilamiento en la tumba? El mismo autor confiesa que en la humanidad se produce una tendencia incontestable hacia la vuelta á la fe y á la religión, únicas que ofrecen verdadero consuelo á las miserias de la vida. Hasta Zola, preocupado con la muerte de su madre, llega-

ba á declarar que esa muerte había hecho vacilar el nihilismo de sus convicciones religiosas, tan penosa le era la idea de una separación eterna. *(Diario de los Goncourt*, tomo 6°.)

No es extraño que el materialismo y la impiedad, incapaces de encontrar una solución conforme á nuestra naturaleza racional, se hundan lamentablemente en el más negro pesimismo. Schopenhauer desenvuelve una concepción del mundo. según la cual debe considerarse la existencia como un mal. Si se representa, expone, la cantidad de miseria, de dolor y de males de todo generó, que el sol alumbra durante su carrera, se comprenderá que sería mucho mejor que la vida desaparezca de la tierra, como ha desaparecido de la luna. Nuestra vida puede ser mirada como un episodio, que turba inútilmente la tranquila beatitud de la nada y que manifiesta el carácter de una enorme mistificación. Los seres inferiores son más felices que el hombre, porque no tienen conciencia de su desgracia. Toda existencia humana indica el sufrimiento como su verdadero destino; la entrada en el mundo se hace en medio de lágrimas, su duración es en el fondo trágica y lo es aún más su salida. « Es imposible no ver en todo esto una ley intencional. »

Este filósofo niega forzosamente la inmortalidad individual, pero admite como principio eterno la persistencia de la especie, adoptando la teoría de Spinoza.

Otro filósofo alemán, Eduardo Hartmann, comparte su opinión, declarando que no hay felicidad y que hasta el amor procura más dolor que placer. La humanidad debe renunciar á toda felicidad, aspirando sólo á la ausencia absoluta del dolor, al nirvana y á la resignación.

Y en el delirio pesimista, aparece otro filósofo, Mainlaender, irguiéndose contra la estúpida resignación y proclamando como único destino deseable la voluntad de morir. Dios mismo desapareció, pasando de la vida á la muerte, una vez que creó el mundo...

Los panteístas, filósofos y poetas, hablan de la inmortalidad como la incorporación al gran todo. Guyau protesta contra la perspectiva de la muerte inevitable ; tenemos razón, dice, de revelarnos contra la naturaleza que mata, si ella mata lo que existe mejor moralmente en nosotros. Sobre todo en nombre del amor protesta contra la muerte : « la muerte para los otros, la desaparición de los que se aman, he ahí lo que es inaceptable para el hombre, ser

inteligente y amante por esencia » *(La irreligión del porvenir.)*

La solución propuesta por Metchnikoff el célebre inventor de la teoría fagocitaria, se reduce á admitir la inmortalidad de los organismos inferiores y de los elementos sexuales en los organismos superiores; pero la niega categóricamente al alma humana. El fin de la vida, según él, se reduce á corregir las desarmonías de la naturaleza, prolongando la duración de la existencia. Es ni más ni menos el materialismo de Haeckel, cuyas opiniones reproduce en toda la obra ya citada, lo mismo que en su defensa del origen simiano. El alma no es inmortal, porque todas sus funciones son el resultado de los órganos y especialmente del cerebro, debiendo morir, cuando aquellos dejan de funcionar. No necesitamos refutar un argumento, que hasta ahora no presenta el más remoto indicio de comprobación y que, por lo demás, es incompatible con la unidad y persistencia del yo, del fenómeno transcendental de la conciencia, durante toda la vida.

Por otra parte, si todo se reduce á la estructura cerebral, jamás explicarán los sabios incrédulos por qué razón los monos, que tienen la misma conformación cerebral que el hombre, carecen de inte-

ligencia racional. Si, como dice Metchnikof en el capítulo 3º, se acepta por todos que las partes principales del cerebro presentan precisamente los caracteres de estructura cerebral mejor marcados, como comunes al hombre y á los monos, y si éste es el gran argumento para demostrar el estrecho parentesco entre ambas razas, ¿ cómo es que entre los antropoides no ha aparecido nunca un solo ejemplar que revelara inteligencia ? Es que, además de los órganos materiales, tenemos alma espiritual, capaz de elevarse á las regiones más sublimes de la ciencia y de la filosofía, y que después de haber penetrado los arcanos de la naturaleza, despliega sus alas y se remonta hasta el mismo origen de la vida.

Los materialistas responden que el pensamiento es una secreción del cerebro; y el profesor Vogt, comentando la definición de Cabanis, agrega por su parte, que el cerebro secreta el pensamiento, como el hígado secreta la bilis y los riñones secretan la orina ; pero esta brutal fórmula es rechazada por el mismo Buchner, quien reconoce que la orina y la bilis son materias palpables, visibles y ponderables, mientras que el pensamiento no es una materia, que el cerebro produzca y arroje fuera, sino la acción misma del cerebro. La acción de la máquina, dice,

no debe ser confundida con el vapor desprendido por la misma máquina.

Se ve, pues, que los mayores enemigos de la metafísica no tienen escrúpulo en abandonar el terreno de la realidad, avanzando afirmaciones contrarias á la experiencia é incompatibles con la *unidad* é *identidad* del alma. Sus conclusiones son tan falsas, que podríamos rechazarlas, invocando simplemente el principio de que « lo que se afirma gratuítamente, puede ser negado gratuítamente » ; pero además el hecho íntimo de la conciencia basta para demostrar el principio del alma espiritual, reconociendo que, para su funcionamiento, le son necesarios los sentidos corporales y el cerebro.

Planteada, pues, la magna cuestión en sus verdaderos términos, vamos á estudiar ahora todos los sistemas que, valiéndose del método positivo, se han empeñado en la formidable lucha contra la idea cristiana. El mejor procedimiento de investigación consiste en interrogar las fuentes, resumiendo con lealtad las conclusiones de los filósofos positivistas, como lo han hecho Caro y Gruber en sus admirables estudios, que nos han servido de modelo en la exposición y suministrado muchos de los materiales bibliográficos. Nuestro estudio no pretende otra

cosa que vulgarizar condensando los trabajos de aquellos escritores, que hemos procurado completar en lo posible, creyendo así servir la causa de la buena doctrina.

Igualmente, cúmplenos declarar que hemos utilizado las obras que sobre Augusto Comte, el fundador reconocido del positivismo, han escrito Littré y Stuart Mill, Harrison y Laffitte, Congreve y el brasilero Lemos, entendiendo que, para no ser injustos, debíamos escuchar á los amigos y á los adversarios del sistema.

Todos convienen, como vamos á verlo, en que el positivismo excluye toda noción metafísica, reduciéndose á construir según el puro método científico, sobre el fundamento de las realidades de la experiencia ; pero si el punto de partida es idéntico, las doctrinas de la escuela se encuentran lejos de serlo, comprobando una vez más las fluctuaciones de la inteligencia, cuando se abandona la brújula de la razón y del sentido común.

SEGUNDA PARTE

III

EL POSITIVISMO

ı método. — Puntos fundamentales, afirmaciones y negaciones. — Dupont White. — Harrison. — El fundador de la escuela. — Juicio de Stuart Mill, de Lewes y de Littré. – Juicio de Huxley y Renan, de Laffitte y Robinet. — Trezza y Bovio.

Positivismo: tal es el nombre que reivindica una octrina moderna, que se atribuye la alta misión de ncerrar la filosofía definitiva, en reemplazo de la eología, y por lo tanto, de todas las religiones Gruber). Mientras que la teología y la metafísica e apoyan sobre vanas hipótesis, como la exis–encia de Dios, el alma, y las nociones de causa y fecto, el positivismo reposa completamente sobre l terreno de la realidad, siguiendo el único método e la observación. Con ese criterio, netamente em–írico, sólo admite los hechos, las verdades demos–

trables, abrazando el dominio entero de las ciencias exactas, siendo tal escuela la heredera gloriosa de todas las filosofías y de todas las religiones.

Desde luego, se echa de ver la solemne transcendencia del positivismo, que ha venido á substituir, en la lucha religiosa, todos los sistemas inventados contra el espiritualismo. El panteísmo de Spinoza y la metafísica alemana eran demasiado absurdos y nebulosos, para imponerse á la conciencia contemporánea; el ateísmo de Voltaire tampoco podía impresionar á los pensadores, preocupados de encontrar una solución racional á los grandes problemas de la vida. Augusto Comte tuvo la inspiración de echar los cimientos de una escuela, que ha servido de punto de cita para congregar á todos los adversarios de las creencias religiosas, estableciendo el método positivo, que según sus propios términos, se ha impuesto á todos los pensadores enérgicos, contando entre sus más ilustres partidarios á eminencias como Littré, Stuart Mill y Spencer.

El positivismo ha invadido todos los dominios de la actividad científica, extendiéndose á la literatura, á la legislación y hasta al gobierno de los pueblos. No es posible, entonces, desentenderse de una doctrina, cuyo conocimiento se impone á todos los es-

píritus cultivados. Mucho menos puede ser indiferente á los que todavía conservan sentimientos religiosos y creen que la existencia del hombre es un viaje entre dos eternidades.

El origen y el destino del hombre, la existencia del alma y todos los fenómenos de la psicología son problemas que el positivismo aparta del camino, relegándolos con Spencer al dominio de lo inconocible (*unknowable*). La ciencia moderna no se preocupa sino de los hechos materiales, susceptibles de observación directa ; y en vez de proclamar con el Rey-Profeta que los cielos cantan la gloria de Dios, afirma enfáticamente que la bóveda estrellada sólo confirma la gloria de Newton, Laplace y demás astrónomos, porque, como ha dicho uno de sus corifeos, no es Dios quien ha creado al hombre, sino el hombre quien ha inventado á Dios.

Basta lo expuesto para comprender la gravedad é importancia del estudio, que nos proponemos consagrar á las nuevas teorías, aunque en realidad no son otra cosa que la renovación, bajo una forma científica, de las viejas doctrinas, que siempre se han disputado el dominio de las inteligencias : el espiritualismo, la inmortalidad del alma, el principio religioso que la supone, por una parte ; y por otra,

el materialismo y la negación absoluta de Dios. No es posible declararse neutral en esta contienda, y cada cual, según la expresión de La Bruyère, debe considerarse feliz, si en la propagación de la verdad se convierte en el apóstol de un hermano.

Antes de investigar cuál ha sido la influencia del positivismo en todos los países civilizados, conviene establecer los puntos fundamentales del sistema. Un autor, cuyo nombre ya hemos invocado, reduce la esencia del sistema á lo siguiente : 1º el método positivo, esto es, el método de observación directa de los hechos, es el único que debe aplicarse en las ciencias y en la filosofía especialmente ; 2º en virtud de este método, lo suprasensible y absoluto, como Dios, el alma, la substancia, la esencia de las cosas son definitivamente eliminados del dominio de las ciencias, que los califican de quimeras, misticismo, superstición é imaginaciones de un cerebro enfermo ; 3º la idea de Dios es reemplazada por la idea de la humanidad, que se convierte en el centro unificador, y para así decirlo, en el núcleo de cristalización del mundo positivista. (Gruber. *Augusto Comte*, página 6.)

Como pudiera recusarse esta cita, oigamos lo que dice Dupont White : se puede definir el positivismo

como la ciencia afirmando que ella basta al hombre, en cuanto no conoce más que la materia, las propiedades de la materia, las leyes de la materia. Como primer efecto de esta afirmación, desaparecen del espíritu humano la religión y la filosofía, que el filósofo positivo trata de especulaciones excesivas, concebibles en las primeras edades del mundo é incompatibles con la actual civilización. «El positivismo es, pues, antes que otra cosa, una condenación de la religión y de la filosofía, eliminadas, repudiadas perentoriamente, como extrañas y malsanas al espíritu humano.» Á idéntica conclusión arriba la teoría, que Spencer ha denominado *agnosticismo*, teoría que, según Harrison, resuelve el problema teológico con el mismo criterio. Si los positivistas, dice, no han querido llamarse agnósticos, es por no aceptar el barbarismo contenido en esa palabra. «Confesemos, agrega, que para responder al problema teológico, el punto de vista de los agnósticos es exactamente el nuestro. ¿Por qué no hemos querido llamarnos como ellos? Sencillamente, porque la palabra agnósgitico es un barbarismo» *(dog-greek)*, que significa «yo no sé», y no hemos querido llamarnos «yo no sé». Esta denominación es absurda; tanto valdría que los cristianos se llamaran no mahometanos, y

los ingleses no asiáticos. Littré, por su parte, encuentra una perfecta conformidad entre el positivismo y el agnosticismo. Y el profesor Huxley, si bien ataca la filosofía de Augusto Comte, afirma la perfecta identidad de ambas escuelas, cuando escribe: « el agnosticismo consiste principalmente en el método de las ciencias exactas; sólo lo demostrado y lo demostrable pueden ser objeto de la filosofía agnóstica. Las cuestiones tratadas en las obras teológicas son cuestiones de política lunar; no merecen la atención de hombres, que tienen algo que hacer en este mundo. »

En cuanto al derecho de prioridad del positivismo de Comte, diga lo que quiera Spencer, ha sido plenamente reconocido por todos los escritores. En su historia de la filosofía, la más importante que se ha publicado en Inglaterra, Lewes expone que Comte ha sido el fundador del positivismo, como Bichat ha fundado la biología: porque, aun cuando los escritores que vienen después hayan modificado ciertas ideas, el método y el sistema se mantienen en pie.

Littré afirma lo mismo, declarando que si bien algunos proclaman á Spencer como el profeta de lo inconocible y el representante más avanzado del agnosticismo, no es menos cierto que cuarenta años

antes que Spencer, eliminando M. Comte rigurosamente lo absoluto de todas nuestras concepciones, había sentado el principio de lo que se llama actualmente en Inglaterra agnosticismo. Y á propósito de la indignación de Spencer, cuando se le recordó que pertenecía á Comte la prioridad de las ideas fundamentales, que informan tanto el agnosticismo como el positivismo, Harrison se expresa textualmente así: « Cuando no se hace más que repetir lo que Lewes ha afirmado altamente en su *Historia de la filosofía*, haría bien Spencer en no enojarse como si se le acusara de haber robado un par de botas. »

Es, pues, indudable que Augusto Comte debe considerarse como el verdadero fundador del positivismo, y así no es de extrañar la triunfal acogida con que han sido aplaudidas sus obras y en especial el *Curso de filosofía positiva*, publicado de 1822 á 1842.

No ha sido tan unánime el aplauso respecto de su segunda obra, la *Política positiva*, en la cual echó los cimientos de la religión de la humanidad, considerada por algunos como una decadencia lastimosa (Littré y Stuart Mill), si bien otros sostienen que ambas publicaciones se complementan lógicamente,

formando un cuerpo de doctrina perfectamente homogéneo.

Al aparecer el *Curso de filosofía positiva,* Comte mismo se declaraba satisfecho, si en Europa encontrara cincuenta lectores; pero, cuando empezó á afirmarse el éxito, se creyó predestinado á suplantar en sólo tres generaciones la religión católica, que debía desaparecer en el siglo XIX para dar paso á la religión de la humanidad, porque, como él decía, « no se reemplaza más que lo que se destruye ». Otro filósofo liberal, Cousin, concedía más larga vida al catolicismo, que todavía tenía cuerda para tres siglos *(il en a pour trois siècles dans le ventre).*

La atención sobre Comte se despertó primeramente en Inglaterra, siendo el físico Brewster quien publicó el primer juicio favorable, aplaudiendo su singular competencia científica, si bien condenaba abiertamente sus tendencias antirreligiosas.

Pero la celebridad empezó con el elogio extraordinario, que le fué discernido por el ilustre filósofo inglés Stuart Mill, colocándolo á la mayor altura entre los pensadores europeos. Mill considera el *Curso de filosofía positiva* como la obra más grande, que la filosofía de la ciencia haya jamás producido, como una verdadera enciclopedia; y se declara parti-

dario sin reservas del método de Augusto Comte, que es el verdadero método, el método tipo, aunque no admita todas las conclusiones del autor (*A system of logic*). Su entusiasmo era tal, que llegó á considerarla como la obra más grande de nuestros tiempos, colocando á su autor como *pionnier* de la filosofía encima de Descartes y Leibnitz.

En su libro titulado *Comte y el positivismo*, agrega todavía que: « más que ningún otro, el nombre de Augusto Comte está ligado al método positivo. Él es quien el primero ha tentado hacer del positivismo un sistema y aplicarlo científicamente á todos los objetos del humano conocimiento. Ha demostrado un espíritu tan poderoso y tan penetrante, ha tenido tal éxito, que ha conquistado y conservado la más viva admiración, aun de parte de aquellos que condenan sin contemplaciones la dirección adoptada más tarde por el autor y rechazan algunos de sus primeros principios.

Lewes en su *Historia de la filosofía* coloca á Comte en el primer rango entre los filósofos. Todas las otras filosofías, dice, sirven de pedestal para la de Augusto Comte, asignándole en esta materia el mismo lugar, que los fieles acuerdan á Cristo en la revelación.

Y Emilio Littré, el autor del famoso *Diccionario*, que no juraba más que por Comte, al terminar su biografía, llega á la siguiente conclusión, mantenida aun después de la famosa ruptura de 1852: «Augusto Comte, dice, fué iluminado con los rayos del genio. Aquel que, á la salida de la confusa lucha del siglo XVIII, apercibió, al comienzo del siglo XIX, el punto ficticio ó subjetivo, que es inherente á toda teología y á toda metafísica; aquel que formó el proyecto y vió la posibilidad de eliminar este punto, cuyo desacuerdo con las especulaciones reales es la dificultad más grande de los tiempos presentes; aquel que reconoció que, para llegar á esta eliminación era necesario, desde luego, encontrar la ley dinámica de la historia, y la encontró; aquel que, convertido por este inmenso descubrimiento, en maestro de todo el dominio del saber humano, pensó que el método seguro y fecundo de las ciencias podía generalizarse, y le generalizó; aquel, en fin, que, del mismo impulso, comprendiendo el enlace indisoluble con el orden social de una filosofía que abrazaba todo, vislumbró el primero las bases del gobierno racional de la humanidad; aquel, digo, merece un puesto al lado de los más ilustres cooperadores de esta vasta evolución, que arrastró el pa-

sado y arrastrará el porvenir. » Con esta página, que es menos el resumen de una filosofía que un himno en honor del filósofo, es como se termina la obra, consagrada por Littré á su iniciador, á su consolador, á su maestro.

No puede negarse que otros escritores, aun entre los sabios incrédulos, han criticado duramente la obra filosófica de Comte. Herschel le niega competencia hasta en el terreno de las matemáticas; Huxley lo ataca con apasionamiento, tachando la filosofía positiva como un tejido de contradicciones y absurdos, en que se revela que el autor sólo tiene un conocimiento superficial y adquirido de segunda mano. Ernesto Rènan resume sus impresiones, diciendo que Augusto Comte, sobre la mayoría de las cuestiones, ha repetido en mal estilo lo que Descartes, d'Alembert y Laplace habían dicho antes de él en muy buen estilo.

Y otros le hacen cargo de haber omitido la economía política, entre los estudios de sociología, olvidando que en el organismo social, la economía política representa lo que la nutrición en el organismo animal, ó en otros términos, que las funciones superiores del cuerpo social, las que se ocupan de los intereses morales, estéticos y científicos, se encuen-

tran bajo la dependencia de las funciones inferiores, que aseguran el mantenimiento material de la sociedad.

Sea de ello lo que fuera y antes de penetrar en el estudio razonado del método positivo, debemos dejar constancia de que la filosofía de Comte ha abierto surcos profundos en las conciencias, formando una escuela ortodoxa, que sigue al pie de la letra las enseñanzas de la llamada religión de la humanidad, entrando en las logias masónicas, de donde ha desterrado como resto de superstición al gran arquitecto del universo, extendiéndose á todas las naciones de Europa, penetrando en Asia hasta el imperio del Japón y produciendo en América la caída del último imperio y el nacimiento de la flamante República del Brasil, cuya bandera, creada por Benjamín Constant, ostenta la divisa positivista: « orden y progreso ».

No es de extrañar que, al morir Augusto Comte en 1855, sus discípulos le hayan discernido una verdadera apoteosis. Laffitte y Robinet lo proclaman la más alta vida que haya existido, porque al genio de Aristóteles unió el carácter social de San Pablo y la energía de Junio Bruto. Su sistema de política positiva, es, según ellos, el código sagrado del porvenir,

y coloca á su inmortal autor en la augusta falange de los grandes fundadores religiosos, entre los más gloriosos bienhechores de la humanidad. Más todavía; han llegado los sectarios de Comte hasta esperar que un día la fiesta de Navidad será consagrada, no al recuerdo del nacimiento de Cristo, sino á la eterna memoria del verdadero redentor, el fundador del positivismo. «El templo de los dogmas, decían los oradores oficiales Trezza y Bovio en las fiestas de Giordano Bruno, celebradas en Roma en 1889, se ha hundido para siempre; es necesario, pues, construir otro templo, edificado sobre la fe indestructible que procura la ciencia. La ciencia sola sobrenada, en medio del naufragio de una sociedad atormentada por la duda. Una religión nueva debe reemplazar á la religión cristiana; teniendo por dogmas fundamentales los descubrimientos de las ciencias, las relaciones internacionales fundadas sobre la justicia, las exposiciones universales de la industria y del trabajo. La religión nueva no tiene profetas: ella tiene pensadores».

IV

AUGUSTO COMTE

LA FILOSOFÍA POSITIVA

Ley sociológica: Estado teológico, metafísico y positivo. — Fisiología psicológica. — Biología. — Sociología. — La moral. — Taine y Byron. — Estado Teológico, fetiquismo, politeísmo y monoteísmo. — Catolicismo. — Estado metafísico, los juristas y el protestantismo. — Estado positivo. — Comité occidental. — *La política positiva.* — Religión de la humanidad. — Desavenencias conyugales. — Un amor platónico; Clotilde de Vaux, la Virgen-Madre positivista. — El Gran Sér, el Gran Fetiche, y el Gran Medio. — Fórmula positivista. — Su calendario. — La conversión del mundo al positivismo. — Comte y los jesuítas. — Pleito con el editor Bachelier. — La muerte de Comte. — Su herencia material é intelectual.

La obra de Comte se divide en dos períodos, el de la filosofía positiva, que comprende seis volúmenes y es mirada como su obra maestra, y el de la política positiva, destinada á fundar la religión de la humanidad, emancipada de Dios, y considerada por su autor como su creación definitiva. Entre los in-

gleses se ha establecido netamente la división entre ambas publicaciones, que señalan respectivamente con los nombres de *earlier comtism* y *later comtism*.

Ante todo, conviene estudiar el primitivo período de Comte, ó sea el consagrado á la filosofía. El fin que se propuso fué concluir con la anarquía intelectual de las sociedades actuales, cuyo mal más grave consiste, según sus palabras, en la profunda divergencia que existe entre los espíritus respecto de todas las máximas fundamentales, cuya aceptación es la primera condición de un verdadero orden social. « Mientras que las inteligencias individuales no hayan adherido con asentimiento unánime á un cierto número de ideas generales, capaces de formar una doctrina social común, no puede disimularse que el estado de las naciones continuará esencialmente revolucionario, á pesar de todos los paliativos políticos que se adopten ; y después agrega que la causa principal de los errores intelectuales de su tiempo se encuentra en el empleo simultáneo de tres filosofías opuestas, que él llama teológica, metafísica y positiva. De las tres filosofías, únicamente la positiva debe prevalecer, habiendo llegado la hora de trabajar sistemáticamente por su triunfo.

La anarquía intelectual, que también preocupaba

á Lamennais, constituye, sin embargo, el estado permanente de las inteligencias, desde que existe memo ria entre los hombres; y la pretensión de ponerle término es tan candorosa, como la de proponerse que millares de relojes señalen simultáneamente la misma hora.

Augusto Comte define el carácter de su filosofía, explicando lo que entiende por positivismo. Por esta calificación se comprenden los dos atributos de realidad y de utilidad, cuya combinación bastaría para definir el verdadero espíritu filosófico, que no puede ser en el fondo más que el buen sentido generalizado y sistematizado. El mismo término comprende las cualidades de certeza y de precisión, que distinguen la razón moderna de la antigua. Agréguese á esto la tendencia orgánica del espíritu positivo, y éste quedará separado tanto del espíritu metafísico como de la teología, que resultan incapaces del gobierno espiritual de la humanidad. Lo positivo, en resumen, es inseparable de las cualidades mencionadas, siendo sinónimo de relativo y orgánico, de preciso, de cierto, de útil y de real.

Atribuyendo estas propiedades á su sistema, Comte lo opone á las filosofías que habían prevalecido hasta entonces, y que él nombra teológica y metafísica.

La filosofía teológica es aquella que, en su explicación del mundo, recurre á seres sobrenaturales, á una voluntad superior; la filosofía metafísica es la que reconoce las causas primeras y las causas finales y que trata de la esencia de las cosas. Tanto una como otra, agrega, abandonan el terreno sólido de la experiencia, para engolfarse en la quimera de lo absoluto, que escapa enteramente al conocimiento humano. La filosofía positiva, por el contrario, se circunscribe á las realidades apreciables á nuestro organismo; prescinde de Dios y de la esencia de las cosas, limitándose á buscar en los fenómenos, las leyes invariables que los rigen. « Nosotros vemos, expone, que el carácter fundamental de la filosofía positiva consiste en mirar todos los fenómenos experimentales como sujetos á leyes naturales é invariables, cuyo descubrimiento preciso es el fin de nuestros esfuerzos; creyendo que es absolutamente inaccesible y vacía de sentido la investigación de lo que se llama causas primeras ó finales. »

Aplicando este criterio en su curso de astronomía, declaraba que el orden y la armonía del universo no emanan de una voluntad sobrenatural; porque únicamente las leyes inmutables de la natura-

leza gobiernan al mundo. Aun cuando todavía no entramos en la crítica del positivismo, debemos hacer notar de paso la curiosa coincidencia entre los que admiten la existencia de un Sér Supremo y los que la niegan: tanto unos como otros llegan á su respectiva solución, invocando el mismísimo argumento; para los ateos no hay Dios, porque existe orden y armonía en la naturaleza, mientras que los creyentes descubren la sabiduría y la bondad de Dios en las leyes inmutables que gobiernan el mundo, repitiendo el conocido dicho de Voltaire, de que no se concibe un reloj si no existe un relojero. « Si un reloj, dice este escritor, presupone un relojero, si un palacio indica un arquitecto, ¿por qué el Universo no ha de demostrar una inteligencia suprema? ¿Cuál es la planta, el animal, el elemento ó el astro, que no lleve gravado el sello de Aquél, á quien Platon llamaba el eterno geómetra? Soy de parecer que el cuerpo del más pequeño animal prueba tal inmensidad y tal unidad de designio, que deben á la vez espantarnos y admirarnos. Ese miserable insecto no sólo es una máquina, cuyos resortes se hallan perfectamente acomodados entre sí, y no sólo ha nacido y vive por medio de un arte, que no podemos imitar ni comprender, sino que su vida está en rela-

ción inmediata con la naturaleza entera, con todos los elementos, con todos los astros. Quien no descubre en él la inmensidad y unidad de designio, demostrando la existencia de un artífice inteligente, inmenso, único, es preciso que esté completamente ciego. Nunca se ha dado una prueba real de la no existencia de una inteligencia suprema » *(Notes sur les Cabales)*.

Y Newton, el inmortal descubridor de la ley de la gravedad, se basaba precisamente en el estudio del mundo, para afirmar la existencia de un soberano creador, eterno é infinito, que todo lo puede y todo lo sabe, es decir, « que existe desde la eternidad y durará por toda la eternidad, que está presente en todas partes, lo gobierna todo y es el autor y el árbitro de todas las cosas y en todo lugar ». *(Principios de filosofía natural.)*

Al lado de Newton se encuentran Leibnitz y la mayor parte de los sabios contemporáneos, hasta llegar al ilustre Pasteur, de manera que es aventurada la opinión de Renan, según el cual la creencia en Dios sólo es cultivada por las inteligencias subalternas é ignorantes.

Volviendo al sistema positivo, Augusto Comte señala como punto de partida su descubrimiento de

la famosa *ley sociológica,* en 1822, la que encierra la ley natural y fundamental del desenvolvimiento humano La humanidad, enseña, pasa necesariamente por tres estados; empieza por el estado teológico ó ficticio; llega en seguida al metafísico ó abstracto; y se detiene al fin en el estado positivo ó científico. Este desenvolvimiento, que es la ley de la humanidad entera, se encuentra en el individuo tomado aisladamente. « Cada uno de nosotros ha sido teológico en su infancia, metafísico en su juventud y positivo en la edad madura ». En el estado teológico, el hombre explica el mundo exterior según él mismo; juzga de los fenómenos, de acuerdo con los actos que proceden de su propia voluntad y los atribuye, no á los objetos mismos, sino á una voluntad semejante ó superior á la suya. Ve en todas partes seres misteriosos, sobrenaturales, que animan todo y procura conquistar sus favores á fin de poder con su ayuda dirigir en provecho propio el curso de la naturaleza. El carácter distintivo de ese estado es oponerse á la invariabilidad de las leyes naturales. Según la naturaleza del espíritu humano, el estado teológico es necesariamente el punto de partida de la filosofía, y en general, de todo desenvolvimiento humano. El estado metafísico es de transición; enton-

ces, á los seres concretos, sobrenaturales, suceden abstracciones. El espíritu metafísico es esencialmente crítico y negativo, destruye, pero no edifica, y por esa razón no es un estado definitivo. En conclusión, el estado positivo, que triunfará definitivamente, afirma que la observación exacta es el único metodo científico, y que, por lo tanto, todo lo que no se justifique y compruebe en la realidad material, debe rechazarse definitivamente del dominio de la verdad, como especulación inútil y sin valor.

La ley sociológica de los tres estados es considerada por Laffitte como el fundamento de la ciencia social y como la base eterna, sobre la que reposará en adelante la organización del género humano. El catecismo positivista, estudiando dicha ley, manifiesta que el estado teológico es siempre provisorio, en cuya virtud Comte se permite despedir á Dios en las fronteras de las ciencias, dándole las gracias por los servicios que provisionalmente ha prestado. El estado metafísico es puramente transitorio; el único definitivo es el estado positivo, que substituye lo relativo á lo absoluto, y con el estudio de las leyes, suprime la investigación de las causas primeras y finales.

Augusto Comte determina la jerarquía de las ciencias y su dependencia recíproca, excluyendo en

su sistema la psicología y la lógica, que no tienen misión ante el criterio materialista y positivo.

Es evidente que, para el que niega el alma, la ciencia del alma no tiene objeto práctico. Comte sólo se ocupa de la fisiología, declarando que el hombre no es el último de los espíritus, sino el primero de de los animales; y que el fenómeno de la reflexión interior es un contrasentido, «porque el individuo pensante no podría dividirse en dos, uno de los cuales estuviera razonando, mientras el otro lo mirase razonar; el órgano observado y el órgano observador serían en tal caso idénticos, no pudiendo reproducirse la observación». Y sin embargo, como hace notar Gruber, bastaría hacerle á Comte una simple pregunta, para demostrar que la observación interna no es un absurdo: mientras él argumentaba de ese modo, ¿tenía ó no tenía conciencia de su argumentación? ¿Y cómo podía tener tal conciencia, sin la observación interna? ¿Acaso percibía su razonamiento por los ojos, por el oído, por el olfato, por el gusto ó el tacto? La tendencia antirreligiosa y antiespiritualista del autor se revela sobre todo en la biología y la sociología, materias en que se acentúa la oposición entre el método teológico y el método positivo. Mientras que el primero pretende explicar al mundo

por el hombre, el segundo explica al hombre por el mundo. Siendo la biología el estudio de las leyes de la vida, para definirla, Comte establece la correlación armónica, que existe entre el sér vivo y el medio en que se desenvuelve. Toda función vital es, por lo tanto, el resultado del organismo y del medio, subordinado á los fenómenos químicos, físicos y astronómicos, pues es sabido que el sol ejerce una influencia directa sobre el calor y electricidad atmosférica. Partiendo de esta base, reduce todas las funciones á las leyes generales de la materia, declarando que entre el hombre y el animal no existen diferencias esenciales. Á pesar de lo cual, combate expresamente la teoría de la evolución, afirmando que los esfuerzos de los materialistas para rehusar la espontaneidad vital, exagerando la influencia del medio sobre los seres organizados, no han hecho más que desacreditar semejantes investigaciones, que considera como vanas é inútiles, indignas de espíritus científicos.

La biología de Comte tiende á emancipar á la razón humana, que arruina según él todas las nociones teológicas. En esto se aparta de la opinión de Leibnitz, quien sostenía textualmente que « siendo tanto la razón como la fe dones de Dios, su lucha haría luchar á Dios contra Dios ».

Para afirmar esa conclusión, el positivismo dice que los acontecimientos del mundo no son conducidos por una voluntad sobrenatural, — lo que se demuestra por la previsión de los fenómenos y la facultad que tiene el hombre de dirigirlos á su antojo. La astronomía demuestra, sin necesidad de recurrir á causas primeras, que todos los fenómenos celestes derivan de la gravitación. La física acuerda al hombre el poder de dominar la naturaleza (por ejemplo, el pararrayo), arruinando así la creencia, que atribuye esos fenónemos á una voluntad sobrenatural. Y la química reduce á nada las doctrinas teológicas de creación y de destrucción absolutas; probando por sus análisis que la materia es inmutable, indestructible y eterna, y que hay homogeneidad en la materia orgánica y la materia inorgánica; en una palabra, que todo lo que existe en el mundo tiene un origen puramente material, que ha venido al través de los siglos metamorfoseándose, para dar el estupendo salto desde el pólipo al hombre, desde la mónada á Newton.

Pero esta doctrina es vieja como el error, y el mismo Newton, después de haber explicado las leyes de los movimientos de la luz, se preguntaba si el ojo ha podido ser construído sin ningún conocimiento

de la óptica y la oreja sin ningún conocimiento de las leyes del sonido. El más célebre de los ateos, Lucrecio, ya había inventado la teoría de la naturaleza ciega, diciendo que no hay nada en el cuerpo, destinado á un uso fijo, sino que todo lo que existe procrea su uso respectivo. Es la misma doctrina de algunos fisiólogos, para quienes la función crea sus órganos, en vez de haberse destinado cada órgano para su función correspondiente. Los órganos no existen en vista de un propósito; consiguen este propósito, porque existen de tal manera y no de tal otra. En este sentido afirmaba de Candolle: « los pájaros vuelan porque tienen alas, pero un verdadero naturalista jamás dirá que los pájaros tienen alas para volar ». De lo que se sigue que, para la escuela positiva, las funciones son un resultado y no un propósito, desarrollando cada animal el género de vida, que sus órganos le imponen.

SOCIOLOGÍA

Comte estudia esta ciencia en el individuo, en la familia y la sociedad: la vida individual se caracteriza por la preponderancia de los instintos personales; la vida de familia por los instintos simpáticos;

y la vida social por la evolución de las influencias intelectuales. Estos tres grados de la existencia humana lo llevan á dividir la moral universal en moral personal, que se refiere á la conservación é higiene del individuo. en moral doméstica, que subordina el egoísmo á la simpatía, y en moral social. que dirige todas nuestras inclinaciones en vista de la comunidad. Estas dos últimas partes constituyen el altruísmo.

La moral positivista no puede ser más vaga é indeterminada. siendo la piedra de toque del sistema. Borrando toda noción de deberes religiosos, reemplazando el culto de Dios por el culto humano; y destruyendo los principios primordiales, que forman el más alto exponente de la civilización, sería radicalmente incapaz de señalar una norma de deberes á la conciencia. si la humanidad no se encontrara poseedora de las fecundas doctrinas, que el cristianismo ha venido almacenando en su seno y que se han encarnado en las entrañas mismas de la sociedad. Los filosófos contemporáneos encuentran perfectamente planteado el problema moral, en las relaciones del hombre consigo mismo y con sus semejantes; es un tesoro depositado en el mundo, semejante al calórico y electricidad, que el carbón de piedra

encierra desde hace siglos en la entrañas de la tierra. Á eso se debe el milagro de que la moral positivista no haya concluído su obra de corrupción; pero asimismo es innegable la perniciosa influencia, ejercida por la nueva teoría, que no impunemente pretende suprimir á Dios de la escuela y del hogar. Cuando se sostiene, como lo hace Taine, en la introducción de su *Historia de la literatura inglesa*, que « el vicio y la virtud son meros productos, como el vitriolo y el azúcar »; cuando se suprime el sentimiento de la vida en lo que ella tiene más ingenuo y más libre, en el desarrollo más original de la individualidad humana, de la persona, « que es una conquista sobre las fatalidades de la raza, del clima y del medio »; cuando se reduce todo el problema moral á un simple dato del termómetro, concluyendo como lo hacía lord Byron, que las mujeres de los países septentrionales debían ser á la fuerza más castas y virtuosas que las del mediodia, no es extraño que el edificio social amenace la más lamentable decadencia, trastornándose todas las nociones, que elevan y dignifican al hombre. No es extraño que la sociedad moderna vaya dejando el incómodo fardo de las antiguas preocupaciones y que á la ruina de la moral privada suceda la disolución, por no decir la prostitución del

sagrado vínculo del matrimonio, la reglamentación del fraude en las relaciones conyugales y la diminución de los nacimientos en el pueblo más civilizado de la tierra. Con razón decía el reverendo Vaughan que la divisa de la República francesa debía ser modificada en su último término, adoptando en su reemplazo la de *libertad, igualdad, maternidad.*

Y aludiendo el canciller Bismarck al fenómeno de la despoblación, observaba gráficamente que cada año la nación francesa perdía una batalla.

En el análisis que hace Comte de la filosofía de la historia, insiste en que la dinámica social obedece á su ley de los tres estados : el estado teológico, el estado metafísico y el estado positivo, reconstruyendo con tal criterio su historia de los pueblos occidentales.

ESTADO TEOLÓGICO

Es el estado originario y se divide en tres grandes períodos, el fetiquismo, el politeísmo y el monoteísmo. El estado teológico, sostiene que comienza natural y necesariamente por el fetiquismo, que mira á todos los cuerpos, sean naturales ó artificiales, como estando animados. Todos los sistemas teológicos se basan en el fetiquismo.

Comte destruye así las tradiciones judías, recogidas por Moisés en la *Biblia*, y la doctrina de Platón, Sócrates y Cicerón, respecto del origen religioso de la humanidad.

Hablando del politeísmo, confiesa que es superior al fetiquismo, favoreciendo el desarrollo de las ciencias, del arte y de la industria y preparando el camino á la idea de leyes naturales invariables. La institución de la esclavitud caracteriza el período politeísta, el cual reconoce ser inferior al período monoteísta, y concluye que la revolución, que ha hecho pasar la humanidad al monoteísmo, ha sido la más grande que recuerda la historia.

El régimen monoteísta reviste su más alta expresión en el verdadero catolicismo, que en la edad media resolvió de manera maravillosa el problema político de las relaciones entre el poder espiritual y el poder temporal. « La organización social del sistema católico en la edad media es hasta ahora, en su conjunto, la más grande obra maestra política de la humana sabiduría. » Se ha acusado á la iglesia católica de usurpación; pero Comte rechaza el cargo como injusto; porque nunca, ni aun en el tiempo de mayor esplendor, ha podido la iglesia obtener plenamente la libertad necesaria para desplegar su

influencia educadora. Bajo la dirección moral del poder espiritual, la política ha conseguido un alto grado de prudencia, inteligencia y de fuerza, protegiendo á los débiles y dominando á los poderosos. La organización de la jerarquía católica se fundaba sobre el mérito intelectual y moral, estando abierta á todas las capacidades. El clero personificaba toda la civilización de la época; y á las órdenes monásticas, verdadera milicia espiritual, se deben las más importantes creaciones del cristianismo. La concentración misma del poder espiritual en la infalibilidad del Papa, que se ha reprochado tanto al catolicismo, « era, sin hablar de su evidente necesidad en el sistema teológico, un grandísimo progreso intelectual y moral ». Con un ardor infatigable, la iglesia ha trabajado de todos modos en la instrucción del pueblo: cuando se le hace reproche contrario, tales quejas son soberanamente injustas y absurdas.

Bajo el punto de vista dogmático, el deber riguroso de creer, agrega Comte, era inevitable en un sistema fundado sobre la revelación. En cuanto á la moral, el catolicismo ha perfeccionado la moral personal, como la moral doméstica y la moral social, regulando á la vez el patriotismo y las relaciones internacionales y endulzando los males de la sociedad,

contra los cuales todos los sistemas filantrópicos modernos se encuentran impotentes. Por sus canonizaciones, que han reemplazado las antiguas apoteosis, él ha reducido todos los siglos á la solidaridad social. El positivismo debe extender estos aniversarios más lejos todavía, por ejemplo á Homero, á Aristóteles.

En cuanto al punto de vista intelectual, « una vana crítica metafísica, cuyo primer órgano fué el protestantismo, ha cometido el absurdo de llamar esta época notable una época de tinieblas » : tal absurdo es refutado por el simple hecho de que es en Italia, en el centro del catolicismo y en el momento de su pleno desarrollo, donde el espíritu humano ha desplegado sus resortes científicos, estéticos é industriales.

En todo ésto, sin embargo, su rol se limitaba á preparar, bajo el régimen teológico, que llevaba en sí el germen de su disolución, los elementos del período positivo.

ESTADO METAFÍSICO

El pasaje del estado teológico al estado positivo se caracteriza por el estado crítico ó metafísico, que

es un régimen de transición. Este proceso de descomposición data del siglo XIV y se divide en dos períodos, el primero, de luchas intestinas en la iglesia; y el segundo, que empieza en el siglo XVI y comprende la filosofía revolucionaria, seguida por los juristas y metafísicos y en especial por el protestantismo.

Augusto Comte ha descubierto que la escolástica con Santo Tomás fué el primer disolvente de la política teológica. Los reyes y las iglesias nacionales se levantaron contra la supremacía romana, sin darse cuenta de que con tal conducta se dañaban á sí mismos.

El protestantismo tuvo por objeto destruir, «en nombre mismo del cristianismo, el admirable sistema de la jerarquía católica, que formaba precisamente su realización social». El protestantismo tenía por principio el libre examen; pero se proponía emplear dicho principio solamente hasta haber establecido su propia dominación; siendo un estado lógico imperfecto, ha echado los cimientos de todas las filosofías revolucionarias, porque todas las ideas revolucionarias no son más que aplicaciones sociales del principio de libre examen.

Bajo el punto de vista intelectual, el protestantis-

mo ha desenvuelto el espíritu de libertad ilimitada y de anarquía. Lutero triunfó, porque habló de libertad en el momento favorable, cuando las convicciones religiosas se habían debilitado demasiado, para tener enfrenadas las pasiones.

Resumiendo su estudio, Comte declara que, entre los errores intelectuales y morales de la secta disidente, hay que hacer notar que rechaza el poder espiritual, que es injusta en su manera de apreciar la edad media, que confunde el poder moral y el poder político, y por último, que corrompe la moral.

Otros escritores tachan al protestantismo de inconsecuencia, por lo cual, dicen, cuando los católicos de talento abjuran sus creencias, no se convierten al protestantismo, sino que se entregan resueltamente á la impiedad.

La faz deísta comprende la filosofía negativa, preparada por Bacon, Descartes y Galileo. El verdadero padre de la filosofía revolucionaria fué Hobbes, y el movimiento fué propagado por los literatos y abogados. « Las controversias religiosas favorecieron el escepticismo universal y la crisis fué activada por la escuela filosófica de Voltaire y por la escuela política de Rousseau. »

Los jefes del movimiento dieron prueba de gran-

des cualidades políticas y morales, pero la filosofía metafísica negativa condujo á graves errores, produciendo el despotismo militar de Napoleón. Los principios de la revolución francesa no pueden propagarse por medio de la guerra.

ESTADO POSITIVO

Todos los elementos de la civilización moderna convergen fatalmente á la organización positiva, destinada á reemplazar la antigua sociedad. Después de recordar los progresos de la industria, analiza Comte la evolución filosófica en particular, manifestando que debe reconocerse á Bacon, Galileo y Descartes como los fundadores de la filosofía positiva, si bien, agrega, no hayan podido establecerla, en cuanto á doctrina, ni bajo el punto de vista del método. Él se considera como el verdadero creador y fundador del positivismo, cuya única grande idea política es la del progreso humano. Es, pues, absolutamente necesario dar una dirección sistemática á la gran transformación que se verifica, y preparar así la regeneración definitiva de la humanidad. Tal es el propósito de la nueva filosofía política, que reclama la institución de una autoridad espiritual, encargada

de la educación del pueblo, dentro del criterio positivo.

Embarcado en esta corriente, Comte echa las bases del nuevo sistema social, cuya dirección adjudica á una corporación europea, compuesta de sabios de las diferentes naciones. Excusado es decir que el comité occidental no ha tenido hasta la fecha un sólo día de vida; sin embargo, el sueño de una religión puramente humana es tomado á lo serio por muchos positivistas, que siguen al pie de la letra la enseñanza del maestro.

En el último volumen del *Curso de filosofía*, anuncia el nuevo trabajo que va á emprender, desarrollando las teorías mencionadas, bajo la base de la nueva moral, puramente humana y científica. Las causas segundas dominan toda la filosofía; la causa primera debe desaparecer.

Se ha pretendido dividir en dos períodos contradictorios la obra de Comte, tachándolo de inconsecuente, como si todas las ideas de su última obra, la *Política positiva*, no estuvieran realmente comprendidas en el *Curso de filosofía*: pero el cargo no es justo, porque Comte jamás se ha propuesto crear una teología en reemplazo de otra.

En realidad, dice Gruber, las objeciones formula-

das por Littré y Mill son puras chicanas de palabras. Al condenar Comte toda construcción religiosa, sólo se refería á la doctrina teológica que la informa; de manera que no incurre en contradicción formal, cuando establece la religión de la humanidad, sin Dios y sin principios sobrenaturales. Existe, pues, perfecta unidad en la vida y en la doctrina de Augusto Comte, de quien puede decirse, prescindiendo de sus errores, que ha sido el hombre de una gran idea de su juventud, desarrollada en su edad madura.

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

El autor de la política positiva quiso dar á su doctrina una forma religiosa, convirtiéndose él mismo en el gran sacerdote de la humanidad. Se creyó predestinado á una sublime misión social, pensando que su vida debía ser digna de tan alta vocación.

Entre las circunstancias que lo arrastraron á tan original misticismo, se ha señalado su aislamiento intelectual, su orgullo científico que lo hacia considerarse como el primer pensador del siglo, hasta el extremo de que Spencer creyera que las pretensiones de los papistas son muy modestas, comparadas

con las del pontífice de la flamante religión, y por último, ciertos antecedentes de su vida privada, que él mismo nos ha revelado en su testamento y en varias de sus obras, fiel á la máxima positivista *vivre au grand jour*.

Son conocidas sus desavenencias con su esposa, Carolina Massin, que él atribuye á su conducta irregular. El matrimonio no podía haber sido más desgraciado; un año después de contraído, escribía que no podía desearle semejante felicidad ni aun á su mayor enemigo. El hecho es que se separó de su mujer por su conducta licenciosa, y porque, á pesar de sus aires positivistas, su índole fué siempre puramente revolucionaria. « La que aparentaba querer consagrar su vejez al positivismo, la filósofa que pretendía hacer á su marido una concurrencia insensata », siempre contrarió los trabajos científicos de Comte.

Parece, sin embargo, que no toda la culpa debía recaer sobre ella. El mismo Littré se ha encargado de su defensa, levantando algunas de las acusaciones del principal biógrafo de Comte, su discípulo Robinet.

Á pesar de la separación conyugal, Comte mantenía correspondencia y atendía á las necesidades de

la que llamaba « su indigna esposa ». En 1851 su aversión tomó un carácter agudo. originado por la extraña inclinación. que había sentido hacia otra mujer. víctima de una suerte trágica. Comte se enamoró platónicamente de Clotilde de Vaux, cuyo marido había sido condenado á detención perpetua. En sus transportes la nombraba su verdadera esposa. su santa compañera. la madre de su segunda vida. la virgen positivista. la mediadora entre la humanidad y su gran sacerdote : consagrándole después de su muerte un verdadero culto.

Comte compara este amor al de Dante por Beatriz : y su panegirista Robinet asegura que esa pasión fué un milagro amoroso, al que debemos la religión de la humanidad. Mill. en cambio. exclama : « otros pueden reir : en cuanto á nosotros. más bien lloraríamos. viendo la caída lamentable de tan gran espíritu. temiendo que pudiera desacreditar las brillantes especulaciones de su primer período ». Littré comparte la opinión de Mill, llegando á sospechar que el filósofo había sufrido un ataque de locura. Y en la revista filosófica de Ribot (1887) un autor declara que estos amores místicos son algo monótonos y artificiales. Por más que se purifique el erotismo, siempre es de fuente impura. Cuando un hombre

llega á la vejez y quiere rejuvenecer á la fuerza, parodía al inválido, que pretendiera recomenzar su servicio. *Turpe senex miles : turpe senilis amor.*

Es tiempo ya de entrar al estudio de la religión de la humanidad, que los positivistas ortodoxos consideran como la obra maestra, como el levítico de la nueva creencia. La palabra religión es tomada como el estado de unión perfecta de los individuos, por el amor y por la fe. Su objeto no es Dios, sino la humanidad, que en el fondo es lo único real y positivo. « Sólo á este verdadero gran Sér, de que somos miembros, se referirán en adelante nuestras contemplaciones para conocerlo, nuestras afecciones para amarlo y nuestras acciones para servirlo. »

El gran Sér es formado por todos los hombres de las generaciones pasadas, presentes y futuras ; pero no todos, sino sólo aquellos que son aptos á la asimilación, esto es, que se hacen verdaderamente útiles á la humanidad, con exclusión de los que son para ella una carga. En cambio, ciertos aliados útiles del reino animal son aptos á la incorporación en el gran Sér, de que son separados los parásitos humanos: « Cada uno de los elementos tiene dos existencias sucesivas : una objetiva, siempre pasajera, en que sirve directamente al gran Sér ; otra subjetiva,

naturalmente perpetua, donde sus servicios se prolongan indirectamente, por los resultados que dejan á sus sucesores. Esa es la verdadera inmortalidad. Á medida que la evolución de la humanidad progresa, la parte viva, objetiva de la humanidad está sometida á la parte muerta, subjetiva, porque la evolución es determinada por el conjunto. De ahí el axioma : « Los muertos gobiernan á los vivos ».

Al gran Sér, Comte agregó más tarde el gran Fetiche, la tierra con el sistema solar, y el gran Medio, el espacio, como objeto del culto, formando así lo que llama la trinidad positiva.

Él atribuye á las moléculas de los cuerpos el sentimiento y la voluntad, pero les rehusa la inteligencia. « Para completar las leyes, dice, es necesario que existan voluntades. Tal es el régimen, que debe asimilar el orden exterior al orden humano ; representando la materia y el espacio, bajo la impulsión continua de la simpatía fundamental, que concurre activa ó pasivamente á perfeccionar la armonía universal, de acuerdo con la providencia gradual del gran Sér (humanidad). »

He ahí á lo que se llega en el afán de suprimir á Dios : el orden y la armonía de la naturaleza se explican por el sentimiento y la voluntad de las mo-

léculas corporales, que concurren sin inteligencia á la formación del universo y al establecimiento de las leyes que lo gobiernan. Sería curioso investigar cómo ha llegado Comte á esa síntesis científica, valiéndose del método positivo, que sólo admite los *hechos de la experiencia*. ¿ Cuál es el fenómeno de los cuerpos materiales, que revele en ellos el sentimiento y la voluntad ?

La fórmula sagrada del positivismo es « el amor por principio, el orden por base y el progreso por fin ».

Su culto difiere del anterior. Adorando al gran Sér, la humanidad, la religión positiva no entiende presentarle homenajes pueriles, sino servirla perfeccionándonos. El fin de la plegaria no es egoísta, ni se propone conseguir bienes materiales, sino levantar el ideal de la vida, santificando nuestros sentimientos y nuestras acciones. El culto doméstico comprende los nueve sacramentos positivistas, que preparan á la incorporación en la humanidad, cuya consagración final tiene lugar siete años después de la muerte.

Comte ha modificado también el calendario común, inaugurando la era nueva, cuyo principio señala en el año 1789 ; pero esta fecha es provisional, pues el verdadero punto de partida debía fijarse

en la inauguración solemne del positivismo, en 1855. El año, que comienza con el año común, se divide en 13 meses de cuatro semanas. Cada mes lleva el nombre de un personaje histórico y cada día es también consagrado á hombres eminentes.

Carece de interés el estudio detallado del sacerdocio positivista, que Comte reglamenta hasta fijar el sueldo de cada funcionario. Á la cabeza del sacerdocio se encuentra el gran sacerdote de la humanidad, con residencia en París, metrópoli del occidente regenerado, y cuyo sueldo se fija en sesenta mil francos.

Una de las curiosas utopías de este culto consiste en la fiesta de Clotilde de Vaux, « la virgen madre », que cubrió de ridículo á su inventor, pero que ha sido tomada á lo serio por los partidarios fieles.

En la vida pública, la noción del derecho debe desaparecer ; no quedan más que los deberes de todos en favor de todos. Sólo cuando hayamos devuelto á la humanidad lo que hemos recibido de ella, tendremos derecho á reclamar la reciprocidad. Todo derecho humano es, por consiguiente, absurdo é inmoral.

La conversión del mundo al positivismo se pronostica en sólo tres generaciones.

Augusto Comte estaba realmente ilusionado con su sistema. No solo fundó la sociedad positivista, en

que daba conferencias públicas, sino que se dirigió en 1852 al zar de Rusia y al gran visir del imperio otomano, incitándolos á gobernar según los nuevos principios. Su acción diplomática llegó hasta dirigirse al general de los jesuítas, P. Beck, que miraba como siendo desde hacía tres siglos el verdadero jefe de la iglesia católica. No obstante sus ataques á la compañía, cuya política había tachado de hipócrita y maquiavélica, había escogido al fundador de la orden, Ignacio de Loyola, y á otros dos jesuítas como patronos en el calendario positivista. Se creía, por eso, autorizado á presentar proposiciones.

Las bases de la negociación debían ser las siguientes : en adelante los jesuítas se llamarían ignacianos ; su general se proclamaría jefe de la iglesia católica, reduciendo al papa al obispado de Roma y fijando su residencia en París, la nueva metrópoli espiritual. De ese modo, el general jesuíta y Comte trabajarían unidos para eliminar el protestantismo, el deísmo y el escepticismo, tres corrientes enérgicas de los tiempos modernos, que mantienen la sociedad en un estado permanente de fermentación. (Robinet, *Noticia,* pág. 517 ; *Revista occidental,* julio 1886.)

Á todas las proposiciones se le contestó que, entre los miembros de una orden que reconoce á Jesucris-

to por centro de su existencia, y los que niegan la divinidad de Jesucristo, ninguna alianza religiosa era posible. No cabía otra respuesta de parte de aquellos que, aun relativamente á cambios menos transcendentales, han opuesto la enérgica resolución *sint ut sunt, aut non sint.*

Después de la muerte de Comte en 1857 y apenas apagados los rumores que corrieron con motivo del testamento, y el pleito iniciado por « su indigna esposa », los destinos del positivismo han perdido el carácter de unidad y universalidad, soñado por el fundador. No sólo en Inglaterra, sino aun en Francia, se han manifestado graves disidencias, no quedando en pie más que el método positivo. Sus mismos discípulos se han dividido en positivistas ortodoxos, como Laffitte, Lemos y Congreve, y en positivistas disidentes como Mill, Littré y otros. Para darnos una idea de los cambios sobrevenidos, vamos á estudiar lo más brevemente posible, los trabajos filosóficos de los que se han separado de las doctrinas primitivas, y que por sus talentos han marcado rumbos definitivos á la escuela. Entre estos figuran en primera línea Littré, Renan, Taine, Mill y Spencer, quienes, no obstante su peculiar orientación, coinciden en la aplicación del método positivo y en

las conclusiones materialistas y ateas de sus escritos.

Á título de curiosidad, mencionaremos el pleito que sostuvo con el editor de sus obras. Bachelier. En el prefacio personal del sexto volumen, Comte se desató en improperios contra los adversarios de su candidatura á una cátedra de profesor en la escuela politécnica. Y especialmente hablando de Arago, decía que: « toda persona bien informada sabe ahora que las disposiciones irracionales y opresivas, adoptadas desde hace diez años en la escuela politécnica, emanan sobre todo de la desastrosa influencia ejercida por Arago, órgano fiel y espontáneo de las pasiones y de las aberraciones propias de la clase que él domina hoy tan deplorablemente ».

Cuando el editor Bachelier leyó este pasaje, se propuso conseguir que el autor lo suprimiera; y fracasando en la tentativa, no sólo previno á Arago de lo que pasaba, sino que se permitió colocar antes del prefacio de Comte, un aviso protestando de las injurias contra el astrónomo Arago.

Comte se irritó contra el editor, intentándole un proceso, que naturalmente tuvo éxito favorable; pero el asunto produjo su retiro de la escuela, perdiendo su cargo de examinador, lo que contribuyó á aumentar su mala situación financiera.

V

POSITIVISTAS DISIDENTES

EMILIO LITTRÉ

Su separación de Comte. — Testamento de Comte. — Éxito de Littré, su positivismo, sus virtudes, sus trabajos literarios y filosóficos, su ruidosa entrada en la masonería. — Lo inaccesible. — Teorías morales, filosóficas y religiosas. — Existencia de Dios. — Un santo que no cree en Dios. — Su tolerancia. — Gambetta y Julio Ferry. — La enseñanza laica.

Este célebre escritor, que ha coronado una larga vida de estudio publicando su gran *Diccionario*, parecía el candidato soñado por Comte para recoger su herencia. Era muy superior á todos los discípulos del maestro, por su reputación científica y por sus trabajos positivistas. Comte mismo lo llamaba su principal colega, admirando su noble carácter y su magnífico talento y diciendo de él que su vida se había consagrado al triunfo filosófico y político del

positivismo, en que ambos veían el único remedio posible de la anarquía moderna. Era el solo discípulo capaz de ejercer el apostolado positivista.

Sin embargo, con motivo de la adhesión de Comte al golpe de estado de Napoleón III, se enfrió la amistad entre ambos, llegando poco á poco á una ruptura completa, hasta en el terreno doctrinario. Comte pensó entonces en designar como su sucesor á otro discípulo favorito, Laffitte, y aun cuando no lo nombró, por no creerlo con la energía necesaria, el hecho es que fué elegido como el segundo gran sacerdote de la religión de la humanidad.

En previsión de tentativas, posibles de parte de Littré, para recoger la herencia filosófica del maestro, éste en su testamento decía expresamente que « los auxiliares de mi indigna esposa se verán alentados por mi muerte, cediendo á la antipatía, que el fundador del positivismo debe naturalmente inspirar á los intrigantes de la prensa occidental. Todos aquellos que, temiendo la disciplina intelectual, quisieron antes impedirme transformar la ciencia en filosofía. se agruparán finalmente alrededor del principal representante de la anarquía académica (Arago). Su poder oficial dirigió entonces la persecución contra mi existencia material. Hoy día sólo pueden atacar

mi reputación, privada y pública, aquellos que, temiendo la disciplina moral, quieren impedirme transformar la filosofía en religión. Ellos se agruparán espontáneamente bajo el escritor acreditado que, convertido en el campeón desinteresado de mi indigna esposa, representa mejor el conjunto de resistencias académicas y revolucionarias, á mi reconstrucción del poder espiritual. Aunque su adhesión provisional haya sido más ruidosa que eficaz, el brillo que ha refluído sobre él le facilitará ataques, en que criticará al fundador, aparentando respetar su doctrina. Debía, pues, hacer especialmente sentir á los mejores discípulos cuán indispensable es su digna subordinación, en la segunda lucha del positivismo, menos brutal, pero más grave y prolongada que la primera ».

Es evidente que Littré nunca hubiera pretendido suceder á Comte en el sacerdocio positivista, pues como ya hemos visto, no era partidario de construcciones religiosas. Pero no es menos cierto que, así como la esposa de Comte recogió su herencia material, contra la voluntad terminante de su marido, así Littré llegó á recoger la sucesión intelectual del maestro, á pesar de todos los esfuerzos de este último para impedir tal resultado.

En el nuevo papel de jefe de la escuela positivista, tuvo Littré tal éxito, que desde entonces hasta su muerte en 1881, no sólo quedó en la sombra la escuela fundada por Comte, sino que el lado religioso y político del positivismo fué completamente olvidado ó desconocido.

Hablando de la conducta de Littré y de la esposa de Comte, á propósito del testamento, dice Antoine que aquellos dos cómplices, tan pérfidos como culpables, habían descubierto en Littré el continuador de Augusto Comte, viendo en él un discípulo más grande que el maestro; que Littré tomó ese papel á lo serio, aspirando á fundar una escuela nueva, para dirigirla contra el mismo Comte; que los órganos del academismo y del materialismo, los periodistas militantes, lo mismo que los cardenales romanos y los pastores liberales, miraron desde entonces la doctrina de Littré como el verdadero positivismo, sin sospechar que este pretendido maestro no tenía doctrina; y por último, que en realidad Littré no ha sido más que un puro demoledor.

Vamos á ver ahora cuál es la doctrina de Littré, cuyos datos biográficos tomaremos de la obra de Caro, *Littré y el positivismo,* sin mencionarla á cada rato, porque como dice el historiador López, las no-

tas al pie de cada página estorban como la cola de los vestidos en un baile.

Emilio Littré nació en 1801 y murió en 1881, habiendo consagrado su larga vida á laboriosos estudios literarios y científicos. Sus padres fueron adversarios declarados de toda religión; pero Littré creía durante su juventud en Dios, en la existencia del alma y en la inmortalidad. Á la salida del Liceo Luis el Grande, no pudiendo resolver sus dudas cada vez mayores, rechazó todas sus creencias, y desde entonces, en lo que concierne á los más importantes problemas de la vida humana, quedó sin orientación, hasta que en 1840 se refugió en la filosofía de Augusto Comte.

Á pesar de esta ausencia total de religión, dice Gruber, el joven Littré, á diferencia de Comte, parece no haberse entregado á groseros desarreglos de conducta, gracias á la educación severa y viril que había recibido en la casa paterna. Era inteligente, activo, y su aplicación extraordinaria, como debían probarlo después sus numerosos trabajos y escritos. Dotado de virtudes naturales, practicaba la caridad y la tolerancia con los que no eran de su opinión, al extremo de que jamás quiso contrariar las creencias y prácticas religiosas de su mujer y de

su hija, que eran fervientes católicas, pensando que no valía la pena ocasionar disgustos en su hogar.

« La hija que tuvieron, dice Sainte-Beuve, y que más tarde fué digna de su padre, fué educada cristianamente, de acuerdo con las creencias de la madre. Así es como este filósofo, tan afectuoso de corazón, como elevado de espíritu, comprendía la tolerancia y la ejercía á su alrededor : él mismo educó á su hija, respetando sus sentimientos con una delicadeza y una dulzura perfectas. » Littré tenía al principio el proyecto de exponer á su hija sus propias convicciones, para que ella escogiera entre las opiniones de su padre y las de su madre ; pero, cuando llegó el momento, retrocedió ante la pena que hubiera causado á su mujer, creyendo que tal experiencia « no valía las lágrimas que hubiera podido costar ». Encontró en su mujer una compañera llena de tierna solicitud, que siempre vivió á su lado en las pruebas y sufrimientos de la vida y que le reveló en la hora de la muerte el verdadero fin de la existencia. Halló también en su hija Sofía una preciosa ayuda para sus trabajos literarios, entre los que merecen citarse la traducción y el comentario de *Hipócrates* en diez volúmenes, y el monumental *Diccionario* de la lengua francesa, escrito de 1841 á 1865.

La índole del talento de Littré ha sido caracterizada considerándolo más que filósofo, como filólogo. En filosofía, le faltaba profundidad y originalidad. Él mismo confiesa que su espíritu no era de los que se iluminan repentinamente ante lo imprevisto de las circunstancias, y que « nadie estaba más desarmado ante las dificultades súbitas, si no tomaba tiempo para estudiarlas ».

Carecía de iniciativa intelectual, no producía las ideas de su propio fondo: las descubría en otros, algunas veces tardíamente; « pero entonces se apasionaba de ellas con una especie de entusiasmo grave, y las propagaba con un celo de neófito, que quiere ganar el tiempo perdido, por medio del vigor de la propaganda. Esa es, en resumen, la historia de sus relaciones con el positivismo: después de haber ignorado durante largo tiempo la filosofía de Comte, llega ésta á su noticia hacia el promedio de su vida y cuando la doctrina tenía ya catorce años de existencia. Desde el día en que la ha conocido, se la ha apropiado: durante todo el tiempo que le queda de vida, va á exponerla, á sostenerla con una perseverancia, en que se manifiestan convicciones inquebrantables ». (Caro.)

En todo ésto no hay originalidad, á pesar de lo

cual se ha elevado, sino superado, al mismo nivel del fundador de la escuela.

Littré reconoce que la doctrina de Augusto Comte produjo en su conciencia la tranquilidad y la paz, liberándolo de la metafísica y de la teología ; pero si ha habido pensadores aislados, como él, que hayan conseguido la paz del ánimo con las nuevas teorías, este remedio no ha sido suficiente para la generalidad, porque es imposible suprimir las concepciones fundamentales de la verdadera filosofía.

El libro principal de Littré, titulado *Augusto Comte y la filosofía positiva,* fué escrito á instancias de la señora de Comte. Aquél interrumpía á media noche sus trabajos sobre el *Diccionario* y hasta las tres de la mañana tomaba en mano la vida de Augusto Comte, dada á luz en 1863.

El principio fundamental de Littré es una perfecta indiferencia, acerca de los problemas relativos á la causas primeras y á las causas finales, á la esencia y substancia de las cosas. « Aunque no pueda quedar duda alguna sobre lo que es necesario pensar de las causas primeras y finales, dice Littré, importa ser explícito y no dar entrada á interpretaciones falsas. Los que creyeran que la filosofía positiva niega ó afirma nada á ese respecto, se engañarían. Ella

nada niega ni afirma: porque negar ó afirmar sería asegurar que se tiene algún conocimiento del origen y fin de los seres. Lo que sabemos ahora es que los dos extremos de las cosas nos son inaccesibles y que el medio sólo nos pertenece.»

«La filosofía positiva no reconoce ni el deísmo, ni el ateísmo, ni el panteísmo. Todas esas son otras tantas explicaciones de lo inexplicable.»

Littré desarrolló su tesis, al ser recibido en la masonería. Á la pregunta habitual que se dirige á los candidatos: «¿cuáles son los deberes del hombre hacia Dios?» él respondió de este modo: «ninguna ciencia niega una causa primera, no habiendo jamás encontrado nada que la desmienta; pero ninguna la afirma, no habiendo tampoco encontrado nada que la pruebe. Toda ciencia se reduce á lo relativo: en todas partes se llega á existencias y á leyes irreductibles, cuya esencia es desconocida. No se niega que exista en el fondo una causa ulterior, pero nadie ha pasado del otro lado. Faltando la experiencia, la ciencia se niega á introducir, en el encadenamiento de las leyes y de las teorías que le son propias, nada que corresponda á la concepción de una causalidad primera. Eso se deja siempre á la teología ó á la metafísica».

Littré se separó de Comte, como ya hemos dicho, en 1851, siguiendo tan sólo las teorías del primer período y rechazando la creación religiosa del fundador del positivismo. Abandona también las teorías morales de Comte, para fundar toda la moral sobre la sexualidad, que aquel considera el más perturbador de los instintos egoístas. En definitiva, Littré abandona poco á poco los diversos puntos del sistema de Comte y reduce todo el positivismo al empleo del método positivo. « Cualquiera que aplique ese método á la filosofía, es positivista y discípulo de Comte, lo reconozca ó no ; cualquiera que aplique otro método, es metafísico. El principio esencial de la ciencia positiva se reduce á afirmar que ninguna realidad puede ser establecida por el razonamiento, porque el mundo no podría ser adivinado. » Es lo mismo que después ha sostenido el químico Berthelot en estos términos : el método que resuelve cada día los problemas del mundo material é industrial, es el único que puede servir de fundamento al conocimiento científico del espíritu humano y á la solución de las cuestiones que lo interesan. *(La ciencia ideal y la ciencia positiva.)*

Littré insiste siempre en que todo lo que existe más allá de la ciencia positiva, es inaccesible al es-

píritu humano. « Pero inaccesible no quiere decir nulo ó no existente; porque la inmensidad material é intelectual se ligan con lazo estrecho á nuestros conocimientos, convirtiéndose por esta alianza en una idea positiva. Quiero decir que, al llegar al borde, esa inmensidad aparece bajo su doble carácter de real é inaccesible; siendo un océano que viene á batir nuestras riberas y para el cual no tenemos ni barca ni vela, pero cuya clara visión es formidable. » Esta teoría es la reproducción de lo inconocible de Spencer, que, como veremos pronto, es un absurdo imaginado por el gran filósofo inglés.

En el estudio del mundo y del alma, Littré se declara materialista. El dominio intelectual y moral es una rama de la fisiología; entendiendo que el pensamiento es inherente á la substancia nerviosa, como la gravedad es inherente á los cuerpos. No hay verdadero libre arbitrio: si se conocieran todas las circunstancias de los actos humanos, nos aparecerían tan necesarios como los fenómenos físicos, porque en suma es siempre el motivo más fuerte el que nos determina. La misma moralidad es la belleza de un acto, independiente de la libertad, y tiene su raíz en una doble fuente, el instinto de la nutrición, ó sea el egoísmo, y el instinto sexual, que

tiende á la conservación de la especie. En cuanto á la objeción de los teólogos, agrega, de que tal explicación de los fenómenos morales, por los instintos de nutrición y de sexualidad, es enormemente grosera, ella puede oponerse contra los que así opinan, puesto que según ellos, es Dios quien ha puesto en el hombre instintos tan poco nobles. Hablando de ese modo, Littré no observa la gran diferencia que hay entre su caso y el de los « teólogos ». Lo que justifica el reproche hecho á su teoría es que él acuerda la supremacía á los instintos inferiores. Jamás ningún « teólogo » ha sostenido que tales instintos sean en sí mismos malos : el mal viene únicamente de la voluntad, cuando se deja dominar por las pasiones, en vez de dirigirlas (Gruber).

Respecto de la religión, declara que el sistema positivo ha dado nacimiento á un símbolo religioso, la humanidad, con el cual Augusto Comte se proponía substituir á todas las religiones antiguas. Littré acepta dicho símbolo, pero rechaza la organización del culto, establecido según el modelo de la iglesia católica, « porque abandona el terreno de las realidades ».

Bajo el punto de vista filosófico, todas las religiones son igualmente vanas ; es siempre el mismo

sistema de representarse lo que no puede ser conocido, lo que escapa á la experiencia : se cree y se contenta con esta mirada, echada en la noche de lo inconocible. Reconoce que, históricamente, pertenece la superioridad al catolicismo. En cuanto á los ateos y panteístas, dice que no son espíritus emancipados : que todos tienen ideas determinadas sobre la esencia de las cosas, siendo « teólogos » á su manera.

Las pruebas de la existencia de Dios son todas deficientes, según Littré. « La ciencia no declara que no hay Dios ; se limita á declarar que todas las cosas se realizan, como si no existiera. La filosofía positiva recoge esa declaración y rehusa discutir lo que no puede ser objeto de ninguna experiencia, ni de ninguna prueba ». El argumento teológico, sacado del orden del mundo, no es convincente : mientras que unos creen en Dios, bajo la impresión del orden que descubren en el mundo, los otros no ven más que desorden y niegan à Dios.

Respecto al milagro. dice que no puede servir de prueba, porque la crítica histórica rechaza los testimonios que se invocan y la ciencia positiva demuestra que nunca ha encontrado un milagro, desde que estudia el mundo. « La trama de la natura-

leza y de la historia es demasiado ajustada para dejar pasar lo sobrenatural. » Littré no admite la revelación, ni las apariciones, ni siquiera las curaciones milagrosas, preocupándose de las últimas sólo cuando presentan algún fenómeno medical, que ensanche el campo de la patología. « En adelante los milagros no aparecerán más que á aquellos, que de antemano creen en los milagros. »

Á eso se reduce toda su argumentación contra la existencia de Dios y el orden suprasensible.

Hablando de la falta original y de sus consecuencias, afirma que « tal muestra de la divinidad queda muy debajo de la justicia y de la bondad humana ».

La relación entera del Génesis no es más que un mito, aun cuando la Biblia sea el libro más venerable de la humanidad. Littré explica el origen y la propagación del cristianismo, por las vías naturales y por el encadenamiento de las circunstancias. Cuando después de la muerte de Jesús, los apóstoles creían ver á su Redentor, eran víctimas de una alucinación colectiva ; la multiplicación de los panes sólo era un milagro de frugalidad : la conversión de San Pablo en el camino de Damasco, algo como una crisis nerviosa, *et sic de caeteris*.

En sociología, opina que las leyes sociológicas

de Comte, el establecer que la evolución humana obedece á leyes naturales necesarias, son un monumento eterno, que servirán de estrella polar para guiar todas las investigaciones históricas, lo que no impide que se equivocara lastimosamente, pronosticando en 1848 que la era de las grandes guerras había terminado para siempre. El mismo se vió obligado á reconocer después, que los hechos habían desmentido su pretendida ciencia sociológica: « apenas había yo pronunciado, en mi pueril entusiasmo, que en Europa no habría más derrotas militares, sino derrotas políticas, se produjeron la derrota militar de Rusia en Crimea, la de Austria en Italia, la de Francia en Sedán y en Metz, y recientemente la de Turquía en los Balkanes ». Si hubiera vivido más tiempo, habría presenciado la de Rusia en el Japón.

En resumen, Littré sólo mantuvo de las doctrinas de Comte el método positivo y las negaciones, colocándose en toda su obra filosófica, bajo el punto de vista de los intereses de la esposa de Comte, cuyos talentos pondera. No se han equivocado los discípulos ortodoxos del fundador del positivismo, cuando llaman irónicamente á la señora de Comte « la papisa de la escuela de Littré ».

Á pesar de todo, el hecho es que el positivismo de Littré ha tenido un éxito brillante, que difícilmente conseguirá ninguna otra doctrina filosófica. La revista *La filosofía positiva* reconoce su gran celebridad, atribuyéndole una importancia gigantesca y dejando constancia de que sus doctrinas han tenido enorme eco en el antiguo y en el nuevo mundo. Caro y Gruber investigan juiciosamente las causas de ese éxito, que encuentran en el medio social, en la personalidad de Littré y en el apoyo de la masonería. Desde luego, el espíritu moderno ha penetrado en las masas, saturándolas de positivismo. Nuestro siglo es el siglo de las ciencias naturales, de la técnica, del comercio y de la industria. Afectado de la tendencia, que un ateo inglés denomina secularismo, desdeña los problemas más importantes, sobre el origen y el fin del hombre, para consagrarse á los intereses materiales.

La segunda razón del éxito consiste en la personalidad de Littré, dotado de grandes virtudes naturales, de excelentes cualidades, de una gran aplicación al trabajo y una simplicidad sin pretensiones. Littré era bueno y generoso; se complacía en socorrer á los pobres y atender á los enfermos. Sus virtudes eran tan notorias, que la sobrina de Lamar-

tine, madame de Pierreclos, decía de él que era « un santo que no cree en Dios ». Tanto en el hogar, como en el senado, demostró la mayor tolerancia; en sus escritos positivistas repite á cada paso que él no habla para aquellos, que encuentran su reposo en las antiguas creencias. Él no quiere entregar los corazones al tormento de la duda, ni sembrar la discordia en las familias; se propone simplemente ofrecer un punto de abrigo á los que, por la pérdida de sus convicciones religiosas, se encuentran en el medio de la calle, y buscan un nuevo hogar. Littré criticaba todas las leyes de excepción que se preparaban contra los jesuítas, especialmente el Kulturkampf prusiano. Á todo ésto se agrega su éxito científico y la publicación del famoso diccionario, que en 1873 le abrió las puertas de la Academia Francesa, no obstante la enérgica protesta de monseñor Dupanloup. El mismo año, Gambetta creaba para él una cátedra de filosofía histórica.

En fin, hay que tener en cuenta la ruidosa entrada de Littré en la masonería. En 1875 fué admitido en la logia La Clemente Amistad, con una solemnidad que no se conocía desde la entrada de Voltaire. Cerca de 3000 masones, entre otros Gambetta, se congregaron á escuchar la palabra del filósofo posi-

tivista; el acontecimiento fué tan considerable, que la misma logia celebró el primer aniversario, pronunciando Julio Ferry un gran discurso, que no deja duda alguna sobre las tendencias de la secta. «Hoy día celebramos, decía, el aniversario de la iniciación del H.·. Littré, de este gran hecho masónico, de este hecho reconocido y celebrado como grande, la entrada oficial del positivismo, por uno de sus representantes más ilustres, en el seno de la masonería. Este hecho no es obra de la casualidad. Veo en él algo más; creo que no hay allí nada de fortuito, y que si este gran espíritu, este hombre de gran ciencia y altas virtudes, ha venido á vosotros, al declinar su bella carrera, en la cual se encuentran todos los servicios sociales y todas las grandezas morales, creedlo bien, no es una fantasía tardía la que lo ha traído en medio de vosotros, es alguna cosa más, es que existía una afinidad intima y secreta entre la masonería y el positivismo. Y si el positivismo ha hecho su entrada en la masonería, es porque la masonería era desde largo tiempo positivista sin saberlo.»

El orador agrega que la masonería se encuentra encima de todos los dogmas y de todas las concepciones metafísicas, encima de todas las religiones y de

todas las filosofías. es decir « que la moral social tiene sus raíces en la conciencia humana, pudiendo vivir sola sin muletas teológicas y marchar libremente á la conquista del mundo. Esa es vuestra fe, vuestro instinto secular, y eso es precisamente todo el fondo del positivismo. Para el positivismo, la moral es un hecho esencialmente humano y distinto de toda creencia sobre el principio y el fin de las cosas. La moral es un hecho social, que lleva en sí mismo su principio y su fin; y la moral social se convierte así en una cuestión de cultura, no solamente la cultura que da la educación primaria ó superior, sino la que resulta de las legislaciones bien hechas y también de la práctica inteligente del principio de asociación ».

El orador dice, en fin, que el positivismo combate contra el misticismo de la teología, que según la bella expresión de Littré, « no sabe oponer á sus adversarios más que un estúpido y grosero sobrenatural y la reglamentación general de la imbecilidad humana ». Cuando la humanidad nos aparece, no como una raza caída, herida de decadencia original y arrastrándose penosamente en un valle de lágrimas, sino como un cortejo sin fin, que marcha adelante hacia la luz, entonces se siente parte integrante

del Gran Sér, que no puede perecer, de esta humanidad incesantemente engrandecida, salvada, mejorada; entonces se ha conquistado toda la libertad, porque se ha emancipado del miedo de la muerte. » *(Cadena de unión,* 1877.)

La solidaridad entre el positivismo y la masonería se revelaba también en la vida pública. Gambetta sostuvo con calor la causa del positivismo; y en su discurso en 1877, pronunciado en la reunión solemne, que la *Liga de la enseñanza* celebró en el Trocadero, insistía sobre la necesidad de la educación positiva, á partir desde la escuela primaria. « Será necesario, desde que deseais ilustrar el sufragio universal y hacer hombres conscientes para hacer electores inteligentes, será necesario que les deis una educación positiva, es decir, una educación que suprima la quimera, lo absoluto y el sofisma, una educación que sea hecha con la medula de los leones; y la medula de los leones, ¿qué es en nuestro siglo? es el resultado de las ciencias puras. »

Las medidas que tienden á arrancar la sociedad del cristianismo, la laicización de la enseñanza, de los hospitales, etc., pueden mirarse como la obra del positivismo en la vida pública.

Para concluir este estudio, debemos resumir la

doctrina de Littré, copiando sus propias palabras. « No conociendo ni el origen ni el fin de las cosas, no hay lugar para nosotros de negar que haya alguna cosa mas allá de ese origen y de ese fin (ésto es contra los materialistas y ateos); pero tampoco hay lugar para afirmar nada (ésto es contra los espiritualistas, los metafísicos y los teólogos). La doctrina positiva reserva la cuestión suprema de una inteligencia divina, en el sentido de que reconoce estar en una ignoracia absoluta del origen y del fin de las cosas, lo que implica necesariamente que, si no niega una inteligencia divina, tampoco la afirma, quedando perfectamente neutral entre la afirmación y la negación. No hay para qué decir que excluye el materialismo, que es una explicación de lo que nadie puede explicar. No oculta tampoco lo que el naturalismo tiene de exorbitante; porque, como dice de Maistre, hablando de la naturaleza : « ¿ quién es esta mujer ? ».

ERNESTO RENAN

La escuela crítica. — Interpretación de las fuentes históricas. — Una nueva moda. — La categoría del ideal. — Origen de la vida. — Génesis sin Dios. — Renan y Voltaire. — La religión y el arte. — El Dios de la escuela crítica. — *La Vida de Jesús*. — Síntesis de Gladstone. — ¿Historia ó novela? — Las universidades alemanas. — Autenticidad de los Evangelios. — Milagros fraudulentos. Lázaro. — Robar por cuenta ajena. — Los milagros.

Habiendo sido considerado Littré como el vínculo entre Augusto Comte y Renan, parece lógico que nos ocupemos ahora de este célebre escritor, que si, por una parte, no es estrictamente positivista, llega, sin embargo, á las mismas conclusiones de la escuela, en todo lo que se refiere á la existencia de Dios y á la religión.

Renan ha conquistado su celebridad con estudios históricos sobre los orígenes del cristianismo y especialmente con *La Vida de Jesús*, al que pretende arrebatar la naturaleza divina, estudiando al fundador del cristianismo á la luz de un procedimiento crítico.

Renan toma por punto de partida la narración evangélica, interpretándola libremente, forzando cuando llega el caso la expresión misma del texto

sagrado y creando de esa manera una personalidad extraña y llena de contradicciones. La escuela crítica cree que todo le es permitido; si bien acepta la autenticidad de los evangelios, declarando expresamente « que admite como auténticos los cuatro evangelios canónicos, que remontan al primer siglo, » como lo dice en la página 37 de la introducción, se reserva la absoluta libertad de interpretarlos con su peculiar criterio, formando un sistema vivo, que no desentone de la realidad.

La biografía que él nos presenta se aparta, pues, en absoluto de la verdad histórica, reemplazada por imaginaciones más ó menos verosímiles. Es el resultado á que fatalmente llegan los que traicionan el método positivo en el estudio de la historia, substituyendo á la tradición y á la realidad su propia fantasía. No es de extrañar así que uno de los más eminentes políticos de Inglaterra, el gran Gladstone, formulara tan severo juicio contra Renan, declarando que *La Vida de Jesús* es una obra de pura mistificación, *a piece of trumpery* (*Vida de Gladstone*, por Morley, tomo II, pág. 476). Todo depende, en efecto, de los principios fundamentales que se adopten como punto de partida. Para los que niegan la realidad de un Sér Supremo, el carácter divino de

Jesús carece de toda explicación racional, mientras que los grandes políticos ingleses, que admiten la revelación sobrenatural, no pueden tener dificultad en reconocer, como lo hacen, que la divinidad de Jesucristo es el más sólido fundamento de la civilización.

Criticar y juzgar son dos términos equivalentes; la crítica es la misma lógica, que fija al hombre las reglas para pensar acertadamente. Es por lo tanto, la más vana de las pretensiones adjudicarse el monopolio de la crítica, porque la escuela crítica es la escuela de todo el mundo.

Entre todos los fenómenos que se ofrecen al estudio de la crítica, la moda en los últimos años se ha consagrado especialmente al estudio de las religiones. Las creencias sólo tienen un valor arqueológico; se las clasifica, dice un escritor, con la indulgencia del anticuario, como los vasos etruscos en un museo. Caen así bajo el dominio de los coleccionistas, cuya manía se extiende hasta coleccionar cuerdas de ahorcados. « Se estudia el relieve exterior y los contornos de cada religión : se trata de reconstruir con la imaginación la virtud plástica del espíritu humano, que inventó esta forma religiosa ; pero conseguido ese propósito, todo queda terminado. Strauss, Baur,

Ewald y sus discípulos han fundado en Alemania la teología científica, la sola que conviene á nuestra época. Se ha querido demostrar que esta teología conciliadora satisface los instintos más elevados de la conciencia religiosa, sin recurrir á la ficción de lo sobrenatural. Ella se separa de los ortodoxos y en este sentido es científica, puesto que suprime todo lo que el positivismo rechaza, los milagros y los dogmas, pero se separa también de los racionalistas estrechos, que no comprenden la belleza del sentimiento oculto bajo los símbolos. Es un eclecticismo de nuevo género. » (Caro, *La idea de Dios y sus nuevos críticos.)*

Para estos críticos, Dios no es un sér ; Dios no es más que lo divino, la categoría del ideal. Las palabras reemplazan á los seres, *nomina numina.* Desde entonces, no hay inmortalidad ni vida futura ; nada importan los sufrimientos de esta vida, los dolores vulgares, las opresiones sufridas por los pueblos, las injusticias sufridas por los individuos. Que haya lágrimas y sangre sobre esta escena, los actores pasan pronto, representando sucesivamente la vieja carrera de antorchas, que se transmiten unas á otras las generaciones.

La ciega fatalidad impera en el mundo material y

en el mundo de la conciencia. Nada es más frívolo, nos aseguran, que preocuparse de causas primeras y de causas finales. Sólo quedan en pie las leyes que rigen la armonía universal y cuyo descubrimiento constituye el fin de las ciencias.

Todo se reduce á la selección natural, al descubrimiento de las fuerzas desconocidas de la naturaleza, á la hipótesis aventurada de la generación espontánea, que explicaría con tanta comodidad el principio de la vida en la superficie del planeta, hipótesis que ha reducido á la nada el célebre Pasteur.

Cuando se ha descubierto que el movimiento de los astros obedece á la simple ley de la gravitación, ley tan admirable que permitió al astrónomo Leverrier encontrar en el cielo el planeta Neptuno, sin el cual no podían concebirse los movimientos de Urano ; cuando se ha encontrado la ley biológica de la adaptación de los órganos al medio y algunas otras leyes fundamentales, se ha creído tener la clave del enigma formidable, cuyo secreto ha escapado siempre á la inteligencia.

Las substancias inorgánicas producen el primer gérmen de la vida ; la vida, una vez despierta, metamorfoseándose sin cesar, sea bajo la forma vegetal. sea bajo la forma animal, en mil especies variadas,

indefinidamente perfectibles, he ahí una teoría que deja poco trabajo al Creador. La fuerza plástica, que Kant llama la técnica de la naturaleza, basta á todo; el universo es el producto de dos factores, el átomo y el movimiento. La armonía de la naturaleza es una resultante, no una causa final. Lo que os hace creer, se nos dice, que Dios mueve el mundo, es que el mundo se mueve, en definitiva, como si Dios lo moviera.

Este sueño cosmogónico que Goethe reproduce en su obra *El porvenir de las ciencias naturales*, se reduce á inventar génesis sin Dios, verdaderos poemas, en que no falta lo maravilloso. « No es, en efecto, algo de maravillosa la tendencia al progreso que se deposita en el átomo eterno, y que lo empuja á la vida como una especie de resorte íntimo? Se ve nacer así el universo entero, gracias á esta hipótesis, humilde en apariencia, de una necesidad de marcha y de progreso, que se atribuye al átomo, que coexiste en el reino de la mecánica pura, y que lo conduce sucesivamente en un triunfo gradual al reino de las leyes químicas, á la vida, á la sensación, á la razón. Nada más simple, á la verdad, una vez admitida la hipótesis; pero esa hipótesis es todo; ella sola es más incomprensible que Dios ».

De este modo, los finalistas y los teólogos ven destruída la vieja idea de la creación intencional, que cede el terreno á la metamórfosis lenta é inconsciente desde el pólipo al hombre y desde el átomo al pensamiento. La nueva escuela se inspira en la crítica de Kant y en la dialéctica hegeliana ; se inspira también en el positivismo, que rechaza todo lo que no reposa en la observación y en la experiencia sensible ; pero ni la experiencia ni la observación suministran dato alguno, que justifique la marcha ciega del mundo, ni mucho menos las transformaciones de la materia inerte, desde el reino de la mecánica pura, hasta la aparición de seres dotados de inteligencia y voluntad.

En los estudios filosóficos de Renan, él tiene especial interés en no aceptar la filiación hegeliana y kantista, que aparece informando sus ideas. Pero, por más que se esfuerce en negarlo, es evidente que sólo le pertenece el prestigio encantador del estilo y su índole literaria, marcada con el sello de una aristocracia intelectual. Todos los efectos de la magia literaria, Renan los posee y los emplea, habiendo sido llamado con razón un verdadero encantador de almas. Sus estudios ofrecen el contraste de un ateísmo resuelto y de un enternecimiento platónico por

las emociones religiosas. Es un enamorado de los ideales que destruye, pero al hacerlo, protesta contra las declamaciones de la polémica antirreligiosa, como si fuera posible servir á la vez á dos señores. « El deber del sabio, exclama, es expresar con franqueza el resultado de sus estudios, sin proponerse turbar la conciencia de las personas, que no son llamadas á la misma vía, pero también sin tener en cuenta los motivos de interés y de las pretendidas conveniencias, que falsean tan á menudo la expresión de la verdad *(Estudios de historia religiosa, prefacio.)* « Nada me hará cambiar, agrega, un papel obscuro, pero provechoso para la ciencia, por el papel del controversista, papel fácil en cuanto concilia al escritor el aplauso de las personas que creen deber oponer la guerra á la guerra. Para esta polémica, cuya necesidad reconozco, pero que no entra en mis gustos ni en mis aptitudes, basta Voltaire. »

En seguida declara que la más profunda pena, con que el hombre ilustrado expía su posición excepcional, es verse aislado de la gran familia religiosa, en que se encuentran las mejores almas del mundo, y constatar que las personas, con quienes se desearía estar en comunión moral, deben forzosamente mirarlo como un perverso. La humanidad, agrega, se

compone de las partes simples y de las partes cultivadas; en el primer grupo coloca á todos aquellos, que tienen una fe religiosa y están así condenados á lo que él llama la vida espontánea, por oposición á la vida reflexiva.

Partiendo la crítica del principio de que el milagro no tiene explicación plausible, llega á la conclusión de que las religiones son la forma más cándida del arte; « la religión es ciertamente la más alta de las manifestaciones de la naturaleza humana; entre todos los géneros de poesía, es el que consigue mejor el fin esencial del arte ». Las religiones son el producto espontáneo de la conciencia: entendiendo por espontaneidad lo contrario de la reflexión. Acudir á una intervención sobrenatural, dice, es probar que se ignoran las fuerzas ocultas de la espontaneidad, palabra que, en boca del filósofo, es el sinónimo sabio y culto de la ignorancia. La espontaneidad tiene dos grados, en primer lugar, la credulidad tímida, que crea la leyenda, esto es, la mezcla de lo real y de lo ideal en ciertas proporciones; y en segundo lugar, la alucinación ó fantasía que crea el mito, ó sea la pura ficción. En el estado de reflexión vemos las cosas á la gran luz de la razón; la ignorancia crédula, por el contrario, las ve á la claridad de la luna, de-

formada por una luz engañosa é incierta. La importancia de tal distinción es capital; mientras que Strauss considera todo el cristianismo como un mito, Renan le adjudica los contornos de la leyenda, reservándose la facultad de interpretar á su antojo los evangelios, admitiendo ó rechazando los hechos atribuídos á Cristo. En una palabra, el mito es el origen de las religiones paganas, y la leyenda es la que ha inventado el cristianismo.

Es difícil precisar la doctrina teológica de Renan: ¿admite ó no la existencia de Dios, un Dios personal? Sus escritos proporcionan la respuesta que se quiera: unas veces se representa á Dios como la categoría de lo ideal, como la aspiración humana á la verdad, á la belleza, á la bondad moral, confundidas con las formas de la razón humana; otras veces parece reconocer su existencia, y le dirige plegarias admirables de misticismo. En uno de sus últimos escritos, titulado *El porvenir de la metafísica,* después de dejar constancia que la metafísica no tiene porvenir, porque no existe, declara que la realidad y naturaleza de un sér se demuestran por sus actos particulares, individuales, voluntarios, y si la divinidad hubiera querido ser apercibida por el sentido científico, descubriríamos en el gobierno del mundo

la huella del Sér Supremo. Ahora bien, la ciencia no descubre nada semejante ; lejos de revelar á Dios, la naturaleza es inmoral ; el bien y el mal le son indiferentes. La misma historia es un escándalo permanente, bajo el punto de vista de la moral.

No pudiendo, pues, llegar á Dios por la experiencia y por la inteligencia, Renan dice que no queda más camino que el sentimiento. « Si la humanidad no fuera más que inteligente, ella sería atea. Dios es el producto de la conciencia, no de la ciencia y la metafísica. No es la razón, sino el sentimiento el que determina á Dios. » En presencia de las plegarias ardientes, que dirige al padre celestial, líricamente invocado, muchos se han preguntado si Renan creía seriamente, porque no se adora á una abstracción. Difícil, en realidad, resistir al entusiasmo, que despierta esta bella peroración, llamada el *pater noster* de la escuela crítica : « Oh padre celeste, ignoro lo que nos reservas. Esta fe que no nos permites borrar de nuestros corazones, es un consuelo que nos dejas para hacer más soportable nuestro frágil destino ? Es una bienhechora ilusión, que tu piedad ha sabiamente combinado, ó bien un instinto profundo, una revelación, que basta á los que son dignos de ella ? Tú no has querido que

estas dudas tuvieran una respuesta clara, para que la fe en el bien no quedase sin mérito y que la virtud no fuera un cálculo. Una clara revelación hubiera asimilado el alma noble al alma vulgar ; la evidencia en tal materia hubiera sido un atentado á nuestra libertad. Bendito seas por tu misterio, bendito por haberte ocultado, bendito por haber respetado la plena libertad de nuestros corazones. » Y en el prefacio de *La Vida de Jesús,* estalla su tendencia mística, hablando con su hermana, cuya alma reposa beatíficamente en el seno de Dios.

¿Cuál es pues, la creencia del jefe de la escuela crítica? No nos dice á renglón seguido que si Dios fuera evidente, no nos inspiraría amor ni odio, siendo entonces un mero problema de geometría, que se admite pero que no se ama? Cada uno puede, por lo tanto, creer ó no creer y forjarse la solución, que le parezca mejor del problema divino. El aburrimiento del cielo de los escolásticos sería apenas comparable al de los contempladores ociosos de una verdad sin matices, que no habiendo sido descubierta, no podría ser amada, y á la cual cada uno no tendría el derecho de imponerle el sello de su individualidad.

Esta singular manera de razonar no resiste al más

ligero examen, no sólo porque hace de Dios una creación puramente subjetiva y variable, según el criterio de cada hombre, sino también porque si Dios es el padre celeste, la causa y la providencia del mundo, su conocimiento nos impone el deber de adorarlo.

Dadas estas premisas, ya puede colegirse á qué queda reducido el Dios de la escuela crítica. Renan siente una repugnancia instintiva contra cualquier definición de Dios, que tienda á hacer de Dios alguna cosa. Entretanto, es claro que, si Dios existe, es indispensable que sea algo, á menos que sea todo, como lo pretende el panteísmo. « Rehusar determinarlo no es negarlo. Esta reserva es más bien efecto de una profunda piedad, que teme blasfemar, diciendo lo que no es. Toda frase aplicada á un objeto infinito es un mito, porque encierra en términos limitados y exclusivos lo que es ilimitado. La tentativa de explicar lo inefable, por medio de palabras, es tan desesperada como la de explicarlo por medio de imágenes ; la lengua, condenada á esa tortura, protesta y desentona. Toda proposición, aplicada á Dios, es impertinente, con excepción de esta : El existe. » Aquí el filósofo no hace más que aplicar el célebre axioma de Spinoza, á saber, que

toda determinación es una negación; desafiando á todas las escuelas y á todas las iglesias á dar de Dios una idea, que no sea una limitación de su esencia.

Pero este argumento prueba demasiado, porque, dada la limitación de nuestra inteligencia, es claro que, si somos impotentes para conocer la esencia de las cosas materiales, que caen bajo el dominio de los sentidos, nuestra impotencia es infinitamente mayor, tratándose del conocimiento de Dios. Por eso dice el libro sagrado que nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel á quien el Hijo quisiera revelarlo.

La filosofía cristiana jamás ha pretendido descubrir el misterio infinito; pero, al afirmar que Dios existe, que es causa suprema y que encierra todas las perfecciones, tampoco destruye ni limita su naturaleza.

El mismo Renan se contradice, al emplear la expresión de padre celeste y al atribuir al infinito las ideas morales, cuando afirma que el deber y el sacrificio son inexplicables sin Dios.

Por eso uno de sus críticos observa que su escuela ha nacido para desempeñar entre nosotros el gran papel de la coquetería, amando los medios tintes del pensamiento y cultivando el arte de las promesas á medias.

La vida de Jesús

A piece of trumpery.

(GLADSTONE.)

Vamos á ver ahora las aplicaciones del método, en la crítica de los orígenes del cristianismo y especialmente en la narración de la vida de Jesús, que ha levantado tempestades y ha rodeado de una triste celebridad el nombre de Renan. Es cierto que no llega en su estudio á la opinión de Dupuy, que negaba hasta la existencia de Jesús, pero la historia que nos ofrece es la de un personaje legendario, creado de cuerpo entero por la imaginación, torturando ó suprimiendo las narraciones evangélicas, cuya autenticidad ni siquiera pone en duda. Podemos, pues, repetir con Gladstone que esa historia, prescindiendo del estilo y del arte maravillosos, es una obra de mistificación, *a piece of trumpery.*

Uno de los críticos de Renan, cuya autoridad no puede recusarse por los libres pensadores (Sainte-Beuve), apreciando esa historia, dice textualmente : « M. Renan, al exponer el origen y el nacimiento del cristianismo, podía escoger entre diversos méto-

dos y diversas formas ; él ha preferido, en este primer volumen consagrado á la historia del fundador, la relación, la biografía continuada, procurando ocultar la discusión, lo que no ha podido hacer por completo. Criticar y deshacer una relación, á dos mil años de distancia, es cosa más fácil que reconstituirla, sobre todo cuando no se tienen para esta tarea otros recursos directos, otros datos y materiales distintos de los que emanan de los historiadores mismos, á quienes se trata de criticar. Por eso M. Renan no presenta su historia sino como *probable y plausible,* como una manera satisfactoria de concebir é imaginar lo que ha debido suceder, en tal ó cual forma, más ó menos probable. Su procedimiento, entendido como debe serlo, significa : « suponed, para simplificar, que las cosas han sucedido como se dice, y no estaréis muy lejos de la verdad ». Esta extrema buena fe en la exposición de sus vistas no será invocada contra él sino por aquellos que no entran en su pensamiento y que, teniendo una idea fija, prohiben toda investigación. El, para convertirse en historiador y narrador bajo ese nuevo punto de vista, ha debido empezar siendo un adivinador delicado y tierno, un poeta inspirado en el espíritu de los lugares y de los tiempos, un pintor que sabe

leer en las menores líneas del horizonte, en los menores vestigios dejados en el flanco de las colinas, hábil en la evocación del genio de la comarca y de los paisajes. Ha conseguido así hacer un libro de arte, tanto ó más que de historia, y que supone en el autor una reunión, casi única hasta aquí, de cualidades superiores, reflexivas, finas y brillantes. »

Después de esto, cabe preguntar si Renan ha escrito una historia ó un romance. En realidad, ni siquiera puede jactarse de haber sido original, pues no ha hecho más que imitar á los escritores alemanes, que con Strauss á la cabeza, se empeñan desde hace un siglo en destruir el cristianismo, suprimiendo á Dios de todas partes y minando los dogmas religiosos. La empresa ha sido seguida con encarnizamiento : de veintitrés universidades alemanas, solo existen tres en que no se niega la divinidad de Jesucristo ; las demás rechazan el dogma fundamental del evangelio, realizando un trabajo de gigante respecto de los documentos, de los hechos y de los dogmas.

En este trabajo, Francia ha seguido las huellas de Alemania ; esta ha extraído el lingote, que los escritores franceses convierten en moneda.

Por lo demás, sería una puerilidad desconocer la

boga alcanzada por el libro de Renan. Aparte de sus méritos literarios y de la importancia que en él refleja el país en que ha sido escrito, hay una circunstancia, que por sí sola bastaría para explicar el ruído, levantado alrededor de *La vida de Jesús*. Siendo Cristo el nombre más grande de la historia, y la más alta expresión de la conciencia religiosa en el mundo, es imposible tocar ese nombre divino, sin hacer vibrar las fibras más delicadas y las más nobles pasiones del alma humana. Viendo lo que pasa, dice un escritor contemporáneo, al escuchar los gritos de cólera y de entusiasmo que han acogido este libro, es bastante claro que estamos lejos de aquella situación de espíritu, denunciada por Lamennais en el *Ensayo sobre la indiferencia*. Estas grandes emociones, que sublevan un país, atestiguan altamente que la vida moral no se ha extinguido.

Renan se había preparado con sus primeras publicaciones, dirigidas á explicar el mundo, sin intervención de Dios. Si Dios no existe sino como una pura idea, es evidente que el misterio de la encarnación es el más enorme de los absurdos ; sino existen más que las verdades materiales y palpables, ¿cómo creer en lo inmaterial, en lo sobrenatural? Si no hay más que materia y esta realiza el milagro de producir la

vida; si el pensamiento es engendrado á su vez por la vida, y el animal se va perfeccionando hasta alcanzar la voluntad, la libertad, la inteligencia, es evidente que todos los sistemas réligiosos deben desaparecer ante la ciencia y la historia, ante la filosofía y el sentido común.

Por eso Renan se ha propuesto eliminar la leyenda y la imaginación, en el estudio de *La vida de Jesús*, creando una obra de arte por medio de inducciones, conjeturas é hipótesis, proponiéndose destruir científicamente la divinidad de Cristo, y reduciéndolo á la figura de un hombre extraordinario. Para eso no se necesita poner en duda la autenticidad de los evangelios. « En las historias de este género, nos dice, la señal de que se está en la verdad es haber llegado á combinar los textos, de una manera que resulte una relación lógica, verosímil, en que nada desentone. » Cuando los textos son refractarios y no se prestan á semejante arreglo, los subordina á su instinto de lo bello y de lo verosímil: « los textos tienen necesidad de la *interpretación del gusto*; es necesario *solicitarlos* dulcemente, hasta que lleguen á formar un conjunto, en que se fundan felizmente todas las conclusiones ». Con este criterio, se desentiende de la pequeña certidumbre de los detalles, que subordina

á las reglas de la narración clásica y á las creaciones del arte.

Entretanto, para ser lógico debía seguir uno de estos dos caminos : ó bien rechazar como apócrifos los cuatro evangelios canónicos, ó bien demostrar que los escritores sagrados no merecen fe. El biógrafo no se para en estos detalles, ni se engolfa en polémicas religiosas. Él sigue su programa hasta el fin, preocupado únicamente de la descripción del personaje que se ha imaginado. En todas las épocas, dice, parece que Jesús cedió mucho á la opinión, adoptando muchas cosas que le eran extrañas y de que él se preocupaba poco, por la única razón de que eran populares. Para justificar su carácter de Mesías, llega hasta autorizar los fraudes inocentes, inventados por sus discípulos. En fin, se va á convertir en taumaturgo contra su voluntad, porque debía escoger entre estos dos partidos, renunciar su misión ó hacer milagros. « Es permitido creer que le impusieron su reputación de taumaturgo ; que él no resistió á ella largo tiempo, pero que tampoco hizo nada por acreditarla, convencido como estaba de la vanidad de la opinión á ese respecto. »

La historia del milagro de la resurrección de Lázaro y la explicación que pretende dar es el ultraje

más sangriento que jamás se ha hecho á Jesús, endosándole un papel activo en la más lúgubre bufonería. Renan no supone que Cristo y las dos hermanas de Lázaro se han complotado para producir este milagro decisivo, y golpear fuertemente la crédula imaginación de los judíos. Esta explicación simple y brutal no convenía á un historiador, que se ha mostrado tan atento en librar á Cristo de la mancha de impostor, por más que admita que se ha permitido hacer falsos milagros. Parece que Lázaro estaba enfermo y que el ardiente deseo de acreditar la misión divina de Jesús arrastró á Lázaro y sus hermanas más allá de todos los límites. « Quizás Lázaro, pálido aún de su enfermedad, se hizo vendar como un muerto y enterrar en el sepulcro de su familia. Jesús, en la hipótesis que se acaba de enunciar, deseó ver otra vez al que había amado, y habiendo sido separada la piedra del sepulcro, Lázaro salió con sus vendajes y la cabeza rodeada de un sudario. Esta aparición debió ser mirada por todo el mundo como una resurrección. En cuanto á Jesús, él no era más dueño que San Bernardo, ó San Francisco de Asís, de moderar la avidez de la multitud y de sus propios discípulos por lo maravilloso. La muerte, por otra parte, debía devolverle pronto su libertad divina y

arrancarlo á las necesidades de un papel, que era cada día más exigente, más difícil de sostener. »

Y he ahí, agrega un comentador de los liberales, á qué hipótesis conduce la costumbre de *ménager la chèvre et le chou*. Entre Jesús taumaturgo y Jesús impostor, hay que escoger sin remedio ; buscar un término medio, es dar prueba de simplicidad ó de mala fe.

Es inútil, pues, que Renan pretenda admitir la disculpa de que la sinceridad tiene muchas medidas. En vano dice que todas las cosas grandes se hacen por el pueblo, y que para conducir al pueblo, hay que prestarse á sus ideas. Cuando nosotros, agrega, hayamos hecho con nuestros escrúpulos lo que estos héroes hicieron con sus mentiras, tendremos el derecho de juzgarlos severamente : porque el solo culpable en tal caso es la humanidad, que quiere ser engañada.

No ; semejante impostura sólo cabe en la imaginación prevenida del filósofo ateo ; siendo preferible á una apología de ese género el sarcasmo volteriano. El Jesús que él nos muestra no es ni siquiera un hombre honesto, por más que, al concluir el libro, trate de colocarlo en la más alta cima de la grandeza humana. No es ese el Cristo, que nos hacen adorar

los Evangelios, como el tipo de todas las perfecciones morales; no es ese el que se ofrece á las generaciones como el camino, la verdad y la vida; no es ese, en fin, el que desde la montaña legó á la humanidad las sublimes enseñanzas de la virtud y de la caridad, grabadas no en la piedra, como el decálago de Moisés, sino en lo más profundo de la conciencia.

Qué distinta es la relación que hace el Evangelio, de la resurrección de Lázaro. Habían pasado cuatro días desde que Lázaro, hermano de las piadosas mujeres Marta y María, estaba encerrado en el sepulcro, cuando Jesús se acercó á él. Marta le dijo: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Tu hermano resucitará, le respondió Jesús. Sí, ya sé que resucitará el último día, le dijo Marta; pero Jesús replicó: yo soy la resurrección y la vida; el que crea en mí, aunque muera vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees ésto? Marta respondió: sí, señor, yo creo que vos sois el Cristo, hijo de Dios vivo. Después Jesús dijo: quitad la piedra del sepulcro. Marta le replicó: Señor, ya hiede, porque hace cuatro días está enterrado. Jesús le contestó: ya te he dicho que si crees verás la gloria de Dios. Apartan la piedra, y Jesús elevan-

do los ojos al cielo, exclama : Padre mío, gracias te doy porque me has oído. Yo sé que siempre me oyes, pero digo ésto para los que me rodean, á fin de que sepan que Tú eres el que me ha enviado. Dichas estas palabras, exclamó Jesús. con voz fuerte: Lázaro. sal fuera. É inmediatamente salió el muerto.

Pero no es este el único hecho milagroso, que refiere el Evangelio; puede decirse que toda la vida de Cristo es un milagro permanente, desde su nacimiento hasta su muerte y resurrección. milagro final invocado por los apóstoles en su predicación para convertir el mundo pagano. Si Cristo fuese. pues, cómplice de los evangelistas, habrían pretendido engañar miserablemente al mundo. De manera que, á menos de negar la autenticidad de los evangelios. lo que no se atreve á hacer Renan, debe elegir uno de los extremos del dilema : ó bien Jesús es el hijo de Dios, realmente Dios. ó bien no es ni siquiera un hombre superior, puesto que ha fundado, por los medios más vergonzosos é inmorales, su pretendida divinidad. El cristianismo sería una larga mentira de 19 siglos, cimentada en la impostura y la credulidad. Por eso ha dicho atinadamente M. Caro que en vano Renan trata á cada paso de levantar el hombre en el Dios destruído. Parece no darse cuenta de

que todo lo que él ha quitado al Dios en el Cristo, disminuye al hombre á nuestros ojos y lo envilece aun ante la conciencia humana. Si elimináis lo sobrenatural de esta vida, hacéis de Jesús menos que un gran hombre, menos que un hombre honesto; él ha mistificado al mundo. Tal es el resultado brutal de ese libro, bajo su forma tristemente vulgar. En cuanto á las efusiones y elogios, cantados sobre las ruinas que se amontonan, son el nuevo beso de Judas de la impiedad moderna.

Pero estos racionalistas son implacables: no sólo Jesús ha consentido en aparecer sembrando de milagros su carrera pública, sino que ha encontrado cooperadores en los evangelistas y en los apóstoles, que recibieron la misión sobrenatural de propagar hasta los confines del mundo una doctrina religiosa, que venía á contrariar las pasiones y apetitos de una sociedad profundamente corrompida. Y los cómplices y colaboradores iban á morir en los patíbulos, para dar testimonio de la grosera superchería, que ellos mismos habían inventado! Semejante candor excede los límites de lo verosímil, porque es elemental que *nadie roba por cuenta ajena*: y si los milagros de Cristo y especialmente su resurrección eran otras tantas mistificaciones, no se concibe por qué

habían los apóstoles de abrazarse á la cruz, recogiendo el desprecio y el sarcasmo de sus contemporáneos.

Pero se dirá : ¿acaso es posible el milagro? Todo depende de la contestación que se dé á esta otra pregunta : ¿existe ó no existe Dios? Siendo el milagro lo sobrenatural en los hechos, como el dogma es lo sobrenatural en las ideas, produciéndose aquél fuera de las leyes naturales, por la intervención de fuerzas superiores á la naturaleza, y en virtud de la misma fuerza, que al crear la naturaleza le fijó sus leyes, es evidente que, si existe un Dios inteligente y libre, no puede verse absurdo en la producción de hechos milagrosos, encaminados á iluminar las conciencias y salvar la humanidad.

La cuestión del milagro es una de las que más preocupan al racionalismo. No es, en efecto, cosa ligera admitir la posibilidad de un solo hecho milagroso, porque de uno á cien mil no hay distancia. Se invoca, ante todo, la existencia de leyes fijas é inmutables en la naturaleza, cuya derogación probaría que la obra de Dios es imperfecta, puesto que necesita ser alterada ; y además, se dice que Dios no puede determinarse sin causa suficiente, enmendando por capricho su propia obra. Pero todos estos

argumentos y otros parecidos se reducen en definitiva á negar que hay Dios, en cuya hipótesis no quedan más que las leyes fijas, que gobiernan el mundo y cuya permanencia nadie podría turbar. Admitida la existencia de un Sér supremo, sería el mayor absurdo negarle el poder de suspender el orden, que él mismo ha establecido, porque ello importaría limitar su omnipotencia.

Después de argumentar en esta forma contra los milagros, M. Dollfus agrega, sin embargo, que no puede negarse que el cristianismo ha conquistado el mundo, como si este hecho no fuera el más sorprendente de los milagros. « Es que, expone, á pesar de las ilusiones que encierra, él conserva, envuelta en sus leyendas, una grande y durable parte de verdad. Los paganos que lo atacaron se han guardado de combatirlo en su moral de fraternidad y en su necesidad de universal justicia ; adivinando que por ese lado se encontraba acorazado y rompería todas las lanzas. »

La dificultad no consiste en averiguar si tal ó cual hecho milagroso es auténtico, sino en resolver si el milagro es ó no posible ; y en este terreno, es evidente que todas las razones invocadas en contra no resisten al más ligero examen. La perfección del

universo, por más que revele maravillosamente la gloria de Dios, nunca podrá tener el carácter de infinita. El que ha creado el mundo no ha agotado su energía creadora; siempre podrá sacar otros mundos de la nada, tan perfectos ó mejores que el actual. Si así no fuera, resultaría que la causa sería igual al efecto, teniendo el universo iguales perfecciones que Dios. Y en cuanto á la inmutabilidad de las leyes naturales, se concibe perfectamente que éstas sean modificadas ó suspendidas; porque, tanto en uno como en otro caso, interviene eficientemente la misma voluntad soberana: el que ha dictado la ley, puede á su arbitrio suspenderla. La afirmación, por último, de que á Dios nada le importa la suerte de las criaturas, desconoce su providencia y su misericordia, que se extienden desde el lirio de los campos hasta la gloria de Salomón; habiendo más alegría en el cielo por un pecador convertido que por cien justos que se salven.

¿Cómo es que en la actualidad no se repiten hechos milagrosos? Pero aunque así fuera, nada significaría la experiencia científica de algunos sabios y algunos años. Tampoco se ve aparecer ahora la vida en un mundo muerto: ni se ve nacer el hombre en una fauna que no hable ni piense. ¿Acaso nuestra fal-

ta de experiencia nos autoriza á negar la venida de una primera pareja humana?

Por lo demás, los hechos milagrosos sólo hieren la imaginación por las condiciones en que se realizan. El misterio de los mundos, que pueblan el universo; el secreto de la vida, que se transmite en el tiempo y en el espacio; todos los seres creados, desde los más grandes hasta los infinitamente pequeños, revelan una energía y un poder infinitos, ante cuya contemplación no nos abismamos por la fuerza de la costumbre. La providencia de Dios reproduce continuamente el milagro de la multiplicación de los panes, con las abundantes cosechas de la tierra; en ambos casos, es una misma la fuerza creadora; y en ninguno de ellos alcanza la razón á explicar el misterio, limitándose á consignar las condiciones exteriores en que se verifica.

Después de ésto, ¿qué es lo que nos dejan las escuelas filosóficas modernas? Una religión sin dogmas y sin moral, sin culto ni iglesia, á cuya sombra se congregan todos los grandes hombres, edificando esa Jerusalén de que un día hablaba M. de Sacy, la Jerusalén de cien puertas, sobre las cuales se escribirá el nombre de Mahoma al lado del de Moisés, el nombre de Buda al lado del de Jesucristo, y para

que todo el mundo esté contento, los nombres de Voltaire y de Rousseau al lado de los de San Pedro y San Pablo; en una palabra, una Jerusalén que será la torre de Babel del porvenir.

TAINE

La escuela naturalista, el estilo. — Emilio Zola. — Hechos y leyes. — Juicio de Stuart Mill. — La inmortalidad del alma. — La substancia. — La naturaleza. — Opinión de Buffon. — El ateismo de Lucrecio. — La máquina humana y Byron. — Juicio de Dupont White.

Es el jefe de la escuela naturalista en filosofía y su influencia ha sido tan considerable, que el mismo Zola reconoce deberle el método realista, con que ha escrito sus novelas. Sigue aquél las huellas de Spinoza y de Hegel, habiéndose afiliado á la escuela positiva, á la que imprimió una forma original con su enérgico talento.

Su primera obra filosófica la consagró á los filósofos franceses del siglo XIX, atacando todas las doctrinas consagradas, con el arma del ridículo y con un estilo formidable, que á veces aplasta al adversario. Su temperamento de luchador se revela en las obras literarias, como la conocida *Historia de la lite-*

ratura inglesa, en que desarrolla las teorías espinosistas y materialistas más avanzadas.

Taine ha sido implacable en sus juicios. Basta recordar que jamás se ha escrito una silueta tan cargada de sombras, como la que dedica á Napoleón. No es extraño que, á su vez, haya sido criticado con excesiva dureza. Uno de sus críticos dice que este naturalista del alma, como él se titula, no tiene solidez, ni punto fijo, ni base de razonamiento; que bajo una apariencia de precisión, se revela una prolijidad natural, que conduce á la hesitación perpetua del espíritu. « Las frases se suceden como soldados prusianos, que maniobran en una sola línea. Los cascos y las bayonetas brillan al sol, pero estos efectos de luz son el resultado mecánico de la ciencia del capitán instructor. Retórica, pura retórica; M. Taine no se preocupa más que de afilar un rasgo, de balancear una antítesis, de producir un choque de palabras fosfóricas, de ejecutar ante el público las maniobras de estilo más variadas y brillantes. »

No es posible subscribir á este juicio, ni dejar de reconocer el papel de primer orden, que representa Taine en la historia del pensamiento moderno; pero no debemos tampoco prescindir de los errores filosóficos, que ha sembrado en todos sus escritos. En

todo y por todo, se revela esencialmente positivista. La substancia, la fuerza y todos los seres metafísicos son un resto de las entidades escolásticas; en el mundo no hay más que hechos y leyes. « Se puede considerar al hombre como un animal de especie superior, que produce filosofías y poemas, más ó menos como los gusanos de seda hacen sus capullos y como las abejas hacen sus panales. Por todos sus descubrimientos, el animal humano es la continuación del animal bruto, porque las facultades humanas tienen por raíz la vida del cerebro. »

Los positivistas han dado gran importancia á su libro sobre la inteligencia, considerado por Mill como la primera tentativa seria, hecha en Francia, para reemplazar la psicología oficial con alguna cosa mejor. « Él revela un vigor, una precisión y un espíritu científico, que desde hacía largo tiempo buscábamos inútilmente en los libros de psicología, publicados en Francia. »

Mucho talento con un poco de escándalo, una verba de agresión contra ciertas ideas, que no siempre respeta á las personas, una prodigiosa tensión de voluntad aplicada á cualquier objeto, un exceso de fuerza desplegado sea en el razonamiento, sea en la pintura de los hombres y de las cosas, la lógica y el

color sin medida, he ahí las causas, que otro crítico señala para explicar el rápido éxito de Taine. Éste mismo manifiesta su tendencia de luchador en su libro sobre los filósofos franceses: «¿qué mayor placer que batirse? Combatir, dice, es darse el sentimiento de su fuerza, animarse con la resistencia, gozar en el peligro, rodar en el torrente tumultuoso de todas las emociones contrarias; combatir, en filosofía, es poner la corona de la victoria sobre la frente de la verdad».

Lo sensible es que, en el ardor de la refriega, eche mano á cada paso de lá burla y el epigrama, que si divierten al gran público, desentonan en la discusión tranquila de las ideas. El chiste y el sarcasmo son casi siempre la revelación de que faltan buenas razones para convencer. Y es todavía más sensible ese procedimiento, aplicado á filósofos respetables y hasta á genios que honran la especie humana. No es extraño que convierta á Cousin en un abate de la corte, cuando refiriéndose á Santo Tomás lo exhibe como el colmo de lo que puede ser la estupidez humana.

Las teorías de Taine se reducen á negar la existencia de una causa primera, convirtiendo todo en hechos y leyes; el conocimiento es una alucinación

verdadera, la conciencia de un simulacro interior, que aparece como si fuera exterior, de manera que lo que hay más evidente en el espíritu no pasa de ser una ilusión.

La moral espiritualista afirma la inmortalidad del alma. *Non omnis moriar*, decía el poeta latino. Uno de los argumentos invocados por los que sostienen tal dogma, es la aspiración infinita del pensamiento y del corazón, que no encuentran en esta vida la plenitud de su destino. Vamos á ver qué clase de bromas emplea Taine, para destruir una creencia tan consoladora: « esta proposición, objeta, que la naturaleza de un sér indica su destino, se aplica tanto al buey como al hombre. Ahora bien, la naturaleza del buey es vivir quince años y reproducirse; por lo tanto, el destino del buey es vivir quince años y reproducirse. Pero su condición presente se lo impide; el hombre lo castra á los seis meses y lo come á los tres años; luego el buey, que ha sido comido ayer, renacerá en otro mundo para vivir aun doce años y procrear terneros ». Taine se complace en esta gracia, que ultraja la dignidad del alma, nivelando la aspiración del sér racional con el instinto del bruto.

Pero el filósofo naturalista no se detiene á medio

camino. Para él no existen ni las substancias, sino los fenómenos y cualidades, que aparecen en la superficie de las cosas. No pudiendo explicar el axioma de las causas, transforma la noción de causa en la de ley. « Nosotros no percibimos, dice, más que colores, sonidos, resistencias, movimientos. » Pero estos fenómenos se conciben, si no existieran seres modificados por ellos? El alma misma no es, según él, más que un grupo de pensamientos presentes ó posibles. ¿Qué queda, entonces, de la unidad de la conciencia? Contra estas negaciones se levanta el sentido común, con la fórmula eternamente verdadera de Descartes : pienso, luego soy ; desaparece con el tiempo la envoltura material del cuerpo, que según la fisiología se renueva cada siete años, y permanece siempre lo que caracteriza la personalidad racional, proclamando el hecho primordial de la conciencia.

M. Taine confunde las leyes con la noción de causa. Él no encuentra más que hechos, que se resuelven en la noción de ley, la que es el hecho primordial y generador. La causa de los hechos no puede ser otra cosa más que un hecho ; encontrar hechos semejantes, tal es el propósito de la ciencia. que se mantiene en la región de los fenómenos, sin

evocar seres metafísicos. Conocida una fórmula aplicable á un grupo de hechos, reunir las diversas fórmulas en un hecho superior que las engendre, para llegar al fin al hecho único, que es la causa universal de toda una serie de hechos.

Un ejemplo aclara la teoría. He aquí un hombre, un perro, un animal cualquiera. Él se pregunta cuál es su esencia y su causa, llegando al fin á un hecho general, común á todas las partes del cuerpo vivo y á todos los momentos de la vida, esto es, la nutrición, que á su vez es una consecuencia del desgaste orgánico. Avanzando más en el análisis, remonta hasta encontrar el tipo del animal, que es la causa respecto de la función.

Pero de ahí no se sigue tal consecuencia. Es verdad que la función va ligada al tipo, de tal suerte que el tipo, una vez establecido, la función se produce naturalmente, desde que ésta ha sido ordenada para conservar la forma esencial y distintiva del animal. ¿Dispuesta por quién. por qué voluntad, por qué poder? pregunta Caro. ¿Mecánicamente? Esto repugna á la finalidad, señalada por la misma vinculación y por la dependencia recíproca de la función y del tipo. Si hay finalidad, hay una causa inteligente, y eso es lo que Taine quiere separar del

sistema, como un resto de superstición, que deshonra á la ciencia. Si una intención ha presidido á la organización de las cosas, ella ha debido, para conservar la vida, combatir el desgaste con la nutrición; pero si no ha habido tal intención en el origen, no se explican ni la vida, ni la muerte.

El error de los espiritualistas, agrega Taine, es colocar las causas fuera de los hechos; y el error de los positivistas es relegar las causas fuera de la ciencia. « Unos y otros concuerdan en situar las causas fuera del mundo observado, para hacer un mundo extraordinario y aparte, con esta diferencia, que los espiritualistas creen poder conocer ese mundo, mientras los positivistas no lo creen. Por eso es que, si se probase que el orden de las causas se confunde con el orden de los hechos, se refutaría á la vez á unos y otros. Se concluiría contra los espiritualistas que no hay necesidad de inventar un nuevo mundo para explicar éste, que la causa de los hechos se encuentra en los hechos mismos, que no hay un pueblo de seres espirituales ocultos detrás de los objetos y ocupados en producirlos, que la fuente de los seres es un sistema de leyes, y que todo el empleo de la ciencia es reunir el conjunto de los hechos aislados y accidentales, bajo un axioma generador y universal.

Pero, al mismo tiempo, se podría concluir contra los positivistas que las causas no son un mundo misterioso é inaccesible, que ellas se reducen á leyes, tipos ó cualidades dominantes, pudiendo ser observadas directamente y en sí mismas. » De este modo, Taine suprime el gran vacío desconocido, que el positivismo dejaba abierto más allá de nuestro mundo, en el cual, agrega, la gente de cabeza calva ó de conciencia triste, se complacía aún en ubicar sus sueños.

Cada hecho analizado revela al observador la necesidad que lo liga al hecho precedente y al hecho siguiente. El mundo es una serie de hechos; y el hombre, una serie en la serie. Todo lo que se realiza es necesario; la contingencia es una pura ilusión. Así desaparece el juego de la libertad humana y se implanta el más ciego fatalismo.

M. Taine se burla del Dios de los espiritualistas, que acumula tantas profesiones ridículas, sucesivamente arquitecto, administrador, tapicero, decorador: en su reemplazo, levanta fórmulas y leyes; quedan estas definiciones soberanas, estos creadores inmortales, en una palabra, queda *la naturaleza* encargada de crear y conservar, con sus ondulaciones inagotables, la inmensidad del universo. « Toda for-

ma, todo cambio, todo movimiento, toda idea es uno de sus actos. Ella subsiste en todas las cosas y no está limitada por ninguna cosa. La materia y el pensamiento, el planeta y el hombre, la multitud de soles y las palpitaciones de un insecto, la vida y la muerte, el dolor y la alegría, no hay nada que la abarque por completo. Ella llena el tiempo y el espacio, quedando encima del tiempo y del espacio. Toda vida es uno de sus momentos, todo sér es una de sus formas; y las series de las cosas descienden de ella, según las necesidades indestructibles, ligadas por los diversos anillos de su cadena de oro. La indiferente, la inmóvil, la eterna, la omnipotente, la creadora, ningún nombre la agota, y cuando se descubre su faz serena y sublime, no queda espíritu de hombre que no se prosterne, consternado de admiración y de horror. »

Admirable como período lírico, pero infinitamente incomprensible y absurdo. Con razón se dice que todas las dificultades de concebir á Dios son nada, en comparación de lo que Taine quiere imponer á la inteligencia.

Es la naturaleza, la obra de Dios, la que precisamente se pretende substituir á Dios. La naturaleza, exclama Buffon, es el sistema de las leyes, estableci-

das por el Creador para la existencia de las cosas y para la sucesión de los seres. La naturaleza no es una cosa, porque esta cosa sería todo; la naturaleza no es un sér, porque ese sér sería Dios. Pero se la puede considerar como una potencia viva, inmensa, que abraza todo, que anima todo, y que, subordinada á la del primer sér, no ha comenzado á obrar más que por su orden, y no obra todavía más que por su concurso ó su consentimiento. El tiempo, el espacio y la materia son sus medios, el universo su objeto, el movimiento y la vida su fin.

Por lo demás, Taine no puede pretender la originalidad del sistema. Él no ha hecho más que recomenzar la obra de Lucrecio, á los 22 siglos, desarrollando la doctrina del ateísmo naturalista con los recursos acumulados de un gran trabajo personal, de una ciencia extendida, y de una larga frecuentación de Hegel y de Spinoza; pero, como dice Caro, hay en él, á la vez, exceso de fuerza é implacable frialdad.

Su estilo, especialmente, se recarga con las exageraciones de un realismo tan crudo, que el mismo Zola no podría superarlo. Parece que se complace en describir enormes orgías, cerebros hormigueantes, temblores de carne y de sangre... Vuelca en el

cuadro todos los colores de la paleta. Resume la escolástica en tres siglos de trabajo, en el fondo de una fosa negra. Ya hemos visto el retrato que nos deja del célebre ingenio de Santo Tomás. La edad media es comparada á un muladar. Una madona de Rafael es un magnífico animal virgen. En la pintura del hombre, se complace en descubrir el animal salvaje, el bruto feroz, la fuerza maquinal de las piezas y de cada pieza. Á veces nos dice que, « para comprender las acciones extremas del hombre, que no son más que las grandes tensiones de su máquina, es indispensable contemplar esa máquina, la manera cómo corre su sangre y cómo vibran sus nervios; que la moral traduce el físico y que las cualidades humanas tienen su raíz en la especie animal. Otras veces sostiene la paradoja de que, propiamente hablando, el hombre es loco, como el cuerpo es enfermo por naturaleza ; que la razón, como la salud, son un simple accidente momentáneo. Aprueba á Byron cuando describe al hombre, empleando lo mejor de su tiempo en dormir, en comer, en bostezar, en trabajar como un caballo y en divertirse como un mono. Es un animal ; salvo algunos minutos raros, sus nervios, su sangre, sus instintos lo arrastran ». El elemento moral, la inteligencia y la libertad desapare-

cen. No quedan más tipos de la especie humana que los descriptos por Zola en la Historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio.

Para concluir, citaremos el juicio que le ha merecido á Dupont White, en la obra titulada *Mélanges philosophiques :* « cuántos fantasmas en el *cosmos* de Taine ! Los cuerpos, un grupo de tendencias ; el hombre, un grupo de sensaciones ; apariencias en todas partes y nada más que apariencias sucesivas. La substancia en ninguna parte. *Umbrarum locus hic est.* En el hombre todo cambia ; á su alrededor todo engaña. Según Taine, el mundo se compone sólo de relaciones. ¿ Entre qué cosas ? De una parte, entre cosas que no existen más que en tendencias, en simulacros ; de otra parte, entre espíritus que se encuentran en estado de alucinación, que no son más que hogares de alucinaciones. En realidad, todo esto es armonioso : hay equilibrio y proporción en estas sombras : por qué simulacros y tendencias producirían otra cosa que alucinaciones ? Kant no es nada, comparado á este exterminador. Taine es dogmático para arruinar no sólo la religión, sino también la creencia. En medio de las ideas que nos parecen más elementales y más consagradas, él se ingenia con el escalpelo, con el microscopio de Vulpian, Bichat,

Moreau, como Sansón en medio de los filisteos. Nada queda en pie del templo en que se han arrodillado tantas generaciones ; él sacude el espíritu humano, lo abate, lo pisotea, lo aniquila, no dejando nada para vivir y para esperar. ¿Queréis, pues, desolar el mundo? le gritan aturdidos los místicos y los espiritualistas. Yo quiero la verdad, responde tranquilamente el filósofo ».

VI

LOS FISIÓLOGOS

Claudio Bernard. — Roberty. — Fouillée. — Guyau.

Forma un grupo especial dentro del positivismo. una numerosa escuela, que trata de explicar todos los fenómenos intelectuales por medio de la sola fisiología, suprimiendo así la psicología, ó sea la ciencia del alma.

Uno de los principales representantes de esta escuela es Ribot, que reduce toda la vida interior del hombre al sistema nervioso. La unidad de la conciencia la explica en un sentimiento vago de nuestro cuerpo.

CLAUDIO BERNARD

Sabios de primer orden, como Pasteur, han dicho que C. Bernard no es sólo un gran fisiólogo, sino la misma fisiología.

Es indudable que no debe ser tomado por un posi-

tivista sistemático, desde que acuerda cierto valor á la metafísica. Él dice, en efecto, que la metafísica se liga á la esencia misma de nuestra inteligencia y que no podemos hablar sino metafísicamente.

Sin embargo, si bien no niega la importancia de los grandes problemas, que atormentan el espíritu humano, tampoco reconoce ninguna fuerza, fuera de la fuerza química; levantando la doctrina del determinismo, que según sus palabras, fija las condiciones de los fenómenos y permite prever y aun provocar su aparición. « Nos hace así dueños de la naturaleza. El determinismo es así la sola filosofía científica posible. Él nos prohibe, á la verdad, la investigación del por qué de las cosas; pero este por qué es ilusorio. » Y agrega que, en revancha, nos dispensa de hacer como Fausto, quien después de la afirmación se entrega á la negación. Como esos religiosos que mortifican sus cuerpos por las privaciones, estamos reducidos, para perfeccionar nuestro espíritu, á mortificarlo por la privación de ciertas cuestiones y por la confesión de nuestra impotencia. « Al pensar, ó mejor, al sentir que hay algunas cosas más allá de nuestra prudencia científica, es necesario, pues, entregarse al determinismo. Si después de esto dejamos nuestra inteligencia balan-

cearse al viento de lo desconocido y en las sublimidades de la ignorancia, habremos al menos hecho la separación entre lo que es la ciencia y lo que no lo es. »

Las causas primeras son inaccesibles; todo fenómeno vital tiene un determinismo riguroso, y jamás este determinismo podría ser otra cosa que un determinismo físico-químico.

En esta doctrina se ha encontrado con toda justicia la marca del positivismo; porque, efectivamente, C. Bernard sólo admite como digno de la ciencia el conocimiento preciso de las leyes fenomenales, declarando que lo que no tiene tal carácter, es empirismo ó ignorancia, por la razón de que no puede haber ciencias á medias, ni ciencias conjeturales.

La fuerza vital y la finalidad en los organismos, las considera como concepciones metafísicas, sin realidad objetiva. Las propiedades vitales se encuentran en las células vivas; todo lo demás es sólo arreglo y mecanismo; por lo cual todos los esfuerzos de la ciencia son dirigidos al estudio histológico de estos infinitamente pequeños, que encierran el verdadero secreto de la vida. Todo animal, toda planta es ya una sociedad de células, de las que cada una es un organismo.

No es posible negar la competencia científica de Bernard, en el dominio de la fisiología; pero es absurdo pretender explicar los fenómenos de la vida como un simple proceso físico-químico del organismo, no debiendo confundirse las condiciones materiales de los fenómenos con las formas superiores de la vida sensitiva é intelectual. El mismo Claudio Bernard reconoce que los fenómenos de la vida son en sí mismos, otra cosa que el proceso físico-químico que los acompaña, cuando habla de un paralelismo, de una armonía necesaria entre estos dos ordenes de hechos (observación de Gruber).

ROBERTY

Representa con Fouillée y Guyau, el monismo positivista.

Roberty ha renunciado á la escuela de Comte y de Spencer, combatiendo resueltamente lo inconocible *(unknowable)*, como la última ciudadela de la metafísica, á la que llama, además, un fantasma del pasado teológico de la humanidad, y el obstáculo al progreso. Para él, Dios es únicamente una creación de la inteligencia humana; siendo necesario decir

con Vacherot que no es Dios el que ha creado al hombre, sino el hombre quien ha creado á Dios.

FOUILLÉE

Este opone al inconocible de Spencer el sistema que el denomina filosofía de las ideas fuerzas. En realidad, agrega, los factores del orden mental son factores primitivos. « La vida y la conciencia no pueden ser una mera transposición de átomos estupidos y muertos, en el espacio y en el tiempo; la vida no se engendra, cambiando de lugar á pequeños cadáveres infinitesimales, de modo de colocarlos uno á la derecha, otro á la izquierda. » ¿Cómo podría venir el pensamiento de tal movimiento? Pretende conciliar el libre arbitrio con el determinismo, que sin aquel sería un fatalismo desalentador.

Guyau, discípulo y amigo del anterior, ha escrito muchas obras filosóficas, siendo la más conocida *La irreligión del porvenir*, en que ataca particularmente el catolicismo, cuyos dogmas, dice, han constituído siempre un sistema de terror, destinado á imponerse á la imaginación y á la voluntad. Su

conclusión es que el dogma religioso desaparecerá por completo y que no se puede hablar de la religión del porvenir, lo mismo que no se puede tomar en cuenta lo que serán la alquimia y la astrología del porvenir.

El sistema metafísico más probable es el naturalismo monista, que no es místico, como el monismo de Spencer. Es sabido que se conoce bajo el nombre de monismo la teoría de la unidad de la fuerza y de la materia, inventada por Haeckel. Este naturalista admite una continuidad absoluta entre el mundo mineral y el mundo orgánico, y no considera como pertenecientes á dos reinos distintos los seres vivos y las formaciones minerales. Para explicar el origen de la vida, este sabio sostiene que el protoplasma, substancia fundamental de todo organismo, es producto de la unión directa de los elementos químicos preexistentes. Pero esta explicación de la vida, que aparece en circunstancias desconocidas, carece de todo fundamento científico: porque la vida es mucho más que un simple capítulo de la historia química del carbono, no bastando á explicar el proceso del mundo orgánico, ni mucho menos los fenómenos del alma.

La moral de Guyau se reduce á desenvolver la

vida en todas direcciones. La irreligión, ó sea la anomia religiosa, es el grado superior de la civilización ; siendo la duda no sólo un deber, sino la dignidad del pensamiento.

En la noche de la duda, que penetra todo su sistema, Guyau sólo tiene un consuelo, que él resume así : « no ser cobarde ». Sobre todo en el momento de la muerte, cuando la religión trata de imponer al hombre la suprema debilidad, la duda es seguramente la posición mas alta y valiente, que puede adoptar el pensamiento humano ; « es la lucha hasta el fin, es la muerte de pie, en presencia del problema no resuelto, pero indefinidamente mirado cara á cara ». El hecho es que Guyau murió trágicamente á los 33 años.

VII

ITALIA

Ausonio Franchi. — Pietro Siciliani. — Roberto Ardigó. — Andrea Angiulli. — Dominicis. — César Lombroso. — Opinión de Tarde. Labriola.

Los escritores de esta nación se han puesto al servicio de la política liberal, fundando revistas de filosofía positiva, en las que, no por carecer de ideas originales, dejan sin embargo de preconizar las más radicales soluciones, que han extendido á la ciencia del derecho criminal y á la pedagogía.

Los principales escritores positivistas son Pietro Siciliani, Roberto Ardigó, Andrea Angiuli y Dominicis, bajo cuya inspiración combate un ejército de escritores de segundo orden, sin contar los que, como Ferri y Lombroso, se han especializado en la ciencia del derecho.

AUSONIO FRANCHI

Se hizo notar en su juventud por su propaganda antirreligiosa : pero después abjuró sus errores, volviendo al seno de la iglesia, por lo cual Dominicis publicó contra él, en la Revista de la masonería italiana, violentos artículos, atacando lo que llamaba la segunda apostasía de Ausonio Franchi.

PIETRO SICILIANI

Publicó un libro sobre la renovación de la filosofía en Italia, poco después de la ocupación de Roma, con el propósito de adaptarla á las nuevas necesidades políticas de la Italia unificada. En el prefacio dice lo siguiente : « en la saludable renovación política de la Italia, á la que asistimos nosotros temblando, un libro capaz de ayudar á la renovación filosófica debe parecer oportuno y responder á los deseos de todos. Cuando todos repetimos hoy día las palabras de d'Azeglio *fatta ormai l'Italia, bisogna far gl'italiani*, nosotros debemos, me parece, trabajar ante todo en renovarnos en lo más íntimo de nuestra conciencia, en la raíz misma y en la fuente de

todo progreso en el hombre y en el ciudadano. Es la obra del pensamiento filosófico. Gracias á un feliz encadenamiento de circunstancias y á nuestro buen derecho nacional, no ha sido difícil ir á Roma y no será difícil quedar allí. Nosotros no quedaremos más que materialmente, si Roma, la vieja Roma, la que representa el pensamiento católico, no se transforma y desaparece. La sabiduría política, cívica y administrativa sabrá sin duda alguna conducirnos á ese fin; pero es bueno no olvidar jamás que el medio más eficaz y seguro de conseguirlo es la renovación del pensamiento filosófico ».

Siciliani profesaba todas las doctrinas positivas; atribuyendo á Vico la introducción del positivismo en las ciencias morales. Él inventa, además de los métodos por deducción y por inducción, el procedimiento mixto, que llama por educción, y pretende reconciliar el positivismo y el hegelianismo, reconociendo por verdad lo que afirman y rechazando solamente lo que niegan. El hombre crea á Dios por sí mismo y con su propia inteligencia; lo crea primitivamente por los sentidos, después por la imaginación y al último por la razón. La creación se reduce á dejar en libertad el esfuerzo comprimido (conato) de la naturaleza; siendo el universo infinito

en cuanto á ese esfuerzo. En el orden sociológico é histórico, la libertad y el pudor son los grandes principios de la humanidad. La filosofía se divide en tres períodos; siendo el último, representado por Siciliani, el que trae el triunfo de la razón, que con la toma de Roma marca el principio de la edad humana.

ROBERTO ARDIGÓ

Sacerdote tránsfuga de la fe católica, colabora en la Revista de filosofía científica y ha sido profesor de filosofía en Pavía. No hay más realidad que la percepción sensible. El conocimiento y la voluntad son meras sensaciones; porque las pretendidas potencias del alma no son más que combinaciones diversas de los mismos elementos de la sensación. El espíritu y la materia son una sola y única naturaleza, ó substancia psico-física. En moral, Ardigó sostiene que los actos que causan placer al sér social son moralmente buenos; si le causan dolor, son moralmente malos. Lo más curioso es que para él, esta moral positivista es la conclusión más inmediata y evidente del evangelio.

ANDREA ANGIULLI

Profesor de filosofía en Nápoles, quiere suprimir la oposición entre la experiencia y la realidad, entre el fenómeno y el sér, entre lo conocible y lo inconocible. Ataca las teorías de Comte y Spencer, en cuanto admiten entidades inconocibles. Según Guyau, el cerebro debe ser mirado como una especie de fonógrafo, infinitamente perfecto. La última explicación de todas las formas y de todas las propiedades de los seres vivos se halla en las transformaciones químicas. El sostiene con Haeckel que una substancia química, sin organización, puede poseer todas las apariencias de la vida. La distinción establecida entre una causa primera y una causa segunda, entre el sér y el fenómeno, entre lo sensible y lo suprasensible, es un producto de la imaginación y se contradice con el principio de causalidad, que es idéntico en sí mismo á la transformación y á la continuidad de la fuerza. La cuestión de origen y de fin no tiene empleo práctico en la evolución cósmica. La hipótesis de un alma inmortal es perjudicial á la pureza de la moral. La lucha civilizadora es, en el fondo, una lucha filo-

sófica ; debiendo ponerse especial cuidado en ganar las mujeres á la causa de la nueva filosofía. Hay que dirigir la enseñanza á este propósito, desterrando el catecismo de las escuelas elementales.

DE DOMINICIS

Cree que no hay otra realidad que el fenómeno. Las ideas últimas del espíritu humano, finito, infinito, eterno, inmenso, carecen de toda realidad objetiva ; el alma no es más que una forma de movimiento molecular, que es simultáneamente sensibilidad y movimiento, nutrición y reproducción. Suponer causas sobrenaturales para explicar el universo, sería forzar la lógica á suicidarse, porque tal suposición no tiene base en la experiencia. La filosofía evolucionista es el remedio contra el pesimismo, porque enseña el meliorismo.

Criticando Gruber las teorías filosóficas de los positivistas italianos, dice en resumen que estas suponen como un hecho plenamente científico que la vida sale de lo que no tiene vida, que la conciencia viene de elementos sin conciencia, que la vida intelectual proviene de la vida animal. Basta esta obser-

vación para reducir á nada tales sistemas, que son un verdadero nihilismo intelectual.

CÉSAR LOMBROSO

Con su libro sobre el hombre delincuente, este médico alienista ha fundado en Italia la escuela positiva del derecho criminal, según la cual el hecho criminal no es un ente jurídico, sino un ente de hecho, no es una infracción, sino una acción, la que debe ser estudiada como un fenómeno natural en sus condiciones físicas, psicológicas y sociales ; acto humano calificado como delito, según el móvil que lo determina.

Esta teoría empieza por negar la libertad ; viendo en el hombre un animal más perfecto que los otros, estudia el delito como un fenómeno antropológico en sus condiciones biológicas y sociales, para confirmar y completar por medio de hechos, las deducciones que se formulan de ordinario, con motivo del delito jurídicamente considerado. El castigo no tiene el carácter de una compensación ó de una sanción moral, sino sólo de una garantía ó salvaguarda, destinada á proteger á la sociedad contra un loco.

Según Lombroso, existe un tipo físico del crimi-

nal, que constituye una raza especial ; los políticos son criminales latentes, que tienen el sentimiento del honor sólo en apariencia ó por accidente ; y los hombres de genio son parientes cercanos de los locos.

El célebre criminalista Tarde, no obstante pertenecer á la escuela positiva, hace la crítica de los estudios de Lombroso en estos términos : « este retrato en pie del criminal, hace años parece estar concluído y siempre se modifica ; antes de ayer, era la silueta de un neosalvaje ; ayer, de un alienado ; hoy día, de un epiléptico. Ó más bien estas capas de hipótesis se superponen, sin recubrirse enteramente ; la última tiene la pretensión de fusionarse con las anteriores. Causa pena creer que un sabio de este calibre haya podido falsear á tal punto su propio juicio por precipitación ». El hecho es que las teorías de Lombroso, después de haber sido acogidas con aplauso, se han visto completamente desacreditadas en el segundo congreso de antropología, reunido en París en 1889. En este congreso se estableció que la criminalidad no es el tipo de una raza, sino una desviación vital y social del tipo.

En Italia, la influencia positivista se ha hecho sentir, principalmente en la *pedagogía*. Siciliani quiere que se suprima en las escuelas toda enseñanza reli-

giosa, pretendiendo aún que el estado la prohiba, hasta en el seno de la familia, sin retroceder ante la violencia. Se debe imponer á todos un catecismo de moral natural, racional, universal. Es el derecho del Estado, agrega, porque él está obligado á asegurar á los niños la libertad de conciencia, impidiendo que sean víctimas de supersticiones.

Labriola, profesor de filosofía en Roma, ha declarado que, siendo la escuela primaria el principio y coronamiento de toda política social, se ha impuesto necesariamente á la Italia unida. No solamente se ha conquistado á Roma para destruir el poder temporal del Papa, sino también para oponerse, por medio del pensamiento filosófico, á los artificios y á la influencia malsana del poder espiritual. El estado debe, como representante del laicismo, tomar la dirección de la escuela, imponer estrechas condiciones á las escuelas libres y suprimir definitivamente la enseñanza hipócrita y mentirosa del catecismo. En el mismo sentido se expresa Cerca, profesor en Padua.

Los liberales de la joven Italia quieren la fundación de la tercera Roma, no la de los césares, ni la de los papas, sino una Roma republicana, que creían realizar en el siglo XIX.

VIII

INGLATERRA

HERBERT SPENCER

Juicios de Stuart Mill y otros. — Lo conocible y lo inconocible. — Ley de evolución. — Armonía de la ciencia y de la religión. — Ateismo, panteismo y deísmo. — La creación del mundo. — La existencia de Dios. — Coppée y el Evangelio. — Mansel. — Vacherot. — Spinoza y Hamilton. — Leibnitz. — El Dios del espiritualismo. — Fuerza y materia. — La moral.

La reputación de este filósofo es universal. Su mismo rival Stuart Mill, en la obra titulada *Augusto Comte y el positivismo,* dice que Spencer es uno de los pocos hombres, que se pueden poner al nivel de Augusto Comte, sea por la profundidad y la extensión verdaderamente enciclopédica de sus conocimientos, sea por sus facultades de concepción y de organización sistemática. Darwin sostiene que Spencer es el más grande de los filósofos contemporáneos y que quizás será comparado con los más eminentes

que han existido. Lewes cree que nunca ha habido un pensador de mayor genio. Ribot se inclina ante su espíritu creador y genial; y por último, Siciliani lo llama el filósofo de ambos mundos.

Pero, entre los mismos escritores liberales, se ha criticado su moral social y su política como favorables á la anarquía, á causa de las tendencias exageradamente individualistas, que lo han inducido á proclamar el debilitamiento progresivo del Estado.

Él divide todas las realidades en dos grupos, lo conocible y lo inconocible, *knowable* y *unknowable*. Los fenómenos constituyen lo conocible; todo lo demás es lo inconocible. En este último comprende la realidad absoluta, la energía infinita, que se manifiesta en los fenómenos y de la cual todo procede. Merced á este inconocible, él cree contentar á todo el mundo, suprimiendo todo motivo de conflicto entre la ciencia y la religión. Trata de explicar lo conocible, por una sola y misma ley de evolución, que domina todo.

Pero Spencer no niega que exista algo más allá de los fenómenos, que pueden ser observados por la experiencia. Él mismo declara que: « decir que no podemos conocer lo absoluto, equivale implícitamente á afirmar que existe un absoluto. »

Ha desarrollado sus teorías en un sistema completo de filosofía científica, que forma un cuerpo sólidamente trabado. Su obra principal, *Los primeros principios,* establece los lineamientos generales de un vasto plan, comprendiendo los principios de biología, de psicología y de moral.

Empieza recordando que siempre hay un fondo de bondad en lo malo, así como un fondo de verdad en lo falso ; con este criterio, agrega que de todos los antagonismos en las creencias humanas, el más antiguo y profundo es el que existe entre la religión y la ciencia ; pero, como la religión es la expresión de un hecho universal en la humanidad, siendo á su vez la ciencia un gran sistema de hechos, que va incesantemente creciendo y purgándose de errores, debe admitirse que, si tanto la religión como la ciencia tienen fundamento real, es preciso que haya entre ambas perfecta y fundamental armonía, porque no se puede suponer que hay dos órdenes de verdades, en oposición absoluta y perpetua.

Él se propone encontrar un elemento común, que reconcilie á la religión y á la ciencia, buscando la verdad primaria que una y otra pueden admitir con absoluta sinceridad, sin que ninguno de los dos partidos haga concesiones al otro. Ese terreno neu-

tral, en que quiere unir los polos positivo y negativo del pensamiento humano, se reduce, en resumen, á despojar el principio religioso de todos sus elementos, dejándolo convertido en una abstracción, tan vaga é indeterminada, que ni siquiera queda lugar para ubicar la idea de Dios. La ciencia y la religión sólo coinciden en admitir que debe haber algo desconocido detrás del gran problema del universo. La ciencia puede considerarse como una esfera que crece gradualmente y cuyo incremento no hace sino aumentar sus puntos de contacto con lo desconocido que la rodea.

¿Qué es el universo? ¿Cuál es su origen? Estas son cuestiones que piden imperiosamente solución á todo pensamiento humano que se eleve de vez en cuando sobre las vulgaridades de la vida. Pero un examen crítico de las diversas soluciones que se han encontrado, probará no sólo que son insostenibles todas las aceptadas, sino que lo son también todas las posibles. Tres hipótesis podemos hacer sobre el origen del universo: ó que existe por sí mismo, ó que se ha creado á sí mismo, ó que ha sido creado por un poder exterior. Spencer declara que la última solución es la menos absurda, pero también la rechaza como incomprensible.

Examina primero la solución del ateísmo. La existencia por sí significa que el mundo no ha tenido principio, lo que es absolutamente inconcebible.

La segunda solución, propiciada por el panteísmo, es igualmente absurda; porque la creación por sí supone que la nada puede desarrollarse y convertirse en algo, ó lo que es lo mismo, que existen efectos sin causas.

La creación del mundo por un poder exterior, que es la última hipótesis y la más generalmente admitida, envuelve, según Spencer, una ceguedad lamentable. Es inconcebible suponer la existencia de un Creador, que no haya tenido principio. ¿Y por qué? Spencer supone que el cielo y la tierra han sido hechos del mismo modo que un obrero construye un mueble; pero ni Moisés, ni Platón, ni los teólogos, ni la inmensa mayoría de los filósofos presentes y pasados han entendido la creación de esa manera. « Sin duda, agrega, los procedimientos de un artesano pueden servir de símbolo para hacernos comprender el modo de fabricación del universo; mas nos dejan completamente ignorantes del verdadero misterio, el origen de los materiales que componen el universo. El artesano no hace el hierro, ni la madera, ni la piedra que emplea; se limita á trabajar-

los y ensamblarlos. Suponiendo que el sol, los planetas y todo lo que esos cuerpos contienen han sido formados de un modo análogo por el gran Artista, suponemos sólo que ha dispuesto, en el orden que vemos actualmente, ciertos elementos preexistentes. ¿Mas de dónde provenían esos elementos? El producir la materia de la nada, he ahí el misterio. Inútil es que busquemos, para concebir tal producción, cualquier analogía; no haremos más que forjar un símbolo, imposible de ser concebido. »

¿En qué se funda Spencer para sentar esa conclusión? Si pretendiera que la naturaleza y esencia de Dios no pueden ser comprendidas por la débil razón humana, sólo diría una verdad elemental, pues nuestros conocimientos ni siquiera alcanzan á descubrir la esencia y naturaleza de los mismos objetos materiales, que caen bajo la inmediata observación de los sentidos. Pero si existe Dios, el *ens realissimum*, no hay dificultad ninguna en admitir que ha creado al mundo de la nada.

« La cuestión de la naturaleza del universo nos obliga á investigar sus causas; y una vez comenzada la investigación, es imposible pararse hasta llegar á la hipótesis de una causa primera, siendo inevitable también considerar esa causa primera como in-

finita y absoluta.» Después de admitir estas proposiciones, Spencer hace un compás de espera. En el momento de llegar al establecimiento de la gran verdad universal, la existencia de Dios, llama en su ayuda á otro filósofo, M. Mansel, quien repite el axioma de Spinoza, según el cual toda definición de Dios importa una limitación, *omnis determinatio est negatio*, envolviendo por lo mismo un contrasentido.

La hipótesis de la creación, efectuada por un poder exterior é independiente, es, según Spencer, tan absurda como la hipótesis del ateísmo. Si bien es aquella la más común y aparentemente satisfactoria, encierra como el ateísmo la imposibilidad de concebir la existencia por sí. Pero esta argumentación es increíble en un filósofo tan ilustrado como Spencer, porque, en efecto, si el ateísmo es absurdo, depende de que en dicho sistema se admite como punto de partida la existencia eterna del mundo, no obstante reconocerse su naturaleza contingente y finita. Mientras que en Dios se encierra la causa de su propia existencia, que no ha tenido principio ni tendrá fin. La existencia por sí misma es absolutamente necesaria; si debiera el sér á un poder extraño, éste sería el verdadero Dios, á menos que se admita una serie

infinita de potencias exteriores, respecto de cada una de las cuales siempre cabría la misma dificultad: ¿cuál ha sido el origen de ese poder?

El principio de contradicción, que es el primer elemento de todo raciocinio, demuestra hasta la evidencia que las cavilaciones de Spencer no resisten al más ligero examen. No hay término medio en este dilema: hay Dios ó no hay Dios. Por consiguiente, si el ateísmo es una doctrina radicalmente falsa, debe necesariamente admitirse la idea y la realidad de un Sér supremo. Luego, no es cierto que la creencia en Dios sólo pueda justificarse como un acto de fe, ni mucho menos que contradiga las conclusiones de la ciencia. Ella envuelve la única explicación del mundo y ha sido plenamente admitida por todos los pueblos desde la más remota antigüedad. La religión no se limita á afirmar que hay algo inconocible; tampoco pretende dar una explicación concluyente de la esencia del misterio; limitándose á sostener que hay una causa primera, infinita é inteligente, dotada de todas las perfecciones. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas.» Estas palabras del

Evangelio encierran más filosofía que todos los sistemas humanos; pudiéndose repetir con el poeta Coppée que, bajo cada palabra del libro sagrado, brilla la verdad como una estrella y palpita como un corazón.

Pero Spencer, siguiendo á Mansel, trata de destruir la noción de Dios, afirmando que no podemos concebirlo consciente ni inconsciente, simple ni compuesto, uno ni múltiple, personal ni impersonal. El concepto del Sér absoluto está lleno de contradicciones, bajo todos aspectos. Hay contradicción, dice, en suponer que existe, y en suponer que no existe: en imaginarlo activo é inactivo, en concebirlo como la suma de toda existencia y en considerarlo como una existencia parcial, en un palabra, es tan falso decir que es, como decir que no es. Y á renglón seguido agrega que la existencia positiva de lo absoluto es un dato necesario de nuestra conciencia, y que por lo tanto, la creencia que se funda en ese dato debe ser más evidente que todas las demás. « La religión, agrega, tiene el gran mérito de haber vislumbrado siempre el último principio y no haber cesado jamás de proclamarlo. » ¿Cómo se explica tal cúmulo de contradicciones?

« Se podría escribir muchos volumenes sobre la

impiedad de las gentes piadosas.» Spencer encuentra que es una pretensión arrogante la de los filósofos y teólogos, que se permiten hablar de Dios, como de algo inteligente y libre. Todo el mundo, dice, ha oído hablar de aquel rey, que sentía no haber presenciado la creación, porque hubiera podido dar muy buenos consejos al Creador. Ese rey era la humildad misma, al lado de los que tienen la pretensión no sólo de comprender las relaciones del Creador con las criaturas, sino también de saber cómo es el Creador. Y abundando en la crítica, pone el ejemplo del reloj, que para explicar su funcionamiento, atribuyera al relojero una naturaleza idéntica á la suya. El símil no es muy feliz, porque los teólogos y los filósofos, lejos de atribuir á Dios la naturaleza imperfecta del hombre, le reconocen la inteligencia y la bondad en grado infinito. No es el hombre, por más que ocupe el puesto más eminente de la naturaleza, más que el reflejo pálido é infinitamente remoto de la divinidad, algo como la más débil chispa comparada con el sol.

El filósofo inglés entiende que las viejas escuelas han creado un fantasma, construyendo á Dios como un monarca solitario, que reina silenciosamente en la región del sueño. Queriendo hacer vivir á ese

Dios, no han conseguido otra cosa que hacerlo vivir pobremente, adornándolo con algunas facultades, análogas á las del alma humana. En el fondo, lo convierten en un alma humana más grande.

La misma doctrina desarrolla Vacherot, combatiendo á Platón, Descartes y Leibnitz, que han compuesto una concepción metafísica, bajo la base de un antropomorfismo neto y puro. Vacherot, con Strauss y Hegel, no comprende más que el infinito, á la condición de que sea todo. Si no es todo, no es nada. De donde se sigue que Dios no puede ser personal, porque lo infinito contiene y abraza todo, mientras que la personalidad es un yo concentrado en sí mismo, por oposición á otro yo. Hay, pues, contradicción en suponer una personalidad infinita. Este argumento sería verdadero, si la palabra infinito debiera entenderse como comprendiendo la totalidad de las cosas, lo que sería caer en el panteísmo. Pero el término de infinito, desde San Agustín á Descartes, no indica un atributo especial, sino el carácter común de todos los atributos divinos. Lo infinito es la perfección infinita, es la ciencia y el poder sin límites, es la eternidad y la inmensidad, ó más bien, el acto eterno siempre presente. Sér infinitamente, dice á cada instante Fenelon, el más grande intér-

prete de esta noción metafísica, es ser infinitamente bueno y perfecto. Lejos, pues, de que el infinito sea el todo, todos los seres, sólo designa la forma perfecta del sér.

Lo contrario importaría caer en el más vulgar panteísmo, en el error que confesaba San Agustín como una tentación de su juventud, concibiendo á Dios á manera de una substancia infinita, que envolvía y penetraba la masa limitada del universo, parecida á un mar sin límites, y en medio del mar una esponja de considerable tamaño.

Los que no quieren que nos formemos ni la más remota idea de la divinidad, repiten á cada paso el célebre axioma de Spinoza, aplicado con tanta fuerza por Hamilton, á saber, que toda determinación es una negación, y formulan contra todas las iglesias el desafío de dar sobre Dios una idea, que no implique una limitación de su esencia. La escuela positiva sólo quiere ver en la vida universal una colección de individuos, cayendo así en el ateísmo, de lo que resulta que el positivismo, por más que se vanaglorie de ser la escuela de los sabios, es lisa y llanamente una doctrina anticientífica, puesto que priva á la ciencia de todo punto de apoyo, dejando sin explicación plausible el misterio del universo.

La otra teoría que se nos opone, el panteísmo, suprime la distinción entre Dios y el mundo, divinizando todo y destruyendo la moral. En vano dicen que nada hay vil en la casa de Júpiter. El mal se encuentra en el mundo, y la conciencia jamás renunciará á la distinción entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo, entre lo justo y lo injusto.

La doctrina espiritualista es la única que demuestra la naturaleza del gran misterio, en cuanto puede alcanzarlo nuestra limitada inteligencia. Ella afirma la perfecta realidad de un Dios vivo, causa suprema de todo lo que existe. « La verdadera manera de probar que Dios existe, decía Leibnitz, es buscar la razón de la existencia del mundo, que se reduce al conjunto de las cosas contingentes ». El mundo no puede ser la causa de sí mismo. La vida inconsciente no puede ser el origen de la inteligencia, ni una causa mecánica puede engendrar el orden y la armonía de lo creado.

Si el espíritu es la forma superior de la vida, es absurdo atribuir á la ciega naturaleza el sistema maravilloso de las leyes, que rigen el mundo, porque no se concibe que los efectos sean superiores á la causa. Es más lógico suponer la inteligencia en el origen de las cosas. Anaxágoras decía que lo inteli-

gible debía salir de la inteligencia ; pero desde Hegel hay que creer lo contrario : es la inteligencia la que dimana de lo inteligible, lo racional existe antes que la razón.

Pero se replica que, aun cuando el mundo fuera distinto del que conocemos y obedeciese á otras leyes, no por eso dejaríamos de pensar en la existencia de un supremo ordenador. Y este argumento nada prueba contra nuestra tesis, porque, efectivamente, siempre tendríamos que llegar á idéntico resultado. Con el mundo actual y con todos los mundos posibles, la contingencia de los seres creados, fatalmente tendría que hacernos admitir la realidad de un sér necesario.

El último reproche que se dirige á la filosofía espiritualista, es que carece de novedad, estando reducida á la doctrina del Dios transcendente, de la causa suprema, distinta y separada de los efectos que produce ; pero, como lo reconoce el mismo Spencer, nada hay que innovar en las grandes cuestiones de la metafísica. Haciendo á un lado el espiritualismo, la filosofía moderna se reduce al ateísmo y al panteísmo, ninguno de los cuales tiene títulos para proclamarse original, encontrándose ambos claramente sostenidos desde los primeros tiempos de la filosofía

griega. Por eso se ha dicho con toda exactitud que las teorías modernas son precisamente las mismas, que se han ofrecido á la especulación de los filósofos desde la más remota antigüedad.

Ó bien el mundo se explica por sus propias leyes, como lo sostienen los ateos, los naturalistas y los positivistas ; ó bien todos los fenómenos se identifican con la substancia universal, la única que existe realmente, en el infinito del espacio y del tiempo, según la teoría panteísta.

Los filósofos jónicos resolvieron el problema en el sentido de una filosofía de la naturaleza ; los eleatas se inclinaron á admitir el panteísmo. Los ateos de nuestros días adoptan el primer sistema, sosteniendo que el mundo existe en sí y por sí. Spinoza, Hegel y todos los panteístas adoptan la solución inventada por Parménides, sin agregarle ni quitarle nada.

« El día en que un hombre vino á decir que había en la naturaleza una inteligencia, que es causa del arreglo y del orden del universo, este hombre pareció haber conservado él sólo la razón, en medio de la locura de sus antepasados ».

Así habla Aristóteles del gran filósofo Anaxágoras. ¿Cuál es el principio que debía distribuir los elementos y ordenar el universo? No es la casualidad

ni el destino, palabras vacías de sentido ; es la inteligencia y el pensamiento : « todas las cosas estaban confundidas, vino el pensamiento que las separó y creó el orden ». Caro manifiesta no conocer nada tan sublime fuera de la palabra del Génesis : que la luz sea, y la luz fué. Anaxágoras concibe á la vez la causa, el pensamiento, el espíritu divino, y estas grandes ideas, la causalidad, la inteligencia de Dios, su espiritualidad, nacen juntas y se encuentran asociadas en el tiempo, como lo están en la lógica del espíritu humano.

No hay, por consiguiente, mayor originalidad en repetir las teorías de Demócrito ó Parménides, que en aceptar la idea de Anaxágoras. Ellos han planteado las tres principales soluciones, que pueden explicar el origen de las cosas : la energía propia de la materia, el principio abstracto del universo, la causalidad divina. El espíritu tiene su círculo fatal de soluciones, dentro del cual se desenvuelve. No hay ni variedad ilimitada, ni ausencia de ley en la manera de engañarse, pudiendo repetirse una vez más que no hay nada nuevo debajo del sol.

El mismo Caro, completando el pensamiento de Anaxágoras y siguiendo las huellas de Platón, formula la definición espiritualista de Dios en términos

precisos, aclarando en lo posible la significación del concepto.

Dios no es, desde luego, la substancia única, ni la totalidad de los seres; un Dios que se realizara en la naturaleza, tendría todas sus imperfecciones. Tampoco es el tipo engrandecido del alma humana: figurarse á Dios como una alma perfeccionada, sería caer en el más grosero antropomorfismo. ¿Será entonces, á la vez, perfecto é infinito, ideal y real, universal y personal? Será todo eso, evidentemente; salvo reservas y explicaciones.

En estas materias, agrega, todo depende de definiciones exactas. Tomadas en cierto sentido, las palabras infinito, ideal, universal, no son contrarias á las ideas de perfección, de realidad, de personalidad: pero es cierto que habría una contradicción enorme en afirmar que el infinito es perfecto, si el infinito significa todo, como lo habría en decir que lo universal es una persona, si se comprende la universalidad de los seres. En este sentido, Dios no es ni lo infinito, ni lo ideal, ni lo universal, porque no es ni la totalidad de los seres, ni una abstracción.

Hay que precisar el genuino sentido de las palabras. Strauss, como verdadero hegeliano, entiende por infinito el todo, la totalidad de los seres, y así

no le es difícil convencernos de que haciendo á Dios personal, incurrimos en una grosera contradicción, la que da pie al mismo Spencer para impugnar la definición de Dios.

Es necesario volver á las simples expresiones de la vieja metafísica. Dios es la primera causa, el sér de los seres, la inteligencia eterna; pero es una causa transcendental, distinta de la serie de sus efectos. El será, pues, sino la substancia del sér cósmico, al menos el principio de la realidad de este sér; su acto, su pensamiento lo envuelven y lo penetran. El último átomo subsiste por una ley matemática, que es el pensamiento divino, constituyendo la materia en su grado más humilde y manteniéndola en las condiciones inteligibles del sér; la ley del organismo, principio de la energía plástica, que se revela en los cuerpos y dispone las partes en vista de un propósito común, la fórmula viviente de cada tipo, encerrando la vida en los cuadros invariables de la especie. Al mismo tiempo, Dios será el modelo perfecto del alma humana, la inteligencia suprema en acto eterno, que el alma humana imita en su acto contingente.

Un último rasgo y la definición quedará terminada. Este Dios vivo, este Dios inteligente, es tam-

bién el Dios amante. Los filósofos de la escuela crítica, después de negar á Dios, se complacen en el sentimiento de lo divino, en el consuelo de refugiarse, en las horas de tristeza y aflicción, invocando al Padre Celestial. Pero este lenguaje místico carece de sentido, si el Padre á quien se adora no existe en realidad, si no conoce ni ama á sus criaturas. Un Dios que no amara no sería digno de ser adorado. No se adora una ley, por simple y fecunda que sea; no se adora una fuerza, si ella es ciega, por poderosa y universal que se la suponga; sólo se adora á un sér, que sea la perfección viva, la perfección de la realidad bajo sus formas más altas, el pensamiento y el amor.

Ese Dios es el que ha creado el mundo para su gloria y la felicidad del hombre, siendo una blasfemia imaginar que el Padre común lo haya traído á la vida para abandonarlo desheredado, en medio de las borrascas de este mundo.

Acabamos de ver cuáles son las teorías de Spencer, respecto de lo inconocible. Para dar una idea de su sistema filosófico, es necesario completar el estudio, relativamente á lo conocible.

Spencer define la filosofía como el conocimiento perfectamente unificado. La filosofía tiene por objeto

las manifestaciones de lo inconocible, cuyas divisiones capitales son el yo y el no yo, porque detrás de todos los fenómenos existe una región ignorada, que escapa á todo conocimiento. Las condiciones inmutables, en que se nos ofrece lo inconocible, son la materia, el movimiento y la fuerza. En cuanto al espacio y al tiempo, cuya naturaleza es también inconocible, son las condiciones inmutables de las manifestaciones subjetivas. La materia es indestructible; el movimiento nunca cesa; la fuerza subsiste siempre, transformándose y verificándose continuamente una repartición de la materia y del movimiento.

La fórmula exacta de la ley de evolución, que Spencer desarrolla, tanto en el mundo orgánico como en el inorgánico, es la siguiente; la evolución es la integración de la materia y la dispersión correspondiente del movimiento, mientras que la materia pasa de una homogeneidad indefinida, incoherente, á una heterogeneidad definida, coherente, sufriendo el movimiento conservado una transformación correspondiente. De ahí deduce que la creación visible no ha podido tener un principio, ni un fin determinado.

La materia es indestructible, el movimiento continuo, y la fuerza persiste siempre. Spencer rechaza

la palabra *conservación* de la fuerza, porque supone un conservador y un acto de conservar; lo que no impide que en el mismo capítulo diga textualmente: « hay, pues, entre la religión y la ciencia una conformidad profunda. No sólo ambas confluyen en la proposición negativa, de que no es posible conocer lo no relativo, sino también en la proposición positiva, de que lo no relativo tiene existencia real. Ambas se ven obligadas á confesar que la realidad última es inconocible; y no obstante, se ven también forzadas á admitir su existencia, puesto que sin ella ni la religión tiene objeto, ni la ciencia subjetiva y objetiva tiene su dato primordial é indispensable. Sin suponer el sér absoluto, no podemos establecer una teoría de los fenómenos internos, ni una teoría de los fenómenos externos ».

La hipótesis de la creación es absurda; falta de toda base experimental, porque nadie ha visto la creación de una especie. Supone, además, el establecimiento de una relación imposible entre la nada y el sér. Pero esta consecuencia sería verdadera, si pretendiéramos que la nada absoluta hubiese podido dar nacimiento al mundo, mientras que la teoría espiritualista empieza por reconocer que siempre ha existido un sér omnipotente y perfecto. No es la

nada la que ha producido algo, sino la realidad infinita, el sér de los seres, cuya actividad no ha tenido principio ni tendrá fin.

Partiendo de estos principios, Spencer reduce toda la moral á un utilitarismo racional, que tiene lugar cuando se hacen entrar los fenómenos morales en la ley de evolución.

Lo inconocible de Spencer, que á pesar de serlo se nos revela en los diversos órdenes de los fenómenos, en el sujeto y en el objeto, en el espíritu y en la materia, en el tiempo y en el espacio, es considerado por él como la realidad suprema, que sirve de fundamento á todo sér. Tal noción envuelve, por lo tanto, la más extraña de las contradicciones; y como encierra una idea de Dios muy cómoda y elástica, se explica fácilmente que haya encantado á las logias masónicas. Ese concepto del Sér supremo conviene admirablemente, como dice Gruber, á una asociación en que se congreguen judíos y musulmanes, cristianos y hotentotes, panteístas y materialistas. Es la liquidación de todas las religiones, condenadas á la síntesis más indeterminada. Los mismos sabios positivistas rechazan la doctrina de la evolución como frívola y superficial, como fantasía darwiniana (palabras de Dühring).

J. STUART MILL

Su positivismo. — El utilitarismo. — Realidad de la materia
Crítica de Stanley Jevons y de Brochard

Este filósofo economista representa con Spencer el movimiento positivista en Inglaterra. Resumiendo sus doctrinas, se ha notado que, en lógica y psicología, se inclina á un empirismo positivo escéptico; en política, al radicalismo y al individualismo; en moral, al utilitarismo; y en ciencia social, al socialismo moderado.

Stuart Mill recibió de su padre una educación antirreligiosa, siendo educado con tanta severidad, que su biógrafo, Alejandro Bain, cree que nadie ha estudiado tanto como él antes de la edad de 20 años.

Ya hemos visto que mantuvo estrecha relación con Augusto Comte, para quien levantó subscripciones de dinero entre sus amigos; enfriándose la vinculación entre los dos filósofos, cuando los subsidios se suspendieron. Mill, sin embargo de no seguir á Comte en el segundo período, *later comtism*, conservó siempre entusiasta admiración por el fundador del positivismo. Teniendo aversión por

toda tiranía de la sociedad sobre el individuo, rechazaba la constitución despótica. imaginada por Comte, como también sus críticas al protestantismo; y por último, le reprochaba haber olvidado la economía política.

En esta materia, Stuart Mill preconizaba la mayor libertad comercial y la propiedad en común sobre los materiales brutos del globo. Su originalidad depende de la posición en que se ha colocado, relativamente á la propiedad y á la renta, entre el socialismo anticapitalista de Proudhon y el optimismo de Bastiat. Él sostiene que la propiedad del suelo sólo debe acordarse al propietario condicionalmente, porque el suelo, existiendo en cantidad limitada, su dominio importaría un monopolio. Ningún individuo, dice, debe adquirir un derecho absoluto de propiedad sobre la tierra, porque ésta no es creación del hombre.

Son conocidas sus opiniones contrarias á la Biblia. « Nunca se resolvería á adorar como un sér bueno á un sér privado de las cualidades, que la razón humana concentra en la idea de bondad; y si fuera necesario ir por ese motivo al infierno, iría al infierno. »

Mill condena el egoísmo, encarnado en las insti-

tuciones modernas, y proclama la emancipación de la mujer.

En los cuerpos, ve únicamente las causas externas desconocidas, que producen nuestras sensaciones; y en el espíritu, los recipientes desconocidos de esas mismas sensaciones. Rechaza, además, las nociones universales y la abstracción propiamente dicha.

En moral, se adhiere al utilitarismo, palabra inventada por él en ese sentido. El fin de los actos morales se subordina á la mayor felicidad. Y por último, en materia religiosa, después de haber profesado las creencias de su padre, mirando la religión como un mal, ha reaccionado, reconociendo que la existencia de Dios es verosímil y que el orden sobrenatural no debe ser eliminado tan ligeramente.

No se puede saber si admite la realidad de la materia: á veces la considera como objetiva, y otras veces afirma que es una simple apariencia, un fenómeno puramente subjetivo. Como el filósofo escéptico que negaba todo, á pesar de lo cual disparaba ante la acometida de un perro rabioso, él podía también contestar que es difícil despojarse por completo de la naturaleza. Sus contradicciones provienen de las mismas ideas que sostiene: negando la realidad

objetiva y la existencia de ideas universales, por mucho talento que tenga, ningún filósofo es capaz de fundar un sistema racional. Si se levanta una polvareda, el resultado inevitable es que después no se ve nada claramente. No es extraño, entonces, que Stanley Jevons, el conocido profesor de filosofía en la universidad de Londres, haya formulado tan severa crítica, declarando que el estudio de las obras de Mill le ha causado penosa impresión, algo como una pesadilla insoportable. « No hay casi materia de cierta importancia, sobre la cual no se haya pronunciado de una manera formal; y sus decisiones son tenidas por sus admiradores como oráculos; pero la verdad es que la inteligencia de Mill es absolutamente ilógica. El sofisma está á veces tan embrollado, que se hace necesario un gran esfuerzo para desatar el nudo. Durante los últimos diez años, he adquirido la convicción de que la reputación de Mill ha dañado considerablemente á la causa de la filosofía y de una sana educación intelectual. » *(Contemporary Review.* Diciembre de 1877.)

Proscribir lo universal, agrega Víctor Brochard, es introducir en el pensamiento el desorden y la anarquía. No es, como se pretende, realizar un progreso. La lógica cree salvarse, emancipándose de lo

universal; pero de ese modo se pierde, porque su alianza con el empirismo la destruye, siendo la falta capital de Mill haber querido conciliar cosas inconciliables.

T. H. HUXLEY

El agnosticismo. — Monismo. — El batibio. — La luz antes que el sol. — La biblia y Bossuet. — El monismo y la generación espontánea. — Pasteur.

Es el que ha introducido la palabra agnosticismo. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Esta cuestión jamás tendrá respuesta. Siempre se levantará el enigma en la ribera sin fin de lo desconocido.

Todo el reino vegetal y todo el reino animal provienen cada uno de un sólo tipo primitivo, èsto es, de mucosidades desprovistas de estructura y producidas en virtud de la generación espontánea. Huxley pretendía haber descubierto en el fondo del mar su famoso *bathybius* en 1868 y lo bautizó con el nombre de Haeckel; pero tal substancia no tardó en ser reconocida como un conjunto de mucosidades, desprendidas de las esponjas y de ciertos zoófitos, como lo demostró Milne Edwards en la sesión del Instituto, de 15 de octubre de 1882. No queda, pues, en el

mundo científico, más teoría que la de la creación, confirmándose cada día la narración de Moisés. La objeción capital, formulada contra la Biblia, esto es, que la luz fué creada antes que el sol, se ajusta admirablemente á todas las conclusiones de la ciencia, puesto que la materia cósmica, necesariamente luminosa, existió en estado nebuloso, mucho antes de formarse por su concentración los cuerpos celestes.

Los antecedentes de las fuerzas desplegadas por nuestro sistema solar, dice Spencer, pertenecen á un pasado, del que jamás podremos tener sino un conocimiento probable. Por numerosas que sean las razones en pro de la hipótesis nebular, hay que admitir que la materia de que se forma el sistema solar, ha existido antes en estado difuso, bastando la gravitación de sus diversas partes para producir su estado y movimientos actuales. En efecto, grandes masas de materia cósmica, precipitada, moviéndose hacia su centro común de gravedad, han debido producir luz y calórico, mucho antes de haberse definitivamente condensado para formar los cuerpos astronómicos.

¡ La luz antes que el sol ! Todo su gran genio no le permitió á Bossuet aclarar esta aparente dificultad, y solamente la fe lo salvó de poner en duda la verdad

contenida en el Génesis. « Plugo al Gran Artífice, dice en la Historia Universal, crear la luz aun antes de reducirla á la forma', que después le dió en el sol y en los demás astros, porque quería enseñarnos que esos grandes y magníficos luminares, que algunos han pretendido divinizar, no tenían, por sí mismos, ni la materia preciosa y brillante de que están compuestos, ni la admirable forma á que los vemos reducidos. »

Evidentemente, esta explicación de Bossuet, si bien honra sus sentimientos religiosos, no encierra una conclusión estrictamente científica. Hoy todo el mundo sabe que cada molécula de la materia posee cierta cantidad de luz, de calor y de electricidad, la que le es propia, independientemente de los rayos solares ; de manera que Moisés no dijo un contrasentido al distinguir la luz primitiva, de la que emanaba más tarde del sol, es todavía el principal foco de la que recibe la tierra. No se concibe el colosal movimiento de la materia nebular, que produjo la formación de los astros, sin admitir, al mismo tiempo, la producción de luz y electricidad. El genio del legislador hebreo, que no se propuso escribir un tratado de astronomía, ni pretendía tener competencia en la materia, recoge así un nuevo tributo de gloria,

debiendo reconocerse que lo favoreció una revelación venida de lo alto, ó al menos una adivinación maravillosa de los misterios de la naturaleza.

Nuestro filósofo substituye al principio de la creación la hipótesis del monismo, desarrollada en Alemania por Haeckel. La fuerza y la materia bastan para explicar el origen del mundo. Todo átomo se encuentra dotado de movimiento y sensibilidad. Para explicar el origen de la vida, se inventa el protoplasma, substancia fundamental de todo organismo, producida por la unión directa de elementos químicos preexistentes. Y este problema, que Du Bois-Reymond califica como un mecanismo dificilísimo, realizado en circunstancias desconocidas, parte de la base de la generación espontánea, y constituye « un capítulo de la historia química del carbono ». El mundo es uno y contiene en sí mismo la razón de sus transformaciones. Unidad de fuerza y unidad de materia : ahora bien, ¿ cuál es el origen mismo de la materia y del movimiento ? Y cómo la materia ha podido por su propia energía desenvolverse durante siglos y siglos, hasta dar nacimiento á seres, dotados de inteligencia y voluntad ? He ahí adonde nos lleva la manía de rechazar la intervención divina en la creación del universo ; pero el monismo es

mil veces más inexplicable, á lo que se agrega que carece de toda base científica, sobre todo después de haber comprobado el ilustre Pasteur la imposibilidad absoluta de la generación espontánea.

DARWIN

La raza y la especie. — Cuvier. — Lamarck. — Selección natural. — Origen del hombre. — Virchow y Quatrefages. — Formas intermedias. — Críticas de los naturalistas.

Este sabio naturalista, de universal renombre, partiendo de la imperfección, que atribuía á las clasificaciones conocidas del reino animal, ha supuesto que todos los animales y todas las plantas derivan de un pequeño número de formas primitivas, probablemente de una sola, y que las diversas modificaciones que sufren tienen lugar según el principio de la selección natural.

El punto de partida de los descubrimientos de Darwin fué un hecho tan prosaico, que ningún metafísico se hubiera dignado advertirlo, lo que prueba que la metafísica, como dice Janet, debe de habituarse á mirar, no sólo encima de nuestras cabezas, sino también alrededor de nosotros, y á nuestros pies. El sabio fué conducido á formular su sistema, ob-

servando los resultados obtenidos por los criadores de animales en las exposiciones, en virtud del método de selección ó de elección. Cuando se quiere obtener el mejoramiento de una raza, en una dirección determinada, por ejemplo, la gordura, la talla, la ligereza, se eligen los animales más notables en el sentido de la cualidad buscada; y al cabo de varias generaciones se obtendrán razas perfeccionadas. Lo que el hombre consigue deliberadamente, Darwin pretende que lo realiza también la naturaleza, en virtud de fuerzas ciegas. Y debe creerse en la sinceridad con que funda su sistema, teniendo en cuenta que consagra la mitad de su libro á exponer las dificultades y objeciones formidables, que encarnan sus propias teorías.

Una de las mayores es suponer el pasaje de la elección artificial á la elección natural, estableciendo que una naturaleza ciega y sin designio ha podido conseguir, por casualidad, el mismo resultado que obtiene el hombre por una industria calculada.

Ahora bien, la naturaleza es incapaz de tal elección, que implica la unión de determinados animales, dotados respectivamente de tal ó cual carácter ó modificación accidental, y la repetición del mismo hecho hasta la fijación de una nueva raza.

El gran naturalista Buffon se opone al transformismo, sosteniendo la fijeza de las especies, no sólo porque así lo enseña la revelación, sino también porque, desde el tiempo de Aristóteles hasta nuestros días, no se han visto aparecer especies nuevas, á pesar del número infinito de combinaciones, que han debido hacerse durante esos veinte siglos, á pesar de los ayuntamientos fortuítos y forzados de los animales de especie remota ó próxima, que sólo han producido individuos viciados y estériles, incapaces de formar razas nuevas.

Cuvier se pronuncia categóricamente en el mismo sentido. Ha examinado los más antiguos documentos sobre las formas de los animales, concluyendo que son de una semejanza perfecta con las especies conocidas en la actualidad. Si las razas antiguas, lentamente transformadas, se han convertido en las razas actuales, han debido existir razas intermedias, que nadie ha visto. Esta objeción es de tal gravedad, que el naturalista Geoffroy Saint-Hilaire confiesa que basta para reducir á una mera hipótesis la teoría darwiniana.

Lamarck ha sido el primero que sistematizó las teorías evolucionistas. Según él, los organismos inferiores son el producto de una generación primi-

tiva: bajo la influencia del medio ambiente, las funciones del sér vivo se modifican progresivamente, y por lo tanto, se modifica también la estructura de los órganos. Funciones repetidas desenvuelven los órganos correspondientes, mientras que el no ejercicio deja á los mismos órganos en estado rudimentario. Estas transformaciones se transmiten por herencia, formando al principio las variedades y después las especies y los géneros.

Darwin ha seguido la teoría de la adaptación de Lamarck para apoyar su sistema, estableciendo la fórmula de la selección natural como el gran principio de la evolución. Si se pueden producir artificialmente nuevas variedades de plantas y de animales, parece lógico explicar la existencia de las especies en el reino vegetal y en el reino animal, por la hipótesis de una selección análoga, obtenida mecánicamente por la marcha misma de las leyes naturales.

Funda todo su sistema en tres hipótesis: una variabilidad inherente á todos los seres vivos; la lucha por la existencia, que desempeña el papel de una selección natural; y por último, la herencia, que consolida las modificaciones favorables, que se van acumulando durante un número incalculable

de siglos. De ese modo, todas las especies del reino vegetal y del reino animal han salido de un solo organismo primitivo, ó al menos, de algunos organismos primitivos.

Pero el mismo Darwin decía: « yo no pretendo investigar los primeros orígenes de las facultades mentales de los seres vivos, ni tampoco el origen de la vida ». Y en cuanto á la generación espontánea, oponía su doctrina á la de Lamarck, declarando textualmente: « no tengo necesidad de decir que la ciencia, en su estado actual, no admite que seres vivos se elaboren por sí mismos, en el seno de la materia inorgánica ».

En la primera edición de su libro *Origen de las especies,* atribuía expresamente la aparición de la vida á la intervención de un creador. Más tarde, se dejó arrastrar por sus partidarios más radicales, Haeckel y Huxley, á afirmaciones contrarias á la creación y á la espiritualidad del alma. Pero indudablemente vacilaba en sus opiniones religiosas, y aun cuando se decía agnóstico, afirmaba que la doctrina de la evolución es conciliable con la creencia en un Dios.

Por lo demás, él mismo reconoce haber exagerado la influencia de la selección natural y de la su-

pervivencia del más apto. « Yo no había tenido cuenta de numerosas formaciones, que en cuanto podemos juzgar, no parecen ser ni útiles ni dañosas, y ese es uno de los grandes errores que he descubierto en mi obra. Las causas de las modificaciones del organismo residen mucho más en la constitución misma del organismo que en la naturaleza de las condiciones á que está sometido. » (*Descendencia del hombre,* tomo I, pág. 152.)

Los transformistas sostienen que el hombre desciende de un mamífero cuadrumano velludo, provisto de una cola y de orejas puntiagudas, que vivía en los árboles y habitaba en el mundo antiguo. Según ellos, el hombre no desciende de ninguno de los monos antropoides actuales. No es necesario recordar que, á pesar de estar las entrañas de la tierra suficientemente exploradas, nadie ha encontrado huellas de los supuestos progenitores del hombre. Este solo hecho basta y sobra para desacreditar la teoría de Darwin ; porque, efectivamente, para llegar á la formación de la especie humana, debieron necesariamente existir muchas generaciones de monos antropoides.

Ni la variabilidad, ni la herencia, ni la modificación de los tipos, ni la lucha por la existencia, po-

drían jamás llegar á la formación de nuevas especies. La misma selección artificial no traspasa ciertos límites, porque la tendencia á volver al tipo originario predomina fatalmente. En cuanto á la lucha por la existencia, por más que sea un hecho real, no impide que los seres inferiores vivan en paz al lado de los más fuertes.

La doctrina de Darwin es insuficiente para explicar los fenómenos de la vida animal. Es conocido el caso de las hormigas neutras obreras, que no se reproducen y se encuentran en la imposibilidad de transmitir por herencia sus instintos. Las hormigas hembras, únicas que se reproducen, no podrían engendrar hormigas obreras, transmitiéndoles un instinto de que carecen. Por otra parte, si las modificaciones de los órganos se realizan gradualmente durante un larguísimo tiempo, tampoco se explica la presencia de los órganos rudimentarios, que son inútiles mientras no están formados, desde que la teoría de Darwin supone que el organismo sólo conserva las modificaciones útiles en la lucha por la existencia. ¿Cómo un organismo puede transmitir propiedades que no posee, ó que ha dejado de poseer? Darwin contesta, hablando de la posesión latente de ciertas propiedades, teoría que implica el

reconocimiento de un principio, de una finalidad en la evolución, incompatible con su explicación puramente mecánica de la naturaleza.

Uno de los críticos más autorizados expone que el darwinismo hace del animal una máquina, y al mismo tiempo le exige á la máquina que se perfeccione por sí misma. Virchow ha declarado expresamente que la teoría de la evolución no pasa de ser una hipótesis sin pruebas, y que sería un grave peligro para la ciencia partir de esa teoría para substituir una concepción naturalista del mundo á las conclusiones del cristianismo. Los seres vivos, expone Robin, evolucionan solamente entre la monstruosidad y la muerte, pero de ningún modo hacia el cambio de una especie en otra. Y Quatrefages, muy conocido por sus trabajos zoológicos y antropológicos, declara que la doctrina de la evolución tal como Darwin la ha presentado, y mucho más aun en la forma que le han dado los sucesores del maestro, Romanes y Haeckel, está en contradicción con los hechos. Guardémonos, escribe, de sacrificar el saber positivo á las hipótesis, bajo pretexto de progreso. En una palabra, no soñemos lo que puede ser, olvidando lo que es en realidad. (*Carlos Darwin y sus precursores franceses,* pág. 375.)

Esta opinión es tanto más significativa, si se recuerda que el mismo Darwin la respetaba altamente, declarando que el conjunto de la exposición de Quatrefages era notable por su claridad ; que esa discusión lo había interesado desde la primera página á la última ; y agregaba que no era posible exponer mejor ni más completamente su doctrina, por lo que prefería tal crítica de su parte á los elogios de muchos otros.

No hay que confundir entre la *variedad* y la *especie*. Las razas humanas son variedades dentro de la especie y su mezcla da origen á individuos indefinidamente fecundos.

Las ciencias naturales demuestran la persistencia invariable de las especies. Dentro de los límites de una misma especie, se puede obtener artificialmente una gran variedad de formas, que llegan á convertirse en razas perfectamente definidas ; pero no hay ejemplo del paso de una especie á otra. El caballo de carrera no difiere específicamente del caballo de tiro, sucediendo lo mismo con las diversas razas conocidas en la especie bovina.

Cuando el hombre provoca artificialmente cruzamientos entre especies diferentes, los seres intermediarios que resultan se llaman híbridos y éstos no

pueden formar una nueva especie, porque ó son infecundos por completo, ó bien dan nacimiento á individuos que pertenecen á una de las especies primitivas.

Por lo demás, nunca se han encontrado las formas intermedias de transición ; siendo éste un argumento decisivo contra el transformismo. En efecto, verificándose la transformación de un modo extremadamente lento é insensible, debieran encontrarse innumerables huellas de las formas intermedias. Entretanto, nadie ha visto esos ejemplares, que acrediten el paso del reptil al ave, del pez al mamífero, ó lo que sería más fácil, del asno al caballo ó de la cabra á la oveja.

Por eso los sabios más respetables, prescindiendo de sus opiniones filosóficas, se han apartado de la teoría de Darwin. Quatrefages declara que no puede aceptar ninguna de las teorías transformistas, por que todas se basan en hipótesis, que están en flagrante contradicción con otros hechos generales, tan fundamentales como los que ellas mismas pretenden explicar. « En particular, todas estas doctrinas descansan en una derivación progresiva y lenta, en la confusión de la raza y de la especie ; desconociendo un hecho fisiológico innegable, á saber, el aislamiento de los grupos específicos, que sube

hasta las primeras edades del mundo y mantiene la conservación del cuadro orgánico general, á través de todas las revoluciones del globo. *(La especie humana,* pág. 74.)

Lo mismo sostienen Milne Ewards, Blanchard, Agassiz y otros naturalistas. Y Darwin, reconociendo las objeciones formuladas contra su sistema, ha tenido que decir que: « todas estas objeciones son muy graves sin duda alguna; tan graves, que eminentes paleontólogos como Cuvier, Forbes, Agassiz, Barrande, Pictet, Falconer, lo mismo que nuestros grandes geólogos Lyell, Murchison y otros han sostenido unánimemente, y á veces con fuerza, el principio de la inmutabilidad de las especies ». *(Origen de las especies*, pág. 438.)

HAECKEL

Monismo materialista. — Principio de la vida. — Problemas biológicos. — Claudio Bernard. — Bichat. — Cuvier. — Augusto Comte. — La química y la vida. — Spencer. — El alma. — Jouffroy y los espiritualistas. — La identidad humana. — El hombre y el mono. — Palabras de Estrada.

Debe ser estudiado al lado de Darwin, por haber exagerado la doctrina de la evolución, inventando el

monismo materialista, que, como ya hemos dicho, tiene por objeto encontrar el organismo primitivo y rudimentario, de que proceden todos los demás. Más audaz que su maestro Darwin, el célebre profesor de la universidad de Jena, ha aplicado la doctrina del transformismo al origen del hombre, creyendo encontrarlo en una raza de monos desaparecidos. Todo el reino vegetal y todo el reino animal vienen cada uno de un solo tipo primitivo, las moneras, que son mucosidades desprovistas de estructura, semejantes al famoso *bathybius*, descubierto en 1868 por Huxley.

Es sabido que el *bathybius* de Huxley ha sido después repudiado por su propio descubridor. En el primer momento metio mucho ruído en el mundo científico esa masa gelatinosa y amorfa, recogida en el fondo del mar y que se suponía dotada de vida, por haberse comprobado en ella confusos movimientos. Parecía que se acababa de descubrir el paso de la naturaleza inorgánica á la orgánica, de la materia á la vida. Pero pronto se desengañaron, convenciéndose de que la tal substancia era un precipitado de sulfato de cal, que se producía cuando se mezclaba el agua del mar con alcohol.

El argumento capital, invocado por Haeckel en

favor de sus afirmaciones. es el siguiente: no existe más que una alternativa, ó bien la fe ciega en la creación, ó bien la teoría científica de la evolución. Ahora bien, la duda es imposible para cualquiera que esté versado en las ciencias naturales. (*Antropogenia*, 406.)

Evidentemente, hay que decidirse por uno de los dos extremos, porque, aun admitiendo la eternidad de la materia, de la fuerza y del movimiento, es evidente que la vida no ha existido siempre en la tierra, que primitivamente se hallaba en estado ígneo y bajo la enorme presión de 300 atmósferas. Por lo tanto, si se rechaza la intervención de un creador, hay que admitir la hipótesis absurda de la generación espontánea, que los experimentos concluyentes de Pasteur han desautorizado por completo.

Los esfuerzos de Haeckel para sostener el darwinismo, bajo la forma del monismo materialista, han fracasado en el concepto de los mismos sabios racionalistas. Quatrefages declara que, por la dirección que le ha impreso, Haeckel es uno de los que han comprometido más el darwinismo. Su defensa del sistema se ha convertido en una demostración *ex absurdo*, dirigida contra la teoría del maestro; se ve cómo en el profesor de Jena, el filósofo monis-

ta domina y arrastra al sabio. Haeckel es uno de los niños terribles del darwinismo. Para otro sabio, el árbol genealógico del hombre, tal como aquél lo presenta, tiene el mismo valor que la genealogía de los héroes de Homero para la crítica histórica.

Invoca una fauna de especies imaginarias; y en cuanto á las formas que no entran en el cuadro, inventado por él *a priori*, las hace á un lado con pocos escrúpulos, contentándose con llamarlas falsas formaciones, falsas evoluciones *(cenogenesis)*. Por eso esclama Carlos Vogt que se invoca la cenogenesis por presunción, por ignorancia ó por pereza. Y en cuanto á los cuadros de embriogenia, que el profesor de Jena ha publicado como prueba de sus conclusiones, His y Semper los miran como otras tantas falsificaciones. Esta gravísima acusación es reproducida por Hamann, que ha sido durante 13 años discípulo de Haeckel: « para demostrar que los óvulos del hombre, del mono y del perro se asemejan, Haeckel ha hecho reproducir tres veces el mismo grabado, atribuyéndolo sucesivamente al hombre, al mono y al perro ».

Si el monismo es impotente para explicar el origen de la vida y el paso de la materia inorgánica á la materia orgánica, lo es infinitamente más para

explicar los complicados fenómenos de la biología y del alma humana.

Augusto Comte y su discípulo Carlos Robin definen la vida como una cadena continua de hechos químicos, y reducen el problema biológico á expresar, por medio de un pequeño número de leyes generales, la armonía que vincula el organismo con el medio ambiente, de tal modo que sea posible prever las funciones según los órganos, y recíprocamente. Robin y la escuela positiva subordinan la idea de la vida á la idea de organización; pero nacer, en el sentido biológico, es el primer momento en la acción vital, es la vida en lo más esencial de sus manifestaciones y no depende del organismo, prescindiendo del principio vital.

Oigamos á Claudio Bernard: « lo que es esencialmente del dominio de la vida, dice, lo que no pertenece ni á la química, ni á la física, ni á ninguna otra cosa, es la idea directriz de la evolución vital. En todo germen vivo, hay una idea creadora, que se desenvuelve y manifiesta por la organización. Durante toda su duración, el sér vivo queda bajo la influencia de esta misma fuerza vital creadora, y la muerte llega, cuando aquella desaparece. « El error de Augusto Comte y de sus discípulos proviene de

la aversión que les inspira la metafísica, al extremo de reemplazar las fuerzas vivas con la palabra « propiedad de la materia ».

Bichat define la vida como el conjunto de las funciones que resisten á la muerte. Tal es el modo de existencia de los cuerpos vivos, que todo lo que los rodea tiende á destruir. Pero esta definición contiene un error, porque el medio exterior no tiende continuamente á destruir los seres vivos que rodea; lejos de eso, es precisamente este medio el que les permite nacer, conservarse y desenvolverse. La fuerza vital es distinta de las fuerzas físicas ó químicas, pero obra sobre estas fuerzas y reglamenta la función del organismo dentro del medio.

Cuvier se hace una idea más justa, definiendo la vida como el doble movimiento, que compone y descompone sin cesar al sér vivo. La vida es un torbellino más ó menos rápido, más ó menos complicado, cuya dirección es constante y que arrastra siempre las moléculas de la misma especie en un cuerpo donde entran estas moléculas y de donde salen continuamente. Ese movimiento doble compone y descompone el animal: su organización permanece la misma, pero sus elementos varían á cada instante.

Los positivistas se empeñan en hacer resaltar el carácter químico de los actos de la vida orgánica. Pero, aun cuando el doble movimiento vital suponga hechos químicos, estos son insuficientes para definir y explicar la vida. Por eso se contesta acertadamente que, aun cuando cada nota, tomada aisladamente en una pieza musical, sea un hecho puramente físico, eso no impide que la composición musical sea otra cosa distinta. La vida no mantiene tan sólo el estado orgánico, ella lo produce ; no renueva solamente el organismo, sino que lo forma y lo crea ; pudiendo decirse que esta renovación es una creación permanente. Es esta formación, esta creación la que constituye el fin ; el hecho químico de composición no es más que el medio ; ó como decía gráficamente Claudio Bernard, « estos medios de manifestación físico-químicos son comunes á todos los fenómenos de la naturaleza, y quedan confundidos como las letras del alfabeto en una caja, adonde la fuerza vital creadora va á buscarlos, para formar los mecanismos más diversos ».

Queda, pues, en absoluto descartada, aun en el terreno meramente científico, la concepción positivista de la vida, que en su afán de suprimir á Dios y hasta la más remota idea de causa final, destruye

toda noción espiritualista, sin perjuicio de gratificar á los átomos con una alma sensitiva.

Pero Augusto Comte no se detiene ahí. Entrando en un materialismo definido, sostiene que todas las funciones intelectuales y morales corresponden á la biología, puesto que ninguna función puede ser estudiada separadamente del órgano, que la produce; y además, porque las funciones afectivas é intelectuales no pueden ser directamente observadas, mientras se están produciendo, sino únicamente en sus resultados.

Este razonamiento es en absoluto deficiente. Las funciones del alma sólo corresponden al dominio de la fisiología, en cuanto ésta estudia la organización de los sentidos corporales y su influencia en el desarrollo de las ideas. Pero el espíritu es algo superior á la materia animada, siendo el estudio de las facultades mentales independiente de los centros encefálicos. El espíritu puede estudiarse directamente por la observación interior y por la memoria. El biólogo á quien seguimos en este estudio, á pesar de sus tendencias materialistas, declara que el cerebro, los sentidos y los órganos de expresión dan origen á la persona humana y producen una realidad superior á su fuente biológica, del mismo modo que los fenó-

menos químicos concurren á producir la vida, que es una realidad superior á su base química. Taine refiere que Claudio Bernard le decía un día : sabremos la fisiología, cuando podamos seguir paso á paso una molécula de carbono ó de nitrógeno, hacer su historia y contar su viaje en el cuerpo de un perro, desde su entrada hasta su salida ; pero el gran fisiólogo francés estaba muy lejos de reducir la ciencia de la vida á las funciones químicas.

Spencer explica la vida por la teoría de la evolución. Empieza sosteniendo que la función da nacimiento al organismo, porque supone en la naturaleza el pasaje de un estado sin estructura á un estado de estructura, lo que envuelve un hecho anterior de actividad vital. La función es, pues, la causa determinante del órgano destinado á cumplirla. Pero ¿cómo se reparan los tejidos, gastados por la actividad vital? Para explicar este fenómeno, hace intervenir la hipótesis de las unidades fisiológicas, dotadas de una propiedad misteriosa, que llama polaridad. Spencer no admite ni la creación divina, que es incompatible con la actual ilustración y con los mismos atributos de Dios, ni tampoco acepta la generación espontánea, creyendo que el gran problema se descifra con las unidades fisiológicas, que evolu-

cionan en virtud de causas internas y externas. Lo que no explica es la formación de esas unidades fisiológicas, ni mucho menos su viaje eterno á través de todos los cuerpos organizados, hasta llegar á la formación del hombre. De modo que, en vez de admitir la acción de la providencia, que de una vez por todas suministra la explicación del universo, los corifeos del positivismo creen más sencillo inventar una materia, que por sí misma va desarrollándose hasta producir la sensibilidad y la inteligencia. Esa explicación del mundo es la más anticientífica y sólo tiene en su apoyo el fácil aplauso de los que atribuyen al ateísmo el signo de superioridad intelectual.

Si el origen de la vida permanece como un misterio para la ciencia incrédula, la existencia del alma es un enigma indescifrable. En efecto, las acciones físico-químicas no solamente resultan incapaces de originar la vida, no sólo son impotentes para explicar el fenómeno de la muerte, que se realiza á pesar de la persistencia de dichas acciones, sino que tampoco alcanzan el misterio transcendental de la existencia del alma, revelada por el testimonio de la conciencia íntima, que Descartes ha considerado como el cimiento de todas las verdades. El hombre puede dudar de todo, pero ese mismo acto de dudar es in-

concebible, si no se admite ante todo la existencia de la entidad que duda.

La psicología es la ciencia del alma. Por más que Renan la desprecie, mirándola como una abstracción compuesta de palabras sonoras sin aplicación práctica, no es menos cierto que el estudio aislado de la materia jamás nos dará la clave de la personalidad humana. Los mismos que niegan la existencia de un principio espiritual, distinto del organismo, se ven forzados á admitir la ciencia de los fenómenos, que la humanidad ha atribuido siempre á lo que se llama el alma, fenómenos conocidos por la conciencia y no por los sentidos. Tales son el pensamiento, la reflexión, la emoción, el amor, la memoria, la deliberación, la voluntad.

No es cierto que los psicólogos se encierren en la observación interior, eliminando los fenómenos exteriores, porque desde el tiempo de Aristóteles es demasiado sabido que nada hay en el entendimiento que primero no haya pasado por los sentidos, cuya misión es presentar al alma los elementos que ésta combina para raciocinar.

Jouffroy dice que á primera vista se reconocen en el hombre dos elementos, la materia y la vida. El hecho de la muerte, agrega, pone de manifiesto la

existencia de los dos elementos, que entonces se aíslan, permaneciendo la materia del cuerpo, mientras la vida desaparece. La vida consiste en el yo, cuyo conocimiento no lo descubre por sí sola la fisiología, limitada á estudiar los hechos orgánicos del cuerpo. Para pensar, sentir, querer, en una palabra, ser, no es necesario recurrir á los sentidos, abriendo los ojos ni las orejas, tocando ú oliendo cualquier cosa. Basta recogerse y concentrar la atención sobre sí mismo. No hace falta emplear el bisturí, porque el placer y el dolor no se analizan con el escalpelo. Los mejores anteojos del mundo no permiten al ojo del observador apercibir un razonamiento.

La refutación del materialismo se encuentra en las palabras de Gall : « cuando digo que el ejercicio de nuestras facultades morales é intelectuales depende de las condiciones materiales del organismo, no entiendo significar que nuestras facultades sean un producto de la organización : esto sería confundir las condiciones con las causas ». La creencia en el alma espiritual ha sido admitida por los sabios más ilustres, entre los que bastaría nombrar á Bossuet, Fenelon, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Pascal, Newton, Kepler, Linneo, Buffon, Cuvier, Ampère, etc. Y Claudio Bernard enseñaba el espiritualismo.

demostrándolo por la permanencia de la identidad humana, no obstante la renovación material que se verifica en nosotros. En un espacio de cerca de ocho años, decía, vuestra carne, vuestros huesos son reemplazados por una carne nueva y huesos nuevos, que poco á poco se han substituído á los antiguos, á consecuencia de aluviones sucesivos. La mano con que hoy escribís no está ya compuesta de las mismas moléculas que hace ocho años. La forma es la misma, pero la constituye una nueva substancia. Lo que digo de la mano, lo diré del cerebro : vuestra cavidad craneana no está ocupada por la misma materia que hace ocho años. « Ésto supuesto, ya que todo cambia en vuestro cerebro en ocho años, ¿ cómo se verifica que os acordéis de las cosas que habéis visto, oído, aprendido hace más de ocho años ? Si estas cosas, como lo pretenden algunos fisiólogos, se han alojado en los lóbulos de vuestro cerebro, ¿ cómo se explica que sobrevivan á la desaparición absoluta de estos lóbulos ? Estos lóbulos no son ya los mismos de hace ocho años, y sin embargo, vuestra memoria ha guardado intacto su depósito. Es, pues, que hay otra cosa en el hombre, además de la materia, algo de inmaterial, de permanente, siempre presente, independiente de la materia. Este algo es el alma. »

Para desautorizar las admirables enseñanzas de la Biblia, respecto de la creación del hombre, los transformistas señalan su origen, inventando un progenitor en las especies inferiores. El hombre desciende de un mono, cuya raza ha desaparecido, al que le dan el nombre de antropopiteco (hombre mono). Pero, fuera de no haberse encontrado nunca el menor rastro de dicho antecesor, todas las conclusiones verdaderamente científicas rechazan semejante parentesco. El hombre difiere esencialmente del animal, no sólo por su constitución física, sino también por su inteligencia y moralidad.

El hombre y el mono, dice Quatrefages, presentan desde el punto de vista del tipo físico, un contraste muy acentuado. Los órganos que los constituyen se corresponden casi rigurosamente, término por término, pero estos órganos están dispuestos según un plan muy diferente. El hombre es necesariamente andador; la estación vertical es su posición natural. El mono, en cambio, es necesariamente trepador, teniendo sus aparatos locomotores adaptados á ese destino. No es necesario hacer mérito de otras diferencias fundamentales, como el uso de la palabra; ni tampoco debemos mencionar la constitución intelectual y moral del hombre, por

más que los transformistas no respeten el más elemental sentido común.

El bruto, decía Estrada, ve la extensión y la siente, pero no se eleva ni puede elevarse hasta la geometría: el bruto ve y siente la unidad, pero carece de las ideas de la aritmética universal, y desconociendo ambas nociones, jamás puede penetrar los arcanos de la naturaleza. Y entregándose á uno de esos arranques de elocuencia, tan naturales en su temperamento de luchador, agregaba lo siguiente: ¿Queréis hacer descendiente del animal improgresivo, que hace sus casas ó compone sus nidos, ó fabrica sus productos, lo mismo hoy que en el día de la creación, al hombre que ha progresado desde las enramadas de la Academia hasta la construcción del Capitolio ó del Laberinto, desde las estatuas antiguas hasta las de Canova, desde los jeroglíficos hasta las creaciones de Rafael; desde los rapsodas hasta Bossuet, hasta Milton, hasta Mirabeau; desde el orichalcum, la flauta y la lira de tres cuerdas, hasta Verdi y Donizetti, desde los himnos de Baco hasta Shakespeare y Corneille, desde los sátiros y las atalantas hasta Calderón y Molière, desde los empíricos hasta Broussais, desde la barbarie y la ignorancia, en fin, hasta los portentos de la civilización mo-

derna. Al hombre, que ha levantado las Pirámides, que domina la electricidad con el pararrayos y las distancias con el vapor y con el telégrafo; al hombre que ha producido la Iliada, destinada á sobrevivir á todas las razas y que se ha elevado en el genio del Dante hasta la *Divina Comedia*: al hombre, que habla, que escribe, que imprime, cuyo pensamiento no tiene fronteras, que penetra los secretos del globo, estudia la hierba, sondea su alma y se eleva hasta el infinito, hasta Dios. Al hombre, que conoce las acciones del pasado, explica los enigmas del presente y transmite las lecciones del porvenir. Al hombre libre, inteligente, inmortal? No, el hombre, tan infinitamente superior al bruto, no puede ser su progresión. Las condiciones esenciales de su alma no pueden ser el mejoramiento de las condiciones del alma del bruto; porque lo que no es espiritual no puede producir lo espiritual, lo que no es libre no puede producir la libertad, lo que no es inteligente no puede producir la inteligencia, lo que es mortal no puede producir lo inmortal; porque el alma, en una palabra, el alma humana, es mentira ó es el *spiraculum vitae* del génesis.

¿Cómo rebajar hasta el nivel de los animales á los genios que son el orgullo de la raza humana, que

han arrancado á la naturaleza sus más profundos secretos? Respondan al materialismo nivelador. Colón, el navegante de los mares; Newton, el navegante del cielo y Pasteur, el navegante de una gota de agua, según la feliz expresión del poeta oriental.

IX

SECULARISMO

La incredulidad obrera. — Carlos Bradlaugh

Según Flint, el secularismo, quedebe su origen á Paine, Bentham y Mill, puede ser mirado como el positivismo práctico, siendo la forma que la incredulidad toma en la clase obrera inglesa. Las cosas de la otra vida son absolutamente inciertas, por lo cual sólo debemos ocuparnos de las cosas del siglo, de donde viene la palabra secularismo. La religión debe ser reemplazada por la moral utilitaria.

Uno de los jefes del partido era el ateo Carlos Bradlaugh, que rehusó prestar juramento como diputado en la cámara de los comunes, por lo que fué rechazado.

ALEMANIA

Feuerbach, Dühring, Riehl, Laas, Lange, Avenarius, Wundt

Para dar una idea del movimiento positivista, debemos hacer un estudio rápido de la filosofía alemana, que ha seguido la dirección impresa por Kant y Hegel.

Estos filósofos prepararon el positivismo, restringiendo todos los conocimientos á los fenómenos materiales y declarando vano y sin realidad objetiva todo conocimiento que escape á la observación inmediata.

Pero, como sucede siempre, estos pensadores, después de haber reinado como soberanos, se vieron duramente criticados por filósofos más radicales. Schopenhauer fustiga á Hegel en estos términos: « diluíd un mínimum de pensamiento en quinientas páginas de filosofía nauseabunda y fiaos, por lo demás, á la paciencia verdaderamente alemana del lector ». Y Buchner, el autor del libro *Fuerza y materia*, se burla de la pretendida novedad de la filosofía alemana: « nuestros modernos filósofos, exclama, se complacen en servirnos viejas legumbres, dándo-

les nombres nuevos, para presentarlas como la última invención de la cocina filosófica ». No es de extrañar, entonces, la suerte reservada á los filósofos de la escuela espiritualista, cuando se contempla el despreciable desdén con que los materialistas tratan á los más caracterizados precursores del materialismo.

Feuerbach es el fundador del materialismo alemán y se propone, como Augusto Comte, humanizar la religión, reemplazando á Dios por la humanidad. El que quiere hacer de los hombres, en vez de teólogos, antropologistas ; en vez de servidores religiosos ó políticos de una monarquía y de una aristocracia del cielo y de la tierra, los ciudadanos libres é independientes del universo.

Entre estos filosófos sobresalen Dühring, Avenarius y Wundt. El primero adopta la forma de filosofía de la realidad y dice que hacer intervenir un alma en el organismo, es un contrasentido tan grande, como hacer intervenir á Dios en el cosmos. La moral se perfecciona por la reglamentación racional de la unión de los sexos. Para reformar la sociedad reclama, entre otras cosas, la supresión de toda autoridad y de todo culto, proclamando el amor libre. Declara, además, sin tomarse el trabajo de justificar-

lo, que la creación y toda causalidad física no pueden provenir de un espíritu, y que Dios y el alma son puras ficciones.

Riehl se muestra partidario de Dühring y del realismo crítico. La inteligencia es un producto de la organización y la voluntad una inervación cerebral del mismo origen; el libre arbitrio envuelve una contradicción, porque destruye el principio de causalidad. Criticando la filosofía de Kant, le reprocha ser un sistema con dos centros de gravedad y pretende transformarla, reduciéndolo á la filosofía de la realidad, emancipada de todo elemento metafísico.

Ernesto Laas proclama también un positivismo crítico, con un escepticismo más pronunciado que el de Riehl. Toda realidad es una noción absolutamente inconcebible, como lo sería la aparición de un espíritu. El conocimiento intelectual puede ser objeto de la fe, pero nunca de una ciencia positiva. La substancia material es una ficción y la substancia inmaterial es igualmente una ficción de otro orden, como lo son todas nuestras concepciones de seres suprasensibles. Una filosofía verdaderamente crítica, que se propone practicar sabiamente el *ars nesciendi*, no puede avanzar nada más. En moral, Laas profesa el utilitarismo social: siendo el bien

soberano el excedente de placer. La moral es simplemente antroponómica y la naturaleza de las acciones virtuosas se subordina al principio utilitario. No hay necesidad de rebatir estas teorías, que ni siquiera tienen el mérito de la originalidad; basta exponerlas, para que resalte su profunda inmoralidad.

Lange debe su reputación á su *Historia del materialismo*, que lo ha colocado al frente de los neokantistas. Nosotros ignoramos si una cosa existe en si misma; los sentidos nos suministran el efecto apreciable de una forma de movimiento, que ni siquiera existe en los objetos, porque el mundo de los fenómenos es un producto de nuestra organización sensible.

Ricardo Avenarius se niega á reconocer el pensamiento como una cosa interna. Todas las divisiones metafísicas, todas las distinciones establecidas entre el mundo interno y el mundo externo, entre el sujeto y el objeto, entre el alma y el cuerpo, etc., son lógicamente insostenibles. Este sistema parte de la base de que el hombre no puede alcanzar la realidad objetiva. ni la realidad de las ideas; pero el sentido común nos enseña que. además de conocer los objetos exteriores, tenemos también conciencia del sujeto que piensa y que quiere. La filosofía de la reali–

dad destruye, pues, las cavilaciones de la titulada escuela crítica.

Wundt es el representante más autorizado de la psicología fisiológica; y aunque aparentemente se separa de los positivistas, en el hecho de aceptar la metafísica, es más positivista que Spencer, porque no admite como éste la realidad objetiva del infinito. El mundo exterior sólo existe en nuestras representaciones; la cosa en sí misma es una ficción, un concepto monstruoso. La hipótesis espiritualista del alma debe rechazarse como falsa é inútil. El sistema filosófico de Wundt escolla en el subjetivismo. Según él, el único objeto demostrado por la experiencia, es la representación; no puede atribuir una realidad objetiva más que á la percepción, que el sujeto tiene de sí mismo. De ahí partía Wundt para sostener que « en el siglo XVII es Dios el que rige las leyes de la naturaleza; en el siglo XVIII, es la naturaleza misma; y en el siglo XIX, son los naturalistas ».

AMERICA DEL NORTE

Ingersoll. — Carus y Hegeler. — Alberto Pike y el emblema masónico

En el nuevo mundo, dice la *La revista filosófica*, la filosofía se encuentra aún en la infancia ; los filósofos son allí tan raros como las serpientes en Noruega ; y los que dirigen el movimiento positivista no han hecho más que seguir á Spencer y Darwin.

Ingersoll se declara partidario del agnosticismo, sosteniendo que ningún hombre inteligente puede creer seriamente en Dios, porque los males de la naturaleza son inconciliables con la bondad y la sabiduría de una pretendida divinidad.

Carus y Hegeler sostienen que el yo no existe invariablemente ; no pudiendo decirse « yo pienso », sino « él piensa en mí », como se dice que llueve ó relampaguea. La materia está animada y tiene elementos primitivos de sensación. El alma es la forma del organismo ; de tal manera, que si al morir un hombre se formara otro con los átomos del muerto, sería aquel su continuación, sabiendo todo lo que él sabía, puesto que tendría su propia alma. La unidad y la ley de la vida se encuentran en la fórmula de la

evolución, siendo el hombre calórico solar transformado. Dios no es un sér personal fuera del mundo, sino la suma total de la materia y de la fuerza. La verdadera moralidad no es una moralidad pasiva, de carnero, que arrebata al hombre todo nervio y todo vigor. Según esta teoría, las reglas de moral son inciertas y vacilantes, como que se apoyan en el principio del determinismo evolucionista, que suprime toda distinción entre el bien y el mal.

Alberto Pike, gran personaje de la masonería, ha condenado, no obstante, el ateísmo, manteniendo la realidad de un Dios personal; pero su concepto del Sér Supremo es fantástico y mostruoso. Á veces representa á la divinidad como una luz sin forma, que llena todo el espacio; otras le da por símbolo ciertos emblemas, que formaban parte del culto pagano y que representan el misterio de la alta francmasonería, preconizando como fundamento de la moral el instinto sexual.

X

LA ESCUELA ORTODOXA

Pedro Laffitte. — Oposición de Lemos y Congreve. El culto positivista, peregrinaciones. El ministro Bourgeois, Federico Harrison, Jorge Eliot y la *Imitación de Jesucristo*.

Para dar una idea completa del positivismo, conviene recordar el grupo, que ha permanecido fiel á la enseñanza de Augusto Comte, practicando estrictamente la doctrina íntegra del fundador en su segundo período, esto es, en lo relativo á la religión de la humanidad.

Ya hemos visto que la mayor parte de los positivistas se separaron del maestro, conservando únicamente el método positivo y rechazando toda idea de construcción religiosa, aun bajo la forma de radical ateísmo que le diera Comte. Pero muchos de sus discípulos, no sólo en Francia sino también en los demás países, tomaron á lo serio la religión definitiva de la humanidad, practicando el culto externo.

las fiestas y sacramentos positivistas, entre los que se destaca la célebre utopía de la virgen madre.

Las circulares anuales del sucesor de Comte, Pedro Laffitte, las publicaciones de Robinet, Lemos, Lagarrigue y otros, suministran abundantes datos al respecto, demostrando la influencia que esa agrupación ha ejercido hasta en la vida pública. La escuela ortodoxa, que forma el positivismo histórico, no puede presentar pensadores de la talla de Littré y Spencer; pero es interesante, por haber conservado el carácter de originalidad, que le imprimió Augusto Comte. Ella ha consagrado la habitación del maestro, calle Monsieur-le-Prince, número 10, como el santuario del positivismo religioso, que se ha convertido en la Meca del nuevo culto.

PEDRO LAFFITTE

Fué el sucesor de Comte, como director del positivismo. Según su propia confesión, la lectura del *Curso de filosofía positivista* decidió de toda su carrera filosófica y social. Augusto Comte estimaba tanto las cualidades morales y la inteligencia de Laffitte, que pensó un momento en designar como

su sucesor al que llamaba el más eminente de sus discípulos; pero desistió después, creyendo que no tenía la energía y la perseverancia indispensables para ser el segundo gran sacerdote de la religión de la humanidad.

El hecho es que, á pesar de ésto, Laffitte fué nombrado para el cargo, al que consagró toda su vida. Los positivistas más estrictos, como Lemos, protestaron contra su elección, alegando que Laffitte no era casado y que, violando las prohibiciones más terminantes de Augusto Comte, se había permitido aceptar una cátedra oficial en el Colegio de Francia, por cuyo motivo Congreve le reprochaba haberse convertido en sal insípida.

Laffitte poseía una vasta erudición, pero tenía pocas ideas originales, limitándose á seguir fielmente las teorías de Comte. Toda actividad intelectual se reduce, según él, á una digestión intelectual, que elabora los materiales proporcionados por los sentidos.

Se preocupa seriamente de la institución sistemática del culto, confiado en que el afianzamiento de la república en Francia dejaría disponibles los templos católicos, que sin duda el gobierno pondría á disposición del positivismo. Él recomendaba las

peregrinaciones á los santuarios positivistas, empezando por la habitación y la tumba de Comte, como también las fiestas conmemorativas de los grandes hombres. Al inaugurarse en Cahors la estatua de Gambetta, Laffitte y Julio Ferry pronunciaron discursos, haciendo resaltar la influencia del positivismo en el culto histórico, con cuyo objeto Augusto Comte había construído su calendario, sin excluir á los mismos santos de la iglesia católica.

El positivismo ortodoxo ha ejercido considerable influencia en la vida pública. Gambetta basaba en él la cuestión de la enseñanza, preocupado de una moral laica. Y Bourgeois, siendo ministro de Instrucción pública, desenvolvía idénticas ideas, queriendo que la fórmula « patria y humanidad » sirviera de principio á la moral enseñada en las escuelas.

Federico Harrison es el más eminente representante de la escuela inglesa, pero trata formalmente de puras utopías muchas de las ideas emitidas por Comte sobre la futura organización de la sociedad, protestando contra la infalibilidad absoluta del maestro. Spencer pondera la brillantez del estilo en su principal adversario.

Jorge Eliot, seudónimo de la famosa novelista Evans, es un tipo característico del positivismo reli-

gioso. Ha sido llamado el apóstol de los pobres y de los humillados por el orgullo social. Sin orientación fija en los problemas más importantes de la vida, hace notar un crítico que el novelista Eliot perdió la fe de sus primeros años y con la ruina de la fe el mal se extendió hasta el corazón. Contrajo vinculaciones con Spencer y especialmente con Lewes, exhibiéndose en público como la compañera del último. Cuando publicó su gran novela *Adan Bede*, el *Times* reconoció que una estrella de primera magnitud acababa de levantarse en el horizonte de la literatura inglesa. En este libro, hace el mayor elogio de la *Imitación de Jesucristo*, por Kempis, pequeño libro que opera maravillas morales, mientras que los gruesos volúmenes de sermones quedan sin efecto. En la *Imitación*, dice, la mano no ha escrito nada que el corazón no haya sentido; es el diario en que se consignan las luchas, las esperanzas y el triunfo de una alma solitaria. Por eso, ese libro encierra para todas las edades la crónica siempre nueva de las necesidades y de los consuelos de la humanidad. En cuanto á las opiniones de Eliot, basta recordar que su moral y su religión reposan por completo sobre el altruísmo de Augusto Comte.

El culto positivista inglés se reduce á la lectura

de la *Imitación de Jesucristo*, tan recomendada por Comte, pero en el uso que hacen de este libro, substituyen la humanidad á Dios y el tipo social al tipo personal de Jesús. Harrison ha compuesto un nuevo calendario de grandes hombres, conteniendo una ligera biografía de los personajes más notables, escogidos por Comte para formar su calendario. Ese volumen es una historia de los santos esencialmente positivista, cuya lectura se hace todos los domingos. El público inglés ha tomado el nuevo culto más á lo serio que en Francia; y el *Times* declara que las doctrinas predicadas por Harrison, aunque parezcan lamentables á muchos, forman un signo de los tiempos y están en la atmósfera, agregando que no serán sermones predicados en el desierto (número del 2 de enero de 1884).

BRASIL

Importancia del grupo positivista. — Lemos. — Revolucién contra el imperio. — Benjamin Constant y la bandera republicana. — Proposición de Bocayuva. — Caida del mariscal Fonseca. — El chileno Lagarrigue. — Templo de la humanidad.

En 1871, Benjamín Constant fundó la sociedad positivista de Río Janeiro; y el grupo brasilero ha–

bía hecho tales progresos, que Laffitte lo designaba pocos años después como una verdadera fuerza social. La propaganda positiva fué organizada en 1880 por Miguel Lemos.

Benjamín Constant fué el principal instigador de la revolución, que estalló en el Brasil en noviembre de 1889, siendo nombrado ministro de la guerra después de la caída del imperio. En seguida pasó á la instrucción pública, activando la reforma de la enseñanza, según la concepción positivista. Cuando murió, se abrió una subscripción nacional á beneficio de su familia ; y en febrero de 1891 el ministro de negocios extranjeros, Bocayuva, presentó al congreso constituyente la siguiente proposición, que demuestra hasta qué punto se ha encarnado la filosofía de Comte en la terminología oficial de la república brasilera :

« Considerando que nosotros somos de más en más gobernados por los muertos, y que la veneración por los grandes patriotas fallecidos es un sentimiento que contribuye á la elevación moral del hombre y á la perfección de las costumbres públicas ;

« Considerando que los mayores homenajes, rendidos á la memoria de los que han merecido bien de la patria y de la humanidad, no disminuyen en nada

el mérito de aquéllos que prestan aun servicios objetivamente;

« Considerando que al contrario, estos homenajes ennoblecen á los que los rinden y constituyen el mejor estímulo para suscitar nuevas abnegaciones;

« Considerando, en fin, que esta proposición sintetiza los justos sentimientos y la opinión unánimemente expresada en este recinto y en el país en general;

« El congreso nacional constituyente, resumiendo en esta moción la gratitud debida á todos los patriotas que han trabajado por la república, toma la resolución de insertar en el acta de la sesión solemne de este día, lo que sigue:

« El fundador de la república brasilera, Benjamín Constant Botelho de Magalhaes, nacido el 18 de octubre de 1837, ha abandonado la vida objetiva por la inmortalidad el 22 de enero de 1891. El pueblo brasilero, por medio de sus representantes en el congreso nacional, se enorgullece de que se le haya dado la gloria de presentar este bello modelo de todas las virtudes, á sus futuros presidentes. » Esta moción fué adoptada por unanimidad.

Miguel Lemos se plegó, como el chileno Lagarrigue, al positivismo ortodoxo, después de haber oído

las lecciones de Laffitte en 1878, jurando ante la tumba de Augusto Comte que consagraría en adelante su vida á la propagación de la nueva religión universal. « Puedan tu doctrina y tu ejemplo, oh maestro de los maestros ! acercarnos á esta abnegación completa ; y cuando estemos de regreso en nuestras patrias respectivas, que el recuerdo de este rincón de tierra sagrada, cita de los futuros peregrinajes universales, nos sostenga y llene nuestro espíritu de veneración hacia tu santa memoria. Así sea. »

Lagarrigue pronunció igual juramento ante la tumba de Clotilde de Vaux, cuya influencia sobre la vida del maestro se compara á las de Laura y Beatriz.

Los positivistas sudamericanos se separaron ruidosamente de Laffitte, quien los acusó de orgullo y ligereza, pero este pequeño cisma carece de importancia. El grupo brasilero hace sentir su acción política con numerosas publicaciones, no faltando quienes le atribuyan la caída del mariscal Deodoro de Fonseca.

Su observancia es tan estricta, que hace consistir el misterio fundamental del positivismo en la utopía comtista de la virgen madre, que forma para ese grupo la síntesis de su religión. Como San Pablo,

escribe Lemos, preferimos ser tenidos por insensatos, ajustándonos á las lecciones de nuestro maestro, en vez de ser reconocidos como sabios por la frivolidad contemporánea. La virgen madre debe reemplazar el culto católico de la virgen María. En una memoria, publicada por el doctor Audiffrent, se trata de demostrar que la utopía positivista no deroga las leyes, que presiden á la procreación de los seres ; y para probarlo, afirman que el hermafrodismo puede ser considerado como un estado normal. Este autor llega á sostener que los productos, engendrados en virtud de la plegaria, mediante la simple estimulación nerviosa, en lugar de la intervención masculina, se verían emancipados de toda mancha !

Los positivistas del Brasil han levantado un templo de la humanidad, en cuyo frontón se ha inscripto la fórmula sagrada « orden y progreso », la misma que ha sido incorporada á la bandera de la nueva república.

XI

CONCLUSIÓN

Síntesis de Gruber. — Puras hipótesis. — El progreso científico. — La materia y el alma. — Las ideas universales. — Cristianismo y positivismo. — Renan y la inmortalidad

Al terminar el estudio del positivismo, Gruber resume su juicio calificándolo como una gran mistificación, favorecida por el espíritu vano y superficial de un siglo de sabios á medias. El positivismo combate la teología y los sistemas filosóficos, bajo el pretexto de que sus construcciones son vanas, metafísicas, *a priori*, y no reposan sobre la experiencia. Por el contrario, él se jacta de apoyarse en los resultados de la experiencia, por la cual se atribuye la pretensión de ser la sola filosofía verdadera, científica y definitiva.

Si la primera preocupación de la ciencia debe ser no admitir como cierto más que lo que reposa sobre la observación directa, el positivismo es el sistema menos científico, « porque, con el fin de justificar

sus negaciones, avanza un conjunto de afirmaciones, en contradicción formal con los hechos experimentales, tal como se ofrecen á la observación científica. En el número de estas afirmaciones, se encuentran las siguientes: eternidad del movimiento en el mundo; eterna evolución del cosmos; aparición espontánea del movimiento en la materia, que se encontraba hasta entonces en estado de reposo; generación primitiva ó espontánea, á la cual, precisamente en nuestros días, los trabajos de Pasteur y de otros sabios le han quitado hasta el último resto de verosimilitud científica; transformación ilimitada de las especies, etc. »

Es de tal modo cierto que todas las afirmaciones del positivismo no pasan de ser hipótesis, sin fundamento alguno en la experiencia, que Spencer y Littré han inventado la región de lo inconocible y de lo inaccesible, para ubicar en ella el principio y el fin de las cosas. Sin quererlo, pues, se convierten en metafísicos negativos, á la vez que destruyen la filosofía, que es la ciencia de las causas primeras y finales.

El programa científico de esa escuela se reduce á combatir el cristianismo, negando la existencia de Dios y la realidad del alma humana; destruyen así

la noción de la causa primera, que crea y mantiene el orden en el universo, y afirman que el sentimiento, el pensamiento y la voluntad, existen sin que haya un sér dotado de sentimiento, de pensamiento y de voluntad, porque todos los fenómenos del alma no son más que una combinación de movimientos, puramente mecánicos, y el resultado de un proceso fisico-químico.

Entretanto, los más avanzados filósofos materialistas se ven obligados á confesar que es imposible explicar los fenómenos psíquicos, por una combinación mecánica de la materia. Laas, por ejemplo, escribe: « no es necesario tener una inteligencia superior, para ver que ni la conciencia en general, ni las percepciones, ni los sentimientos, ni los recuerdos, ni el pensamiento pueden provenir de la materia y de sus movimientos ». *(Idealismo y positivismo.)* Aunque el positivista entiende que las teorías mecánico-atomistas son necesarias á la ciencia, dice Du Bois-Reymond, debe constatarse la diferencia que separa la vida consciente del movimiento mecánico, porque encuentra insuficiente una explicación que, en un momento dado, practica un salto tan estupendo. Lange declara, á su vez, que la conciencia no puede explicarse por el movi-

miento de la materia. Por más que se demuestre que ella depende enteramente de los fenómenos materiales, la relación entre el movimiento externo y la sensación permanece incomprensible. Y Wundt, por su parte, expresa que « aún cuando el mecanismo del proceso cerebral. al que parece estar ligada el alma, se nos manifestara claramente en todas sus partes, nosotros no constataríamos más que un encadenamiento muy complejo de movimientos moleculares ; pero no por eso descubriríamos cuál es el valor de estos fenómenos, bajo el punto de vista psíquico ». *(Sistema de filosofía,* pág. 583.)

En balde protesta Littré, que todos los hechos de conciencia se efectúan en el cerebro, y quedan abolidos cuando el cerebro se destruye, porque él mismo reconoce que los fenómenos psíquicos son misteriosos y no es posible determinar en qué consiste la relación entre el alma y el cuerpo. La vida puede terminar por la falta ó destrucción de un órgano como el cerebro, y sin destruirse ningún órgano, puede el hombre morir por la falta de la sangre. Basta esta consideración para demostrar que ningún experimento fisiológico puede ilustrarnos suficientemente para resolver la cuestión psicológica. (Balmes, *Filosofía elemental.)*

Por eso los mismos materialistas se ven obligados á declarar que se ignora la naturaleza del alma, la que se manifiesta por sus facultades, á saber, por la atención, la comparación, la reflexión, el juicio, la imaginación y el razonamiento. Los objetos exteriores afectan los sentidos, produciendo sensaciones que se transmiten al cerebro, pero entre una simple impresión externa, puramente física, y el efecto intelectual que resulta, hay una diferencia enorme. El espíritu humano jamás llegará á conocer por qué causas, por qué resortes misteriosos se opera esa transformación. Las ideas relativas á la luz y al espacio, á los sonidos, á los olores y á los diferentes estados de los cuerpos, se despiertan por el órgano de los sentidos; pero, de dónde vienen las ideas morales, las ideas de justicia, de equidad, de conveniencia; de dónde salen las ideas de causa y efecto, y en general todas las ideas universales? El consenso universal responde que de la conciencia, siendo manifestaciones de un trabajo interior, que no es otra cosa que la inteligencia en actividad.

« Existe, pues, en el hombre una actividad de naturaleza especial, que no puede concebirse sin un sujeto en quien resida. La inteligencia supone un alma substancial, que en la sucesión de los fenóme-

nos descubre la ley permanente á que obedecen, que remonta á la causa de todos los objetos, que formula la síntesis del orden universal, las leyes del deber, del derecho y de la moral, y que aun en el orden puramente físico, desentraña los misterios de la naturaleza. El mundo de la inteligencia difiere, por lo tanto, de la vida puramente animal y requiere un alma espiritual. »

Si este principio es evidente, y si él mismo es una nueva demostración de la existencia de Dios, hay que admitir necesariamente la verdad religiosa, encarnada en el cristianismo, que por la pureza y precisión de su doctrina revela su origen divino, presentando á la humanidad la solución racional de todos los problemas de la vida, desde la existencia del mal físico y moral, hasta las aspiraciones instintivas del corazón y de la inteligencia, que buscan ansiosamente la verdad y la felicidad, sin encontrarlas nunca durante la corta peregrinación en este mundo.

En frente del cristianismo se alza el positivismo, que en medio de sus variaciones, se concreta á una pretensión única y unánime, la destrucción de Dios. En nombre de la ciencia, aniquila toda metafísica; con el pretexto de pacificar las inteligencias, ataca

todos los principios cristianos, desde la moral hasta el dogma. Reemplaza las causas primeras y todo plan inteligente, inventando la teoría de las propiedades inmanentes de la materia, que por sí sola se va transformando hasta producir la vida vegetal, animal y racional. Si esto no es salir de la experiencia positiva para caer en una nueva metafísica, tendríamos que convenir en que la nueva escuela ha descubierto la esencia de la materia, dotándola de los atributos divinos y cayendo en fetiquismo universal.

La impotencia de la escuela no sólo aparece, relativamente á los grandes problemas de la vida, que no alcanza á explicar más que como un producto del fatalismo, sino también respecto á los principios morales, que deben regir las relaciones entre los hombres. Si la humanidad no está sometida á una voluntad suprema, si la conducta no ha de tener más norma que el determinismo y el utilitarismo, es claro que desaparecen todas las ideas morales, el derecho y el deber, el bien y el mal, la responsabilidad personal, quedando por igual minadas todas las creencias, en que se basa la organización de la familia y de la sociedad.

Pero la filosofía materialista, por más que se aproveche de las enseñanzas morales, que veinte siglos de

cristianismo han sembrado en la conciencia humana, jamás podrá reemplazar la influencia religiosa, no sólo porque los sistemas filosóficos son cultivados por limitado número de adeptos, sino principalmente porque el Evangelio encierra, dentro de formas y preceptos sencillos, la verdadera solución de todos los conflictos humanos, el amor de Dios y del prójimo, la libertad dentro del orden, la fraternidad de las criaturas, que reconocen un mismo padre y un mismo redentor. La religión ha venido á romper las cadenas de la esclavitud civil y de las pasiones; y su obra más admirable ha sido regenerar á la mujer, levantándola desde la degradación moral en que se arrastraba, hasta convertirla en el núcleo del hogar y en el centro de la familia, que es la primera escuela, en que se modela el alma de las generaciones.

La sociedad laica podrá perseguir al cristianismo, arrojándolo de la escuela y del Estado. El positivista Littré se vanagloriaba, en una página que es un grito de triunfo, de los progresos de la incredulidad. « Será menester, decía, que nuestros adversarios sean muy hábiles, más hábiles de lo que han sido hasta ahora, para reconquistar el inmenso terreno que han perdido ». « La incredulidad ha penetrado en todas las clases de la sociedad, en las altas

como en las bajas; y la filosofía positiva congrega á todos los enemigos de la iglesia, ofreciéndoles un refugio contra las doctrinas teológicas, en el campo de la fe científica.»

Entretanto, sea porque el positivismo, como cualquier otra negación, será incapaz de cumplir las promesas de su programa; sea porque en el fondo de la doctrina sólo permanece su obra destructora; sea, en fin, porque en la realidad positiva existe un mundo superior al de los fenómenos materiales, no bastando cerrar los ojos para que la luz desaparezca, el hecho es que, en el estado actual de la sociedad, tras de períodos de escepticismo y de lucha ardiente, suceden síntomas de reacción, volviendo los pueblos á cobijarse bajo de la cruz. Los creyentes no desesperan jamás, porque saben que desde los primeros días, el cristianismo ha sido la señal de todas las contradicciones, y que al lado mismo del Redentor se produjeron las deserciones y las persecuciones, que durarán mientras exista el mundo. La religión es inmortal como la verdad, y á ella más que ninguna otra institución, pueden aplicarse las palabras del poeta: *impavidum ferient ruinae.*

En la misma Francia, donde se ha extremado la persecución contra la iglesia, se dejan oir hasta en

el campo de los libres pensadores, palabras que revelan más que un remordimiento, una seria preocupación por los peligros que corre la sociedad. En el Congreso de 1911, Mauricio Barrés interpelaba al gobierno con motivo de la ley de separación. No basta la escuela, decía, para perfeccionar al hombre, por más que se pongan á su alcance todos los elementos de la ciencia. « Yo no me coloco en ningún terreno confesional y no soy sospechoso de humillar la razón ante ningún dogma. Pero pretendo que con el racionalismo sólo, jamás podréis cultivar al hombre. Hay en el alma una parte, la más profunda, que el racionalismo no satisface. Preguntadlo á los maestros de esta gran corriente de libre pensamiento que nos arrastra á todos ; id á la calle Monsieur-le-Prince y encontraréis allí la iglesia abierta por Augusto Comte ; id á Provenza y veréis allí el oratorio de Stuart Mill, á quien Gladstone llamaba el santo del radicalismo. Todos no construyen un oratorio ni abren una iglesia ; pero todos, al final de sus trabajos, constatan un inconocible. Esta tristeza en medio del trabajo, es la de Alberto Durero en su Melancolía, debajo de la cual se podría escribir : « insuficiencia de la ciencia para contentar un alma grande » ; es la aventura de todos los Faustos. Esta

inquietud no es el privilegio de los espíritus superiores; ella existe en cada uno de nosotros. Y el gemido de la vieja mujer, arrodillada en la pequeña iglesia de la aldea, traduce la misma inquietud que la meditación de un sabio ó de un poeta. Es siempre el mismo animal, de fondo religioso, limitado y batido por las olas de este océano, de que el viejo Littré decía que no podemos atravesarlo por falta de barco y de vela. Y terminaba con estas palabras, aplaudidas por la extrema izquierda: Después de todas las experiencias que el espíritu ha hecho, la Iglesia sólo puede penetrar en este fondo, en que Goethe decía que la razón no reinaba, y en el que no se podía, sin embargo, permitir el reino de la sinrazón. (*Fígaro*, enero 17 de 1911.)

He ahí como, dentro del mismo grupo liberal, inteligencias superiores confiesan la imperiosa necesidad de recoger los principios religiosos, que la vanidad, cuando no las pasiones, han venido tirando en el canasto, como preocupaciones añejas é indignas de la ilustración moderna. Se cumple una vez más la eterna ley de las acciones y reacciones, que impera tanto en el orden físico como en el orden moral. Pasarán todos los sistemas humanos; pero en el diluvio y en el caos flotará siempre el arca sagrada

con los principios eternos. Dios, el alma y la inmortalidad, que Schiller llamaba las tres grandes palabras de la fe.

No podemos terminar este estudio, sin recurrir de nuevo al jefe de la escuela crítica, que en estas graves cuestiones se complace en la contradicción perpetua, eludiendo la solución lógica, después de haberla admirablemente preparado. El problema de la vida, manifiesta Renan, debe plantearse así: « la grandeza de la naturaleza humana consiste en una contradicción, que ha sorprendido á todos los sabios y ha sido la madre fecunda de todo alto pensamiento y de toda noble filosofía: por una parte, la conciencia afirmando el derecho y el deber como realidades supremas; por otra parte, los hechos de todos los días dando á estas profundas aspiraciones inexplicables desmentidos. De ahí una sublime lamentación, que dura desde el origen del mundo y que hasta el fin de los tiempos dirigirá hacia el cielo la protesta del hombre moral. Estoy más que nunca convencido de que la vida moral tiene un fin superior. La moral no es sinónimo del arte de ser feliz. Por lo tanto, desde que el sacrificio se convierte en un deber y en una necesidad para el hombre, no veo límites en el horizonte que se abre delante de mí.

Como los perfumes de las islas del mar Eritreo, que bogaban sobre la superficie de los mares, y salían al encuentro de las naves, este instinto divino es para mí el augurio de una tierra desconocida y un mensajero del infinito ». *(Ensayos).*

La conciencia tiene un derecho de apelación ante Dios. No es posible que en esta vida termine para siempre la lucha encarnizada y dolorosa contra un conjunto de fuerzas enemigas que nos torturan, cuando no nos aplastan. « Todas mis facultades sufren, todos mis deseos mueren impotentes en esta tierra; pero al contrario, como se rectifica y se ilumina todo, si hay otra vida. Desde entonces todo se explica; mis sufrimientos no son más que las pruebas de mi moralidad; el obstáculo no es más que la condición de mi personalidad responsable y libre. Todo mi ser moral se crea; todo el orden del mundo se aclara hasta profundidades inauditas ». (Jouffroy.) La inmortalidad se impone, pues, como una necesidad divina, como el único fin destinado al hombre y proclamado por un gran apóstol como su herencia incorruptible.

ACABÓSE DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CONI HERMANOS
EL DIEZ DE ENERO
DE 1912





